

# Alberto Olmos

A bordo del naufragio

Traducción de María Dolores García Ferrás



Editorial Castalia

Calle de la Princesa, 10. 28014 Madrid. España

Tel. 91 531 90 00. Fax 91 531 90 01. E-mail: castalia@castalia.com

www.castalia.com

# **ALBERTO OLMOS**

*A bordo del naufragio*

*Anagrama*

# Sinopsis

Éste es el relato de un día cualquiera en la vida de un estudiante universitario en los años noventa. El protagonista transita por una ciudad hostil, mecanizada, desde las aulas de la facultad a los barrios obreros de la periferia, sin otro interlocutor que su propio pasado, que entrecorta un discurso demoledor sobre la sociedad y sus ilusiones. Con una voz en la que resuenan la ira festiva de Henry Miller y la impudicia moral de Louis-Ferdinand Céline, esta novela sigue siendo, quince años después, un ataque sin misericordia al buen gusto convencional, a las intenciones más o menos bondadosas y a la omnipotencia del mercado. La novela fue finalista del Premio Herralde de Novela.

«El discurso de este precoz antihéroe es un monólogo atropellado, impulsivo, lleno de furia y desasosiego» (Juan Marín, El País).

«El libro se lee y estremece» (Rafael Conte, ABC).

Autor: Olmos, Alberto

©1998, Anagrama

ISBN: 9788433934307

Generado con: QualityEbook v0.73

# A bordo del naufragio

**Alberto Olmos**

Índice

Portada

Créditos

El día 2 de noviembre de 1998, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Paloma Díaz-Mas, Luis Goytisolo, Esther Tusquets y el editor Jorge Herralde, otorgó el XVI Premio Herralde de Novela, por unanimidad, a *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño.

Resultó finalista *A bordo del naufragio*, de Alberto Olmos.

*Para Patricia,  
que me mira desde el otro lado*

*... tu abuelo dice por qué lees tantos libros y tú dices no lo sé tu abuelo dice no todo se aprende en los libros y tú piensas al menos se aprenden frases más originales y dices eso espero tu abuelo dice qué quieres hacer y tú*

dices quiero seguir estudiando él dice no tenemos dinero y tú dices lo sé pido beca y él dice haz lo que te dé la gana ya tienes dieciocho puedes hacer lo que quieras y tú dices quiero seguir estudiando y él dice todos a estudiar y que trabaje Dios y tú piensas que se joda Dios y dices así son las cosas ahora abuelo entra la abuela pone la mesa enciende el televisor y se queda mirando por la ventana llueve silencio se ve un mar tu abuelo come y mira la tele y empieza a gruñir y a ponerse rojo rojo más rojo tu abuela se vuelve y lo mira la televisión emite sonidos que no entiendes tu abuelo tampoco los entiende tu abuela tampoco los entiende sin embargo a ti te gustan los sonidos que emite la tele y que no entiendes rojo rojo rojo rojo muy rojo se está poniendo tu abuelo y ella lo mira y no le preocupa no entender lo que dice la tele le preocupa que tu abuelo se muera por lo que dice la tele tu abuelo arde se levanta y dispara fuego y horror pero la tele no se calla sino que sigue diciendo cosas que tu abuelo no puede no podrá no ha podido nunca entender y le sigue disparando con la escopeta de caza que aunque sólo tiene dos cartuchos nunca se calla tú escuchas la tele y escuchas los disparos y prefieres la tele a los disparos y prefieres la tele a los disparos y prefieres la tele a los disparos y tu abuelo sigue disparando y gritando con los ojos llenos de muerte y tú prefieres la tele a los disparos y tú prefieres la tele a los disparos él grita catalanes cómo los odio y dispara y tú prefieres la tele a los catalanes cómo los odio disparos disparos prefieres la tele cómo los odio en Miquel en Miquel cómo los odio... No consigues alcanzar el interruptor de la luz. Te duele la espalda de estirarte. Palpas la pared y sólo encuentras rugosidades inciertas. Empiezas a pensar que alguien ha escondido la llave de tu sol privado. Estás con las neuronas al ralentí y cualquier cosa te parece factible. Desistes, piensas: no hay luz, te desplomas sobre la cama. Estás incómodo, muy incómodo. Te duele la cabeza. La sientes llena de agua. Cada movimiento que haces subvierte tus circunvoluciones y ya no sabes si tu cuerpo permanece horizontal, oblicuo o paralelo a la nada. De modo que decides estarte quieto hasta que las aguas se calmen para, a continuación, buscar un motivo que te saque de la cama. Tu cuarto es una pecera oscura, redonda y pequeña. Tu cuarto no está lleno de aire, está lleno de perfume barato. Y es ese perfume el que tiñe de gris las paredes, devora el oxígeno, atomiza la luz y se cuele en tu cerebro segundo a segundo, a través de tus poros y tus ansias, para hacer que tus ideas hiedan y tus conceptos se flagelen y tu sentimiento de culpa se entregue al onanismo infinito. Creías habitar un cuarto y es el cuarto el que

te habita a ti. Creías ser fuerte, muy fuerte; creías tenerlo todo controlado, pero no puedes evitar que los caballos se desboquen cada noche y te pisoteen hasta hacerte llorar. Te sientes como un Laocoonte en esta cama. Parece que algo te tira de los brazos y de las piernas y se te enrosca en el cuello. Piensas en moverte pero no lo haces para no confirmar tus peores presentimientos. Prefieres no moverte a no poder moverte. Y piensas: pero algún día tendré que moverme. Y piensas: ¿algún día tendré que moverme? Se te ocurre que podrías emular a Onetti y no volver a pisar el suelo nunca más. Serías como una nube o un logaritmo, siempre etéreo, nunca pedestre. No necesitarías zapatos ni consejos y el líquido negro de tu cabeza se quedaría siempre manso como un gatito fiel. Pero sabes que todo esto son sólo estupideces. Y sabes también que son las siete y ocho minutos de la mañana y deberías estar ya vestido y listo para la rutina. Palpas de nuevo la pared, mas no en busca del interruptor de la luz, sino de la correa de la persiana. La hallas y más que tirar de ella te dejas caer agarrado a ella. La persiana suena como una sierra y entra en la habitación una luz paupérrima y cenicienta. Piensas en subirla otro poco pero sabes que no tienes diez camisas de seda entre las que elegir y te conformas con disponer de suficiente luz para distinguir las gafas de los pantalones. Pegas la nariz a la ventana y diriges los ojos hacia la parte más alta de la pared, pero sólo consigues ver más pared. Abres la ventana y el día te recibe con un gélido bofetón en el rostro. Aguantas todo lo que puedes porque estás buscando tu trocito de cielo, ese que ondea en lo alto del muro de cemento. Sacas la cabeza lo suficiente para poder mirar más arriba y lo ves, dibujado por las aristas del patio interior, con forma de triángulo, azul, con una nube exangüe junto al vértice inferior y un pájaro invisible protegiéndolo. Sientes un cosquilleo insoportablemente sutil en la pituitaria y, antes de poder meter la cabeza, estornudas y te golpeas la nuca con el filo de la persiana. Te cagas en lo más alto, cierras de golpe y te frotas la cabeza. El agua oscura de tu cerebro se mueve ahora con la racionalidad de un borracho en el desierto; te martillea la frente, las sienes, el cerebelo. El estornudo la ha sacado de su letargo y va a ser difícil devolverla a él. Te pierdes entre las mantas tratando de calentar tu frío rostro y de pensar en algo que distraiga tu atención del dolor de cabeza. Pero no hay nada en el mundo más importante que tu dolor de cabeza, así que tienes que rendirte a su monopolio de tus neuronas. Sientes cada punzada e intentas describirla, no por nada, sino por entretenerte. Piensas que es como si tu cerebro estuviese

creciendo o como si Ivanisevich estuviera lanzando todas las pelotas de su primer servicio contra tu occipital (batiendo sucesivamente el récord mundial de velocidad de saque) o como si tu cabeza fuera el cascarón de un huevo que encierra un ave a punto de nacer. Te encuentras francamente mal y consideras la posibilidad de no ir hoy a clase. Pero en seguida descartas los novillos («pellas» dicen aquí) porque tienes una imagen de honestidad que mantener ante ti mismo. Sacas la cabeza de debajo del revoltijo de mantas y con la primera aspiración vuelves a sentir la indeseada caricia en los bastidores de tu rostro. Estornudas de nuevo. Sientes la cara descompuesta, como si tus ojos hubieran subido un poco su posición normal y te hubieras quedado sin labios. Buscas con desesperación el interruptor de la luz y la enciendes de un puñetazo. Te desplomas sobre la cama y empiezas a darte cuenta de varias cosas. La primera y fundamental, que estás vestido y que tu cama está completamente desarmada. Llevas tres meses sin hacerla, y si hay una cosa cierta en tu vida es que no piensas perder un solo segundo de ella haciendo la cama. Intentas recordar dónde estuviste anoche, y cómo llegaste a tu cama, y cómo estaba la cama cuando llegaste. Pero lo que al principio parecían recuerdos de anoche se mezclan con recuerdos de las otras seiscientas noches que has pasado aquí y no te aclaras. Piensas: si llevara un diario no sentiría que todos los días son un mismo y jodido día. Piensas: si llevara un diario sabría que todos los días son un mismo y jodido día. Piensas: prefiero no llevar un diario. Bajo la escasa luz del wolframio, comienzas a reconocer tu habitación. Lo primero que ocupa tu pupila es un cuadro de Van Gogh que pusiste un día para que la habitación no fuera siempre la misma, y que quitarás un día para que la habitación no sea siempre la misma. Te fijas también en el armario que se alza como una catedral y que ocupa más espacio parado del que tú dispones para moverte. Miras al techo y recuerdas que tu lámpara tiene cuatro brazos, tres bombillas, dos luces. Recuerdas también que, por eso, a tu lámpara la llamas lámpara graduada; pero sopesas la posibilidad de que graduada no sea pariente de gradación y que, por ello, sea incorrecto decir lámpara graduada. Sin embargo, envías la lógica a la mierda y te quedas con el surrealismo de tener una lámpara graduada en tu pecera de perfume barato. Recorres todo el cuarto con la mirada y te das cuenta de que hay más sombras que otra cosa. Y piensas: ¿cuelgan las sombras de los objetos o cuelgan los objetos de las sombras? Comienzas a desenterrarte a ti mismo usando pies y manos. Pero al instante te detienes porque no te acuerdas de

haber encontrado al fin el motivo que te saque de la cama. Buscas en tu imaginación las mentiras clásicas, y aun las más genuinas, pero no acabas de creerte ninguna. Sin embargo, decides levantarte de una vez pensando que ya encontrarás más tarde un motivo para ello. Quizás mientras vayas en el metro, o a la hora de comer, se te aparezca la Virgen diciéndote que es la Virgen y que te animes un poco. O quizás una idea se cruce en tu camino y te haga seguirla durante días, semanas o incluso meses, dándote con ello un motivo duradero para vivir. La cuestión principal es encontrar ese motivo antes de la noche, porque si a la mañana siguiente no tienes una buena mentira en el cajón de la mesilla, las vas a pasar putas para levantarte. Dejas caer primero la pierna izquierda y tocas el suelo con la punta del pie como si fueras a meterte en una bañera. Luego te reincorporas, te rascas el cogote y te sientas en el borde de la cama, con el rostro entre las manos y los codos clavados en las rodillas. Por suerte, estás pisando una de las mantas, y no el suelo, que supones helado. Tu boca sabe a pegamento caducado (lo cual indica que ya vas recuperando el sentido del gusto). Metes el ápice de la lengua en el cráter de tu incisivo superior y decides no ahondar en el hecho de que casi te faltan más piezas que a tu abuela. Dejas caer las manos sobre el colchón, bostezas, buscas tus zapatos, no los encuentras. Supones que estarán bajo una manta, o en uno de esos rincones oscuros que tiene tu habitación. Sigues sin dar con ellos y realmente te desasosiega, porque ése es el único calzado que tienes y, aunque salir a la calle sin dientes lo tienes más o menos asumido, salir sin zapatos te parece ya demasiado fuerte. Coges las gafas de encima de la mesilla, las limpias con el pico de la sábana y te las pones. Sabes que ése es tu mayor error, ponerte las gafas. Eres como Supermán, en cuanto te encajas las gafas te conviertes en un imbécil. Sin gafas te sientes un pobre diablo orgulloso de serlo. Con gafas eres un pobre diablo pusilánime e introvertido: como si las gafas mejoraran tu visión de las cosas y empeoraran la visión de ti mismo. En tu cuarto eres un tipo insolente y ácrata, no tienes reglas, no tienes miedo; pero salir a la calle es salir de ti mismo, prostituirte, atar hilos a tus manos y a tus pies y dejarte llevar como una marioneta. Es como esos tipos que a solas son geniales escribiendo o cantando o bailando o lo que sea, pero que, cuando su talento tiene que ser juzgado por alguien, la cagan irremediabilmente. De modo que te pones las gafas y ya la has cagado. Te levantas y estiras los brazos y los dedos todo lo que puedes, como si quisieras crecer. Sientes cierto placer desde las rodillas a la nuca que desearías nunca acabase; pero acaba, y dejas



caer los brazos con un leve gemido. Vuelves a degustar el manjar podrido de tu boca y te tientes el incisivo superior con el dedo, para ver cómo está de robusto. Y piensas: joder, qué fracaso de dentadura. Y piensas: joder, qué fracaso de existencia. Te envuelves los pies en la manta y avanzas hacia la puerta patinando. Coges el albornoz deshilachado y azul que cuelga del pomo y te lo echas sobre los hombros. Abres la puerta y sigues andando sobre la manta hasta la cocina. Coges el paquete de cereales, la cuchara y, al tomar la taza de la estantería alta, se te desliza el albornoz y queda muerto a tus pies. Lo miras con indiferencia unos segundos y decides dejarlo allí mismo. Arrastras la manta hasta el cuarto de estar, abres el frigorífico y tomas un cartón de leche, que tiene por compañía varias naranjas enfermas y un plátano negro. Te tiras sobre el sofá de tres plazas y disparas a la tele con el mando a distancia. El televisor es lento y, antes de que diga nada, tú ya estás vertiendo al unísono la leche y los cereales, llenando la mesa de copos de maíz y salpicaduras blancas. Hundes el cereal en la leche con la cuchara y miras la pantalla, todavía muda, del televisor. Mientras desayunas, un señor con traje azul, gafas y cara de seminarista, te cuenta cosas. Algunas las escuchas y otras no. Algo dice de fútbol y algo de economía. La noticia de la jornada es la muerte de decenas de personas en un atentado terrorista. Tú sigues comiendo mientras aparecen imágenes de señoras llorando, niños heridos, cadáveres, piernas que crecen entre los escombros, sangre en el salpicadero de un coche, miradas perdidas. Y piensas: me dan igual todos estos muertos. Y sigues comiendo. Cambias de canal y no encuentras otra cosa que series de dibujos animados. En una de ellas juegan todo el rato al fútbol. Parece que el campo es kilométrico, porque el chico avanza con el balón en los pies durante cinco minutos, esquivando contrarios, antes de llegar a la portería. Mete gol y todos le abrazan. Tú no eres buen jugador de fútbol y te da rabia que hasta un dibujo animado sepa darle patadas a un balón mejor que tú. Cambias a otra serie y te encuentras con una chica en mínimo bikini, de senos como pirámides y piernas boreales. No puedes dejar de sorprenderte ante la excitación que el dibujo animado causa a tu organismo. Tienes una lenta y fatua erección y sigues comiendo. Otro canal: un tipo con armadura roja le lanza bolas de fuego a un montón de tipos con armaduras negras, que van cayendo como muñecos de feria. El tipo de la armadura roja avanza dejando a su paso una balumba de cadáveres humanos y una voz en off te dice, ¿conseguirá nuestro héroe salvar a la Humanidad? Y tú piensas: joder, pues si no lo

consigue él no sé quién coño lo hará. Acabas de desayunar. Dejas la taza sobre la mesa, con la cuchara dentro, y limpias con la manta lo que antes habías manchado. Vas al cuarto de baño. Orinas. Miras en la bañera y ves allí tus zapatos, sucios de barro seco. Los sacudes contra el borde de la bañera y abres el grifo para que el agua limpie la tierra. Piensas en *Psicosis*. Te sientas en la taza del wáter y te calzas. Conoces perfectamente tu cara, de modo que te lavas las manos y te peinas con ellas sin mirarte en el espejo. Entrás en la pecera. Huele a soledad y heridas. Tiras la manta sobre la cama y coges tu mochila de nailon verde, remendada por la abuela, que compraste para venir a la universidad, hace varios años. Miras el reloj, las siete y media. Descorres el cerrojo de la puerta de entrada y piensas: que me sea leve. Vives en un sótano. Ante ti se extiende un largo y lóbrego pasillo, oscuro sea cual sea la época del año. Las paredes muestran el cemento desnudo, hay puertas marrones y desbastadas a ambos lados; y patios, también a ambos lados, que arrojan sobre las gastadas baldosas un rectángulo de luz. Avanzas pensando que se podría rodar un plano interesante de este pasillo. A veces, recuerdas, un golpe de viento asoma al pasillo alguna de las prendas que están tendidas a secar y te deja el corazón como escarcha. Al final del corredor ves a la vieja. Es más vieja que tu abuela. Lleva una bata rosa claro, llena de bolitas, y una muleta reglamentaria en el brazo derecho. Pasea desde su puerta al arranque de la escalera, y del arranque de la escalera a su puerta. Es gorda y el pasillo angosto. Nunca responde cuando le dices hola. Sólo para de hacer toc-toc, toc-toc con su bastón terapéutico y te deja pasar. Llevas dos meses sin saludarla. Quizás haya escarmentado; quizás deberías ser amable, a ver qué pasa. Decides no hacerlo. Que se muera. Estás justo detrás de ella. Es sorda y sólo notará tu presencia cuando te vea. Te frenas un poco para que no le dé un infarto al encontrarse contigo de repente y esperas. Se da la vuelta. Te mira. Se aprieta contra la pared y tú pasas sin mirarla. Piensas: puta vieja; piensas: qué asco ser viejo. Cuando principias la ascensión de la escalera, ella ha reanudado ya su paseo matutino. Su casa es tan pequeña que tiene que salir al pasillo para poder andar cinco metros seguidos. Hay que estar muy pirado para pasearse a las siete de la mañana por un pasillo en penumbra. (En esta ciudad, todos están locos.) La escalera tiene escalones de varias madres y una barandilla fría de hierro y macilenta de manos. Alcanzas los buzones y, viendo el tuyo repleto, te sientes obligado a abrirlo. Te cagas en lo más alto: odias que te metan publicidad; es lo único que te

meten. Prefieres no recibir nada a enterarte del precio de las cervezas en packs de seis latas. Lo peor es que cuando alguien o algo cometa un lamentable error y te envíe una carta, tú la tirarás a la basura confundida con la propaganda multicolor de los supermercados. Abres un par de puertas y, antes de poner el pie en la calle, deseas creer en Dios para poder santiguarte como los futbolistas y no sufrir los rigores de la puta mañana. Entrás en la ciudad, esa cacharrería inmensa, y caminas hacia el metro. Lluve imperceptiblemente. Sin embargo, tus gafas se van poquito a poco eclipsando. Deberías haber cogido ropa de abrigo. Te metes entre dos coches aparcados y cruzas la calle. Pasas al lado de la panadería. Huele como las mujeres en tus sueños. Casi decides entrar a tomarte un café y mirarle el rímel a las dependientas. Pero ya es tarde y sigues tu camino. El vendedor de cupones se fija en ti, NO SE VAYAN QUE ESTAMOS DANDO DINERO, y tú te fijas en la pierna que no tiene y observas también el perro liento que se acurruca bajo su silla, NO SE VAYAN QUE ESTAMOS DANDO DINERO. Te pegas a la pared, donde la física dicta que no ha de alcanzarte la lluvia, pero al minuto tienes que separarte de ella porque la pareja de viejos que vende chicles y dulces desde una mesa de camping ha tenido la misma idea. Antes de entrar en el metro, compras la prensa en el kiosko cercano para que se note en qué carrera dilapidas tu tiempo; y para que tus compañeros no crean que no estás al cabo de la calle en política internacional, corrupción y esquelas. Empiezas a bajar los escalones del metro y le das el cambio de la compra del periódico (setenta y cinco pesetas) al viejo de la bolsa de plástico que está siempre aquí, mendigando bajo su boina marrón y su bufanda blanca colocada a modo de barboquejo. Entrás en el metro por la puerta que dice Salida porque sale mucha gente por la puerta que dice Entrada. Te lamentas groseramente al no encontrar el abono transporte en el bolsillo correspondiente de tus vaqueros de tres mil pesetas y una señora se te queda mirando. Compras un billete de diez viajes y piensas que ya te has quedado sin dinero para comer (sólo llevabas mil pesetas). Metes el billete en la ranura, lo recuperas y pasas haciendo girar el fálico y trimembre artilugio que canaliza la entrada de los usuarios. Sacas un pañuelo para secarte la cara y limpiar los cristales de tus gafas. Justo cuando te las quitas, notas en la pituitaria el insufrible vuelo de una mosca y estornudas horrísonamente. Te suenas la nariz un poco avergonzado por el estruendo (varias personas te miran) y prescindes de limpiarte las gafas. No hay mucha gente en el andén, pero todos los asientos

están ocupados. Te sientas en el suelo, apoyas la nuca en la pared y cierras los ojos. Te imaginas montando el caballo de tu abuelo, camino del cerro de San Cebrián, bajo un cielo azul surcado de nubes blancas, ventrudas y algodonosas. Sientes la brisa en las mejillas, estás a punto de coronar la peña. Abres los ojos. El tren ha llegado y tiene las puertas de par en par. Todos están dentro. No sabes si levantarte rápidamente y entrar, o esperar al próximo. No soportas gastar energías inútilmente. Los conductores son muy cabrones y gustan de cerrarle la puerta en los mocos al pasaje. Te mata que se rían de ti. No quieres correr y que te cierren las puertas cuando creías haberlo conseguido. Está pasando el tiempo y las puertas no se cierran. Si no lo hubieras pensado ya estarías dentro. Te vas a levantar, pero ya ha sonado el pitido y las puertas se cierran. Si no lo hubieras pensado, ahora irías en ese tren. Vuelves a cerrar los ojos. Y piensas: me gustaría ser como Nicolas Cage en *Corazón salvaje* o como Joe Pesci en las películas de Scorsese; y piensas: me gustaría ser sólo instinto. Ves dos piernas ante ti. Son dos piernas infinitas, dos piernas que no sujetan nada, salvo a sí mismas. Las tocas, las acaricias, pasas la punta de los dedos por los tobillos, las pantorrillas, las corvas sudorosas, los muslos de pan. Ha llegado un nuevo tren. Te levantas, coges la mochila y entras. No hay sitio para sentarse. Se cierran las puertas. Alguien te empuja. No consigues respirar con normalidad. Hay como alfileres en tu estómago y te ha empezado a doler la cabeza. La señora de delante te está clavando su paraguas en un pie. Tienes la barra de sujeción clavada en la espalda, justo perfilando tu columna vertebral. Es increíble cómo te afecta la masa, el grupo, mezclarte con otros cuerpos. Te entran ganas de pedirle a ese joven moreno y guapo, bien vestido y serio, que te deje su asiento si no quiere ver hasta dónde puede llegar tu coprolalia. Detrás de ti hay una chica sentada. Lo sabes porque ves su mano crispada sobre la barra que te martiriza. Se pasean por tu mente pensamientos oscuros. Miras el techo del vagón. Del asidero horizontal cuelgan diez o más manos. Hay manos de mujer y manos de hombre; manos con anillos y relojes, pulseras, sortijas; y manos sin anillos ni relojes, sin pulseras ni sortijas; hay manos fuertes y manos delicadas; manos de obrero y manos de anuncio de jabón. Sólo falta una mano negra para tener todo el abanico de manos. Te gustaría sacarle una fotografía a esa barra y titularla *Sin título*. (Que piense un poco la gente, ¿no?) Sale una voz masculina del altavoz y luego una femenina. Ambas están distorsionadas y demasiado altas. No te has enterado de nada. Clavas la vista en unos

inmensos ojos azules. Cuando ellos te ven, retiras la mirada. Odias hacer eso. Te gustaría poder mirar unos ojos hasta saciarte, pero siempre te descubren y tienes que batirte en retirada. Se abren las puertas y sale mucha gente, entre ellos la chica (tenías razón) que estaba sentada a tu espalda. Es fea, gorda, maquillada burdamente y vestida como un decorado de gala televisiva; pero hay que reconocer que tiene unas manos preciosas. Ocupas el asiento que ha dejado libre sin cerciorarte de si en el vagón te acompaña algún viejo, embarazada o persona con muletas. Colocas en tu regazo la mochila y dejas caer las manos sobre ella. Delante de ti hay un chico leyendo *La casa de los espíritus*. Lleva vaqueros azules y jersey gris de cuello redondo. Odias esos jerséis. No te pondrías uno ni aunque te prometieran que la facultad iba a igualar en calidad a Harvard. Lleva bajo el brazo una carpeta forrada con tickets de metro. Eso te recuerda que has perdido tu abono transporte. Y piensas: ¿qué hice yo ayer con mi abono transporte? Y piensas: ¿qué haré yo mañana sin mi abono transporte? Sigues mirando la carpeta multicolor del chico que tienes delante y se te ocurre proponer a Ágata Ruiz de la Prada un vestido a base de tickets de metro: así nadie perdería su abono transporte, que vale una pasta. Sientes un fuerte movimiento del agua en tu cabeza y eres incapaz de detectar su causa, pues llevas un buen rato inmóvil, sentado. Pero tampoco hay nadie que agite la Tierra como una maraca y ahí tienes a la marea subiendo y bajando. De nuevo enuncias el problema: piensas demasiado. Y sueñas que en vez de ser un hombre eres un delfín sin más inteligencia que la suficiente para tener conciencia de ti mismo. Nadas sin rumbo concertado, visitando paraísos submarinos y tarareando las canciones de moda en el océano. Pero un barco de científicos franceses está muy interesado en tus tarareos, que suponen mensajes cifrados, y te capturan para analizar lo que dices. En la piscina de un laboratorio no encuentras muchas ganas de canturrear las melodías más populares del mundo acuático, de modo que los científicos franceses te venden a un zoo y acabas dando brincos a través de aros de colores por un mísero pescado sujeto en las alturas. Y piensas: es cierto, pienso demasiado. Sacas el pañuelo del bolsillo delantero y te limpias someramente la nariz; te da vergüenza llamar la atención con una limpieza a fondo. Hay un nuevo cambio en el pasaje que trae a tu vera una chica joven, en vaqueros y con rebeca de pico ceñida. Su melena castaña sirve de orla a un rostro blanquísimo donde una boca encendida navega lujuriosa bajo dos farallones de caoba y brillo. Y piensas: tu cuerpo es una rosa cubierta de

rosas. Y piensas: tengo que apuntar esta frase y encabezar con ella un poema. Tus ojos toman el control de sí mismos y peregrinan por su cuerpo admirando y adivinando cada forma. Pero no quieres desaprovechar una nueva erección, de modo que tiranizas tus pupilas y las obligas a leer un libro, el primero que saques de tu mochila. Y lees: «Una vez que has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos. Desde el principio no hubo otra cosa que el caos: era un fluido que me envolvía, que aspiraba por las branquias...» Dejas el libro porque te está haciendo pensar en otros libros y en otros tiempos y sientes vértigo ante el abismo de la memoria, ante la veta venenosa de las ideas y las conclusiones, y prefieres volver a mirar las curvas de la ninfa subterránea que seguir los tortuosos caminos de Val. Afortunadamente, la chica se dio la vuelta mientras tú leías y ahora puedes alucinar con la contemplación de un hermoso trasero, alto y frutal, que empieza a ejercer un peligroso influjo sobre tus manos. La voz distorsionada anuncia una nueva estación y observas con perplejidad e impotencia cómo la belleza underground, ninfa alternativa, abandona el vagón de metro para salir a la calle y mostrar sus encantos a la ciudad toda. La sigues con la mirada y calibras la posibilidad de seguirla con el resto del cuerpo. Pero ya las puertas se están cerrando y has de conformarte con ver su culo en las escaleras, ascendiendo a las alturas. Miras tu reloj y, aunque no te enteras de la hora que es, adoptas la actitud de estar llegando tarde a algún sitio. El vagón se ha vaciado de mujeres maduras que limpian de ocho a nueve y de tipos con corbata y ya sólo quedáis los estudiantes, ese colectivo nebuloso y dinámico. Ves tu reflejo en la ventana de enfrente y no puedes decir que te sientas orgulloso de él. Bajas la vista y te encuentras con una cara conocida. No, no es una presentadora de televisión ni un actor de cine arruinado. Es algo peor: un compañero de clase, no sabes si de este año, del anterior o del que viene. A ti todos los compañeros de clase te parecen iguales. Sientes la tentación de saludarle afectuosamente y entablar charla sobre el luctuoso notición de la mañana y el cambio de líder en la primera división. Pero al instante te das cuenta de que no sabes quién es el nuevo líder de la cosa futbolística y de que, además, no recuerdas nada en absoluto acerca del atentado: ni siquiera sabes en qué país ha sido. Por otra parte, el compañero te suena de las primeras filas, y los de las primeras filas son gilipollas. A su lado hay una chica menuda, bonita de cara y anodina de cuerpo, que se mira los zapatos medio sonriendo. Tiene una mirada de las que a ti te gustan, unos ojos

sinceros y redondos que parecen haber sobrevivido al sexo (tú sabes que el sexo es lo que mata la infancia) y viste ropa que bien pudieras calificar de pudibunda si no fuera porque tanto el jersey como el pantalón muestran la dejadez del que se ha puesto algo porque algo hay que ponerse. Y piensas: esta chica me comprendería. El tren se detiene. Ésta es tu parada, vuestra parada, la de los universitarios. Dejas que todo el mundo abandone el vagón y sales el último, colocándote la mochila verde y remendada sobre los hombros. Delante de ti, por las escaleras mecánicas, asciende un beso: el chico y la chica que habías escrutado por separado resulta que se lo montan juntos. Y piensas: no comprendo a esta chica. Apartas la vista y te quedas mirando la punta de tus zapatos mientras los escalones automáticos te suben ... *tu madre dice saluda a papá y él dice hola tu madre dice venga hijo saluda a papá pero tú sigues mirando al suelo y pensando ése no es mi padre y él dice te gusta nuestra casa y dice te gusta Cuenca y dice te gusta el pueblo y tu madre dice contesta hijo contesta pero no hay nada que pueda apartar tus ojos del suelo él dice no me quiere y tu madre dice te querrá y él dice no no lo hará lo sabe y tu madre dice cómo lo va a saber nadie se lo ha dicho y él dice tu padre se lo dijo y ella no digas tonterías nadie se lo ha contado tú dices abuela quiero irme a casa y ella dice por qué y tú dices quiero irme a casa y ella dice nos quedaremos todo el fin de semana y tú dices por qué no vino el abuelo y ella dice tenía que hacer y tú dices los abuelos no tienen que hacer y ella dice pues tu abuelo sí y tú piensas me miente todos me mienten y dices qué tenía que hacer el abuelo y ella dice no me lo dijo y tú piensas me mienten todos me mienten y piensas se creen que no sé nada que no sé nada porque soy pequeño y miras por la ventana y el paisaje de este pueblo te recuerda el paisaje de tu pueblo y piensas qué estará haciendo el abuelo y subes escaleras y abres puertas y ves una cuna y te asomas y dentro hay un bebé con los ojos muy grandes y muy abiertos y tú piensas es ella y piensas te odio y pones tus dedos sobre su cara y le tocas los labios babeantes y la diminuta nariz y los carrillos hinchados y rojos y la niña rompe a llorar y tú te asustas porque no quieres que te regañen y le tapas la boca pero oyes pasos tronando en la escalera y entra él y te grita qué haces y te grita suelta a mi hija y levanta la mano y entra mamá y mamá le grita no no le pegues y él dice estaba ahogando a la niña y ella dice no me lo creo y dice no quieres al niño y te dice baja abajo con la abuela y tú dices sí mamá y no bajas abajo con la abuela sino que te quedas detrás de la puerta y él dice no puede quedarse aquí y ella por qué*

*no es mi hijo y él exacto es tu hijo pero ella es mi hija comprenderás que quiera protegerla y ella protegerla pero de qué estás hablando es un niño no un asesino y él dice no es un niño normal está desequilibrado y dice tus padres no lo han criado como es debido y dice en la escuela no tiene más que problemas y ella dice por eso quiero que venga aquí conmigo su madre y contigo y él dice no puede venir no tenemos dinero y ella dice eso es una excusa miserable y tú piensas en Miquel en Miquel tu abuelo dice qué hiciste y tú dices nada tu abuelo dice qué hizo y tu abuela dice no hizo nada ésa es la verdad...* Caes al suelo y algunos te miran, pero nadie te ayuda. Te levantas y te sacudes con la mano las rodilleras manchadas y te frotas el codo derecho, que te duele un poco. Miras hacia la salida y ves gente y más gente con sus mochilas de colores y sus carpetas y sus zapatos y sus zapatillas y su cabello largo y andrógino y sus pitillos en la boca y piensas: qué hago yo aquí. Estás estorbando a la nueva riada de estudiantes que suben la escalera mecánica (o, mejor dicho, que son subidos por la escalera mecánica) y decides apartarte en beneficio de tu salud. Estás medio atontado por la caída y es que la brea que llevas en la cabeza no para de golpearte la frente. Por momentos crees que vas a ir de nuevo al suelo. Te analizas en una décima de segundo y sólo eres capaz de comparar tu estado con el de un enfermo terminal o con el de un campo de fútbol después de un concierto de Michael Jackson. Te duele la cabeza, te duele el oído derecho y un codo, estás muerto de sueño, no quieres ir a clase, hace frío, tienes hambre, huele a gris. Resoplas y frunces los labios. Tú querías estudiar, querías conocer otra forma de vida, alejarte de tu abuelo. Pero la ciudad te da asco, la detestas, desearías una guerra nuclear que acabase con ellas y distribuyera la población en aldeas. Empiezas a andar con resignación hacia la salida. Te equivocas de torniquete y te clavas la barra en el muslo de la pierna derecha: te cagas en lo más alto para tus adentros. Miras con rabia el artilugio y se te pasa por la cabeza la idea de volver a tu pecera, donde las cosas no están tan ordenadas pero al menos no agreden. Resuelves ir a clase pensando que, sea cual sea el sitio donde te halles, la mala suerte irá contigo. Sabes que no hay nada que hacer. Huir no es la solución. Te sientes condenado a la desdicha y no piensas hacer nada al respecto. Si algo detestas es la ilusión; porque la ilusión es un amigo reciente que acaba por traicionarte. Sólo quieres una miseria estable y real que te dé un puesto en el mundo y un puñado de derechos. Lo demás corre de tu cuenta. Sabes cómo sobrevivir a esta situación aunque todos crean que es imposible. Tú



sueñas con el Día, ese momento en que se desatarán los nudos, ese tiempo que está por venir, que ya está, tiene que estar viniendo. Tienes que pensar de este modo para poder levantarte cada día, y abandonar la pecera, y es que ayer y hoy dependen de un día lejanísimo en que tus heridas cicatrizarán, un día que probablemente no exista, pero al que tú haces existir, como al pájaro de tu trozo de cielo. QUE LA VIDA IBA EN SERIO UNO LO EMPIEZA A DESCUBRIR MÁS TARDE COMO TODOS LOS JÓVENES YO VINE A LLEVARME LA VIDA POR DELANTE JAIME GIL DE BIEDMA. Sales del metro por la puerta que dice Entrada y subes las escaleras esquivando repartidores de folletos. Estás harto de coger propaganda y tirarla al suelo sin leerla. El joven proletario no tiene más remedio que publicitar escuelas de idiomas o viajes al extranjero para pagarse sus estudios vernáculos. Pero a ti te importan tres cojones los viajes al extranjero y las escuelas de idiomas. También te importa tres cojones el pobre y astroso gilipollas que se presta a trabajo tan estúpido. En general, te importa todo tres cojones, con la noble excepción de tu abuela. Aprietas el paso porque se te están congelando orejas y manos. Sin embargo, desearías estar en cualquier sitio menos aquí. Te gustaría batirte en retirada, pero sucede que nadie dijo nunca que esto fuera una guerra, ni siquiera una simple batalla. Y ése es el problema, la lucha existe pero nadie reconocerá que la has ganado. Tampoco se admiten dimisiones. Se lucha, nada más, y ése es el drama. El edificio gris está cada vez más cerca. Toses mientras caminas y te parapetas tras el pañuelo, que ya no da más de sí. El cielo permanece opaco y mudo y tú tratas de recordar qué maldito escritor dijo que el cielo nos protegía. Tú sabes mucho de protección y no soportas que te hablen con displicencia de lo que conoces. También sabes mucho de soledad, y te jode que la palabra corra de boca en boca como un problema de todos cuando eres tú el único que lo sufre. Ellos no saben lo que es la soledad. Están demasiado ocupados siendo felices para sentirse solos. Y piensas: solos es una palabra donde semántica y morfología se contradicen. Y piensas: tengo que apuntar esta frase. Llegas a los soportales de la facultad y un compañero te pone en la mano un anuncio, VIVA ZAPATA SANGRÍA EN BENEFICIO DE CHIAPAS, estrujas el panfleto y lo tiras a una papelerera llena de panfletos exactamente iguales. Y piensas: supongo que a los de Chiapas les debe resultar conmovedor que se diviertan en su nombre. Y piensas: «América, no invoco tu nombre en vano.» Comienzas a subir las escaleras, cinco pisos de escalones grises (el color de moda en la

facultad) y te preguntas si hay alguien interesado en acabar contigo porque, sea cual sea el grupo que eliges, siempre te asignan el aula más recóndita y alejada del nivel del mar. Lo único que te hace subir las escaleras con cierto brío es que el azar coloque unos escalones más arriba uno de esos culos apretados que tanto te gustan. Pero, por lo general, subes hasta el quinto sin ver otra cosa que tus zapatos sucios y un montón de peldaños oscuros. A la puerta de clase se congrega el alumnado, que cotorrea como gallinas (y tú conoces muy bien cómo cotorrean las gallinas, de modo que no es una frase hecha). Te cueles entre la gente intentando que el pandemónium no penetre en tu cabeza. Pero es imposible: antes de cruzar el umbral y poner un pie en el paralelepípedo de los lelos, la masa líquida y bruna de tu sesera se convulsiona con más fuerza que nunca. Te diriges al fondo de la clase con la intención de esconderte en el último pupitre y no separarte ni un segundo del radiador. Dejas la mochila con brusquedad sobre el suelo y sonríes pensando en el atracón de calor que se va a llevar tu espalda. Pones las manos en las barras del radiador y te cagas en lo más alto. Están apagados. Y piensas: ¿cómo pueden estar apagados? Y piensas: ¿cómo coño pueden estar apagados los radiadores en pleno invierno? Desde tu asiento puedes ver entera el aula. Ahora está casi vacía. Hay unas veinte personas. Dos o tres en las últimas filas, siete u ocho en las centrales y el resto delante. Los de atrás estáis solos, mirando cada uno para un lado, como evitando toparos con el oneroso espejo que es el otro. Los de delante hablan animadamente entre ellos. Son los triunfadores, los buenos, los primeros de la clase, de la fila y de la vida. Te entran ganas de leer el periódico, pero te das cuenta de que lo olvidaste en algún sitio, no sabes dónde. O puede que hoy no lo hayas comprado. Los días se suceden con demasiado orden y concierto como para saber lo que uno compra o deja de comprar. La rutina es la ruina. Un chico de pelo largo, barbitaheño (sic) y delgado se sube a la tarima y agarra el micro. No es el profesor, es el delegado (una cosa que no se sabe muy bien qué es). Con su habitual y agradecible circunspección, os informa de que no hay clase a primera hora. Tú lo lamentas porque te jode venir a las ocho de la mañana a estar solo rodeado del joven ejército de la alegría: prefieres estar solo en tu pecera, rodeado de sombras y de libros. Pero, por otro lado, te anima no ver hoy la cara de ese gordo haragán que se supone tu profesor. Te cabrea y enerva que imparta clase recorriendo el aula de arriba abajo, abrochándose y desabrochándose incansablemente el puño izquierdo de la camisa. Si por ti fuera, no habría ni un solo profesor en la universidad.

Sólo habría libros. ¿Quién necesita maestros si se tienen ganas de saber y libros donde saciarse? Empiezas a pensar qué hacer hasta las nueve. Ves a Lolita en la puerta. Hoy se ha puesto la blusa camel que tanto le aplana el pecho. Por lo demás, vaqueros Bonaventure y botas negras, pelo suelto y rizado, pulsera de cuero en la muñeca derecha y de hilos trenzados en la izquierda, colgante al cuello y nada de maquillaje. Está hablando con el de siempre, un tipo robusto, fumador, de camisa a rayas y Liberto negros, zapatos de cordones y calcetines ejecutivos. Un gilipollas. Hacen tan buena pareja como un ángel y un procesador de textos. Pero ya sabes lo que se dice, no hay quien entienda a las mujeres. (La verdad es que no hay quien entienda a nadie.) De todos modos, te gustaría saber qué ha visto una niña de viento como Lolita en un hombre de provecho como ése. Ella fue lo primero que viste al escrutar la nueva piara de compañeros del presente curso. Era demasiado pura para no destacar entre tanta fan del colorete. Su cuerpo, desde el principio, te pareció sublime; y su rostro presentaba esos rasgos que tanto admiras y que tanto escasean. Lolita tiene un rostro entre la Cybill Sheperd de *Taxi Driver* y una monja idealizada. Tiene unos labios finos, insinuados con una sola pincelada. No es una de esas bocazas que tanto gustan a los lujuriosos sin paladar, ni tampoco una de esas bocas extenuas de labios como espadas que cortan todo lo que tocan. Sus labios son sensuales, sonrosados, tersos, florales, elegantes. Y sus ojos no son de este mundo, proceden de los tiempos de Nefertiti, o de un alejandrino modernista. Son unos ojos entre palisandro y Rioja, con una hechura que parece tomar como modelo el universo (unos ojos cósmicos) pues su mirar es lento, seguro, legendario. Pero todo ello, que de por sí constituye algo excepcional, no valdría nada sin el movimiento. Lolita se sabe mover. Lolita, cuando anda, penetra el aire como si ella misma fuese aire. Lo que la hace divina es su lentitud al pasearse, al hablar, al mesarse los cabellos, al morder la tapa azul de su bic amarillo. Te encanta observarla, sin más. Pero ¿quieres conocerla, hablarla, morder con ella la tapa azul de su bic amarillo? Sí y no. La realidad y el deseo. Sabes que si te acercaras a ella, que si fueses un chico normal y haciéndote el longui coincidieras con ella en algún sitio, su primor caería al suelo como una cortinilla. Te hallarías ante otra mujer, que no se llamaría Lolita, sino Silvia o Teresa o Lucía; y sus andares te parecerían frívolos y sus ojos vulgares y su boca mezquina y su cuerpo entero una ruina aderezada. De modo que ahí la tienes, Lolita Perfección, inalcanzable pero existente, como Dios para un cristiano. Y

piensas: ¿quién soy yo que estoy mirando? Te levantas, la echas un último vistazo y te giras. Te sientas sobre la mesa y apoyas los antebrazos en el borde de la ventana. La facultad está rodeada de árboles sin nombre y césped infame. Cruzan los coches por la M-30, que sirve de horizonte. Ves otras facultades a lo lejos y te preguntas si no hubieras estado mejor en una de ellas. Y te preguntas si en una de ellas no habría una chica (llamada Rosa, por ejemplo) que pudiera comprenderte, asumirte, para poder luego tú comprenderte también, y asumirte. El cielo sigue gris, fiel a sí mismo. Empiezas a tener esas ideas espontáneas e inútiles que te asaltan en los tiempos perdidos. Piensas que cae la bomba atómica y que todos gritan mientras tú te ríes. Piensas que Buñuel no es tan bueno como queremos creer los españoles y que, salvo en pintura, somos un país mediocre. Piensas que no deberías haber comido tanto chocolate de niño para no arruinar de tal manera tu dentadura. Piensas que ya podrían dejar de inventar teléfonos móviles y crear un medicamento que congelara la oscuridad líquida que patalea en tu sesera. Piensas que en tu pueblo las nubes son grandes y limpias y que aquí nunca has visto una nube grande y limpia. Piensas que sería mejor tener a tu padre muerto y enterrado porque al menos sabrías dónde está, en qué tumba, y podrías llevarle flores y odio, y no así, que es como si su tumba fuera el viento, que te huye cuando le persigues y se esconde cuando lo buscas. Piensas que tu abuelo no es bueno pero que no tienes pruebas de ello sino sólo una afilada sospecha. Piensas que tu abuela es tu madre. Piensas que tu madre es también tu madre. Piensas que no se pueden tener dos madres y que, si tienes que elegir, te quedas con tu abuela. Piensas que nadie te ha dicho nunca que tengas que elegir, pero la verdad es que tampoco iban a dejar que lo hicieras. Piensas: ¿quiénes son ellos? Piensas: . Piensas: me duele la cabeza. Piensas: estoy solo y me duele la cabeza y me duele la garganta y no puedo respirar y tengo frío. Piensas: toda ciudad se divide en norte y sur, ricos y pobres, por supuesto. Piensas: en la ciudad hay dos clases de jóvenes, los niños norte y los niños obreros. Piensas: yo como niño de pueblo soy una especie de niño obrero antiguo. Piensas: los niños norte y los niños obreros forman clases sociales y, al contrario de lo que nos enseñan, las clases sociales son tan estáticas y herméticas como los estamentos del Medievo. Piensas: los niños obreros odian a los niños norte. Piensas: los niños norte desprecian a los niños obreros y mucho más a los niños de pueblo como yo. Piensas: ya me da igual lo que piensen de mí en el mundo. Piensas: los niños norte-norte se

drogan. Piensas: los niños obrerosobrereros se drogan. Piensas: se drogan algunos niños norte y algunos niños obreros. Piensas: se drogan en los extremos porque en los extremos no hay posibilidad de cambio. Piensas: unos lo tienen todo y otros no tienen nada. Piensas: tanto si lo tienes todo como si no tienes nada estás muerto. Piensas: a los niños norte les llevan al pediatra y a los niños obreros se los lleva el pederasta. Piensas: el mundo es perfecto porque es. Piensas: algo de esto lo dijo Hegel. Piensas: yo no he leído a Hegel sino libros sobre Hegel. Piensas: ¿qué pensaría Hegel después de hacerse su primera paja? Piensas: ¿sería el señor Hegel tan humano como para hacerse una paja? Piensas: ¿puede el Espíritu desenvolverse a lo largo de la Historia sin necesidad de ser tan cabrón? Piensas: ¿cómo puedo saber yo que hoy es hoy y no un ayer repetido? Piensas: dijo el torero que había gente para todo. Piensas: hay gente incluso para matar toros. Piensas: todavía no he leído nada de Pessoa. Piensas: todavía no he visto una película de W. C. Fields. Piensas: todavía no he probado el tabaco. Piensas: me pregunto cuál de las tres cosas será más perjudicial para la salud. Piensas: qué manera más estúpida de perder la mañana. Piensas: qué manera más estúpida de perder la vida. Piensas: para pensar no me hace falta venir aquí. Piensas: la pecera es oscura pero tiene una lámpara graduada y puede verse un trozo triangular de cielo donde un pájaro invisible me hace compañía. Piensas: ¿qué pensarán todos estos lelos del tipo feo que se sienta en la última fila y que lleva siempre la misma ropa y una mochila verde y pesada? Piensas: ¿qué creerán que llevo en la mochila? ...ves a tu abuelo al fondo y a su lado está la abuela ves a los padres de los demás niños a los hermanos mayores de los demás niños a los profesores a gente que nunca habías visto y te vas poniendo nervioso ya se acerca tu turno te va a tocar a ti primero dice Juan lo de los caballos luego dice Luis lo de las joyas y luego dices tú qué tienes que decir cuál es tu frase era la más corta era tan fácil que te la dieron nadie puede quedar fuera es una actividad del colegio y nadie puede quedar fuera es sólo una frase puedes hacerlo repite qué tienes que decir cómo es esa frase se la dices a Juan no a Pedro no a Natalia no al público Juan ya ha dicho lo que tenía que decir Luis está diciendo lo que tenía que decir Luis ya ha acabado tienes que decirlo cuál es tu frase sólo es una frase nadie se queda fuera es una actividad del colegio vendrán tus abuelos a verte estarán orgullosos de ti pensaste no quiero hacerlo no quiero hacerlo es una actividad del colegio no quiero hacerlo y dijiste bueno vale si sólo es una frase y pensaste no

quería hacerlo no quería hacerlo y ahora piensas no quería hacerlo yo no quería hacerlo cuál es la frase no me acuerdo todos te miran todos te están mirando tu abuela sabe que te toca hablar a ti y se está poniendo nerviosa tu abuelo te mira inmisericorde Juan dice su frase pero no la misma frase sino la frase que seguía han pasado sobre tu personaje y tus abuelos han ido allí para nada y los padres de los otros niños sonríen a sus hijos y tu madre está en Cuenca y tu padre está en un sitio que no sabes cómo se llama y del que nadie habla tú no querías hacerlo pero lo hiciste era una actividad del colegio pero hubieras dado cualquier cosa por no participar en ella corres corres corres tan deprisa como puedes pero ellos son más rápidos y Luis te agarra de las piernas y Andrés te agarra de un brazo y te atan a un árbol y tú gritas pero nadie va a ayudarte te quitan las zapatillas y los pantalones y los calzoncillos y la camiseta y te golpean con ortigas y Juan quiere orinar sobre ti pero Andrés le dice no te pases tío y él dice no me paso es un marica todos lo sabemos no vale para nada todos lo sabemos y sientes la orina caliente sobre tus muslos y empiezas a llorar y quieres morirte y no sabes qué has hecho para que te odien y no sabes qué has hecho tu abuela dice mira cómo le han puesto ay Dios mío de mi alma pobre niño lo que le han hecho y tu abuelo dice quién ha sido quién ha sido que se le va a caer el pelo y tú miras para el suelo y no dices nada y tu abuelo dice quién ha sido y tú no dices nada y él dice la madre que le parió a este crío nunca dice nada y dice sólo sabe que armar líos y dice más valía que se lo llevara su madre y tú piensas qué he hecho yo y piensas nadie me quiere y tu abuelo dice pero di algo desgraciado y tu abuela dice cállate Simón que él no ha hecho nada y tú piensas yo no he hecho nada los chicos de estas edades ya se sabe y sigue limpiándote y mojando con alcohol tus heridas que te duelen mucho pero no dices nada porque tu abuela te quiere el señor dice es muy introvertido demasiado para un chico de su edad y tu abuela dice ya lo sabemos el señor dice su rendimiento es muy bajo y tu abuela dice ya lo sabemos el señor dice hay que intentar solucionar esto cuanto antes si no luego será peor y tu abuela dice ya lo sabemos el señor dice le convendría venir a mi consulta dos veces por semana y tu abuelo dice no no quiero que mi nieto se pase el día en una consulta y dice mi nieto no está loco y dice yo cuidaré de él yo le meteré en cintura el señor dice no creo que eso sea lo que más convenga al chico y tu abuelo dice usted no sabe lo que conviene a mi nieto y el señor dice todos sabemos que lo que el chico necesita es ayuda y siento decirles que son ustedes

*demasiado mayores para cuidarlo y tu abuela dice yo todavía me valgo sola y el señor dice no me refiero a eso y tu abuelo dice entonces a qué carajo se refiere y el señor dice me refiero a que la diferencia entre padres e hijos está en torno a los veinte años y en su caso la diferencia llega a los cincuenta y tu abuelo dice eso son tonterías no son más que tonterías...*

Renault 21 blanco. Peugeot 106 mercurio. BMW negro. No sabes. No sabes. Renault Laguna plateado. No sabes, quizá un Ford. Seat Ibiza blanco. Uno japonés, azul oscuro. Nissan Patrol marrón claro. Volkswagen Golf rojo. Seat Córdoba azul. Mercedes 300 negro. Ford Escort blanco. No sabes. No sabes. No sabes. De pequeño eras capaz de reconocer cualquier coche nada más verlo. Eras muy bueno recordando marcas. Probablemente, era lo único en lo que nadie te hubiera ganado nunca. Tu abuelo te cruzó la cara cuando encontró bajo tu cama todos esos logotipos que habías arrancado de los coches. Eso fue todo lo que hizo respecto a la única cosa en que te sabías el mejor. Te giras y te sorprendes al ver la clase completamente vacía. Todos se han ido y estás solo en esta inmensa aula. Te pones en pie y caminas hacia la puerta. La cierras. Miras de nuevo la clase desde esa nueva perspectiva. Es interesante. Te subes al entablado y te sientas en la silla del profesor. Recorres los pupitres vacíos y piensas que no hay nada tan bello como un recinto público sin público. Las bibliotecas, los cines, los teatros, los campos de fútbol, las plazas de toros, las grandes avenidas, los restaurantes, tienen todos una fisonomía especial cuando se les despoja del componente práctico, cuando se convierten en algo totalmente inútil, absurdo, gratuito. Porque la pregunta es: ¿qué hacen cientos de libros perfectamente colocados en sus estanterías si nadie los va a leer?, ¿qué hacen ocho sillas en torno a una mesa si nadie las va a usar?, ¿qué hacen cuatro líneas de cal acotando un rectángulo de césped que sigue creciendo? Miras el reloj, las ocho y dieciséis. A veces te gustaría ahorrar el tiempo, sí, guardar los segundos y los minutos en los que no haces absolutamente nada para poder sacarlos más tarde y prolongar los momentos buenos, los orgasmos, la salud, el sol. Pero esto no es posible (sólo en la ficción hay magia) y tienes que resignarte a perder esa calderilla temporal sin nada a cambio. Vaya mierda, el mundo está mal hecho; al menos tú estás mal hecho, eso es lo que importa, vaya mierda. Miras lo que te acompaña: los pupitres, el amarillo sobado de las paredes, la pizarra negra con jirones de tiza, el borrador, pequeños trozos de tiza puntiagudos como dientes, dos carteles de prohibido fumar, un cartel de prohibido

introducir en el aula comidas o bebidas (gracias), una pantalla para transparencias, un tablón de anuncios sin un solo anuncio (sólo publicidad), dos altavoces, un símbolo de la paz grabado en la pared de tu izquierda, una A de anarquía, un cable negro que arranca del techo, recorre toda la pared, baja en perpendicular y se clava en el suelo; tuberías sin orden ni concierto que llegan a los radiadores, luces fluorescentes, algunas rotas, otras parpadeantes; ventanales sucios llenos de mensajes escritos con el dedo, periódicos bajo las mesas, uno caído en el suelo, como una paloma muerta. Te levantas. Miras la pizarra unos segundos. Coges una tiza y trazas una línea vertical de unos diez centímetros. La miras durante unos segundos y luego la borras. Ahora pintas una línea oblicua, de izquierda a derecha, de unos cinco centímetros. La borras y tiras la tiza con rabia. Coges otra tiza, la acercas a la pizarra, pero antes de dejar rastro alguno, la lanzas por encima de tus hombros. Y piensas: yo creía que tenía más imaginación. Te diriges al fondo de la clase. Y piensas: será que he permanecido sentado demasiado tiempo en la silla del profesor. La ventana. Fiat Tipo color claro. Mercedes..., a la mierda. Te sientas. Buscas tu mochila con la mirada. No la encuentras. Te levantas. Miras bajo las sillas. Te acercas de nuevo a la pizarra. Por allí tampoco está. Miras bajo la mesa del profesor, en las primeras filas, detrás de la pantalla de transparencias. No aparece. Levantas la vista y ves una cosa verde y arrugada bajo la silla donde te habías sentado. Sonríes. Llegas hasta ella y la pones sobre la mesa. Te vuelves a sentar. Y tarareas: ná, naná, nanánanananá; ná, naná, nanánanananá. Sin saber a cuento de qué, te viene a la mente Jack Nicholson en *Alguien voló sobre el nido del cuco*, pero no logras recordar quién dirigió la película. Sonríes pensando que a lo mejor fue W. C. Fields quien lo hizo. Pero no te suena. Es un nombre con una P y varias U. Sí, acaba en R, o en A; en A, seguro que acaba en A. Milos Forman, ése, ése la dirigió. No acaba en A, tampoco tiene P, ni U, pero nadie dijo que esto fuera un concurso de la tele, con notario. Por otra parte, Milan Kundera se hace pasar por Milos Forman en *El libro de los amores ridículos*. No te gustó ese libro. *La inmortalidad* es mejor. *La inmortalidad* es cojonudo. ¿Cuándo leíste *La inmortalidad*? ¿Hace dos o tres años? ¿No lo recuerdas? Bueno, es igual, déjalo estar. A nadie le importa si has leído o no *La inmortalidad*, así que imagina lo que les puede interesar cuándo. Ellos creen (¿quiénes son ellos?) que da igual leer un libro a los quince o a los cien años. Pero tú sabes que las cosas no permanecen incólumes al paso del tiempo. Y sabes también que la única



forma de ser sabio sería poder leer decenas de veces todos los libros, y ver decenas de veces todas las películas, y descubrir el sexo decenas de veces a lo largo de una sola vida. Pero eso sólo podría hacerlo Dios (de hecho, es lo que le ha permitido llegar tan alto). Tú te conformarías con comprender *Europa*, la película, no el continente, que ya se sabe que nadie lo entiende, entre otras cosas, porque Maastricht es una cosa que se han inventado los políticos para jugar a los prohombres. Y la verdad es que no siempre fue todo tan aburrido. La infancia estaba bien. Estaba bien porque te pasabas el día descubriendo cosas (las novedades del adulto no son descubrimientos, sino desengaños). No necesitabas ir de safari para sorprenderte. Podías alucinar sin salir de tu cuarto porque estabas lleno de ignorancia, es decir, imaginación. Hasta los doce años te encantaba el ajedrez. Cada día encontrabas una nueva coreografía intelectual. Aprendías a hacer jaques dobles, destapes, sacrificios, enroques, figuritas, cadenas de peones al tresbolillo..., incluso trampas. No ganabas a nadie. Perdías hasta contigo mismo; pero te lo pasabas de puta madre. Luego, un día cualquiera, vino un profesor a enseñarte cómo se hacían las cosas. Te enseñó manuales básicos y otros más abstrusos llenos de defensas sicilianas, gambitos, alekhines, karo kans... Te diste cuenta de que el ajedrez era una cosa más seria de lo que creías. Había gente en el mundo que se sabía de antemano todos los movimientos que tú improvisabas. Te parecía deshonesto que tu rival pensara las jugadas que tú podías hacer o no hacer. ¿A él qué coño le importaba lo que ibas tú a mover? ¿No tenía sus dieciséis piezas?, pues que las usara dejando las de los demás en paz. Todo esto te deprimió tanto que dejaste el ajedrez, igual que habías dejado otras cosas. Pero tampoco vas a decir que echas de menos la infancia. En realidad, los niños te ponen enfermo, como los perros, los loros, y en general todo lo que se mueve. Los niños molan hasta los seis o siete años. Luego no hay quien los aguante. Prefieres a los viejos, que son una especie de niños sabios, porque los niños-niños, al contrario de lo que dicen en la tele, son imbéciles, con una imbecilidad que les convierte en consumidores ideales, modélicos. Y piensas: esto no es más que masturbación mental. Pero tú nunca dices lo que piensas, aunque te pases el día en ello. A veces crees que tus ideas son buenas, y a veces sabes que tus ideas son cojonudas. Pero temes decirlas, escribirlas; temes hasta pensarlas porque crees que estás loco, o que ellas te volverán loco. La locura no es mala, tú lo sabes. Lo malo es que los demás lo sepan. Bostezas, te gustaría dormir. Lo único que puedes hacer en esta

ciudad es dormir. Ah, e ir al cine, que es de lo poco bueno que tienen aquí. Los cines son más importantes que los hospitales. No todo el mundo que detesta la vida y el tiempo en que le tocó vivir, puede evadirse escribiendo prosas profanas. Gracias a Dios que están los cines. Hace tanto que no vas a uno que ni recuerdas la última película que viste. Podías ir esta tarde. A lo mejor hasta hoy es miércoles y te sale más barato. Y, si no lo es, qué más da. Ve de todos modos. Dale algo de dinero a la cinematografía, que ya tienes demasiados libros. Pero no quieres ir a ver una obra maestra, de esas de sala pequeña medio vacía, nacionalidad bielorrusa y cinco estrellas en la *Guía del Ocio*. Tampoco vas a ir a ver una chorrada, claro. Lo ideal es el término medio, una de Woody Allen, no flagrantemente comercial, pero tampoco apodíctica. Y lo cierto es que te gusta Tarantino (no eres perfecto) y Jackie Chang y todas aquellas películas con personajes que han olvidado su cerebro en la mesilla de noche y salen a la vida con la superioridad que otorga no tener conciencia. Echa un vistazo al periódico. Busca uno y mira las páginas centrales. En ellas viene la cartelera. También vienen otras cosas. Algún día deberías probarlas. Ir al teatro es caro, pero es distinto. Hacer siempre lo mismo recibe el nombre de hábito. Tú sabes que lo peor de todo es el hábito. La costumbre es la madre de la soledad y de la muerte psíquica. Demasiados hábitos crean una barrera a la imaginación. Tú luchas contra los hábitos quebrantando el orden de las cosas. Lo malo es que el desorden creado acaba convirtiéndose en un nuevo orden. Es cuestión de tiempo. Y eso es peligroso. El desorden no existe como tal, por eso es desorden. La única manera de perpetuar el desorden es el dinamismo. Si te quedas quieto estás muerto. Debes moverte, contradecirte, ser infiel a ti mismo. De modo que no vayas siempre por las mismas calles: descubre alguna nueva, arriégate, no escuches toda esa mierda que flota en tu cabeza, sólo está ahí para joderte. Redúctete, desbasta tu conciencia, asesina todo lo que no eres tú para recuperar el vacío con el que esperabas venir al mundo. Observa tus propios movimientos, no te concedas el beneficio de la duda, eres culpable hasta que no se demuestre lo contrario. Sólo tú puedes demostrar lo contrario. Tu conciencia es tu excusa para no luchar. Construyes barricadas de silencio para no oír tu soledad. Eres más listo de lo que aparentas. La derrota no entra en tus planes porque tus planes son la derrota. Eres un cobarde. No es que tengas complejo de cobarde, lo eres. Los complejos no existen. El que tiene complejo de imbécil es imbécil. Juegas con cartas marcadas. Te pierdes por la ciudad todas las noches pero,

curiosamente, siempre te pierdes por las mismas calles, a las mismas horas, del mismo modo. Tienes miedo de estar desnudo. Te han enseñado a ser cauto. Te han enseñado a ser ahorrador y prudente. No quieres elegir tu propia escala de valores y defenderla. No es cuestión de Peter Pan; simplemente, eres así de miserable. Te consuelas pensando que no eres el único miserable sobre la Tierra, pero sí lo eres. Lo que ves cada día por la tele, en el metro, en clase, en la calle, no son personas. Dentro de tu cabeza, el Rey de España es tan real como Dios, tu abuela o Bugs Bunny. Dentro de tu cabeza tú eres el único que siente los golpes. Deja de pensar en grupos y colectivos. Estás solo. Gozas solo y sufres solo. Si no mueres en la batalla, considérate victorioso, no importa que todos los demás pereciesen. La Autoridad trata de decirte lo contrario: si se gana una guerra y tú eres la única víctima, ellos van a decir que ha sido una buena guerra, sólo una baja. Pero tú estás muerto y ni siquiera puedes escupir al general que te impone la medalla. De modo que empieza a pensar en la insumisión antes de que se haga demasiado tarde. La negación de lo que tú no eres afirma lo que eres. Todavía no sabes lo que eres. Haz sólo aquello que tienes miedo de hacer. Abre las páginas centrales del periódico y llama a una que no cobre demasiado. No pienses en el amor ni en el sexo. Las palabras confunden los conceptos de tu sesera. Sabes lo que quieres pero lo olvidas justo cuando lo nombras. Olvida las palabras, el lenguaje es nuestro modo de ordenar el mundo: quebranta el orden. Has leído suficientes libros para darte cuenta de que todos dicen lo mismo: nada. Deberías leer atentamente el poema que aparece en el espejo. Deberías alzarte diez metros sobre el suelo y estudiar fríamente lo que queda debajo, ese resto de ti. Asciende y observa quién eres. Fíjate bien: estás en la última fila de un aula inmensa. La puerta está cerrada. Estás sentado en una silla mirando ciegamente a la pizarra. No mueves ni un músculo. Has convertido la clase en tu pecera. El perfume barato llega hasta el techo y no sabes para qué sirven todas esas cosas, las sillas, las mesas, las papeleras. No encuentras ninguna diferencia entre una silla y la sombra de una silla. Todo lo que perciben tus sentidos es rematadamente inútil. Tú mismo, ocupando la última silla de un montón de sillas inútiles, eres inútil. Te levantas y te sientas en la primera fila del desfile inútil de sillas. Tu inutilidad es exactamente la misma. Puedes subirte por las mesas, emborronar la pizarra, romper las ventanas, da lo mismo. Inútil. El hecho de que el aula, las sillas, las mesas, la pizarra, los cables, las tuberías, los radiadores, carezcan de función te sugiere algo, pero

no sabes qué. Y nunca lo sabrás si piensas en «aulas», «sillas», «mesas». Han echado demasiada tierra sobre tu nombre como para que puedas desenterrarlo. Te han dicho que existe el bien y el mal, la felicidad, la familia, los amigos, el sexo, Disneylandia, la felación. Pero nadie te ha dicho que existes tú, ante todo tú, principalmente tú. Están empeñados en que aprendas los conceptos y te unas al rebaño. Hasta las críticas y las disensiones deben ajustarse a modelos precedentes, 1789 o 1968. No importa que se quemen las iglesias, sólo importa que la fe perdure. Puedes levantar todo el adoquinado, demoler los edificios, voltear un retrete y llamarlo arte. Lo que importa son las leyes arquitectónicas y las normas higiénicas. Costará tiempo y dinero, pero todo volverá a su antiguo orden. A veces piensas:, pero no puedes hacerlo durante una hora, como querrías. Quizás los ascetas, los místicos o los lamas lo consigan. Pero tú no eres un jodido lama. Te duele la cabeza enormemente. Te sientes como en tu habitación: náufrago. Te acercas a la silla de Lolita. Sabes perfectamente cuál es. Te sientas en ella. Te levantas y la acaricias. Pasas la mano por el respaldo, por el asiento; detienes tus dedos en el borde curvo: ahí descansa su sexo. Vuelves al fondo de la clase. Miras por la ventana. Volvo 400 negro. Te sientas sobre la mesa. Miras el reloj, las ocho y treinta y cuatro. Deberías haberte quedado en la cama. Vuelves a mirar la habitación. Oyes un ruido. La puerta se abre. Van entrando alumnos. Te miran. Tú bajas los ojos. Te sientes incómodo. Hasta que ellos llegaron estabas solo, pero no te sentías solo. Ahora la habitación ya no es tuya. Ahora las cosas adquieren significado, y tú no eres tú, sino ese que está siempre solo al fondo de la clase. Te preguntas si alguno de éstos habrá pensado alguna vez en saber tu nombre, tu procedencia, tu función. A veces crees que están hablando de ti. Lo más probable es que te ignoren. Mientras no estorbes te dejarán tranquilo: una papelera existe más cuando está llena que cuando está vacía, un ascensor estropeado que uno en funcionamiento, un atentado terrorista que el alba. Tendrías que hacer algo para disimular. No puedes estar mirándolos descaradamente: sospecharían. Sospecharían que los odias y que a la vez te son indiferentes; sospecharían que los examinas, que aprendes de memoria sus gestos, sus ademanes, el nombre de sus vaqueros; sospecharían que eres un tipo peligroso. Abres tu mochila verde y remendada y sacas un libro al azar. «Hecha esta promesa relajó su voluntad, reconoció sus fracasos anteriores, y se vio recompensado por una gran experiencia, disfrutando durante siete días del gozo de la emancipación.

Comprendió entonces que la causa de todas las miserias humanas era el deseo...» En este momento te acuerdas de que tienes un par de libros de la biblioteca. Probablemente hayas sobrepasado ya el plazo de devolución. Te da igual que te sancionen. Estás harto de leer. Sin embargo, no puedes dejar de hacerlo. Es una droga más; pero por lo menos tienes la seguridad de no estar haciendo rico a un cabrón colombiano que habita un palacete con grifos de oro. A veces deseas drogarte porque Baudelaire o Michael Stipe lo hicieron. A veces te alegras de no drogarte porque la mayoría de los gilipollas lo hacen. Hay una gran diferencia entre no haber probado nunca las drogas y haberlas probado. Es como la diferencia entre el nueve y medio y el diez: hay más diferencia entre ellos que entre el cinco y el siete. Es cuestión de todo o nada. El diez es la perfección, el todo; el nueve y medio es casi diez, pero no es diez. Tampoco son diez el cinco, el seis, el siete, el tres. Todos ellos son la nada, la parte negativa, el no. Las drogas son el sí y la virginidad alucinatoria es el no. Hay una gran diferencia. Te levantas, agarras tu mochila verde y remendada, y te diriges hacia la puerta. La clase está casi llena. Los alumnos han vuelto de la cafetería y ocupan sus asientos respectivos. Lolita también. La miras de reojo cuando pasas a su lado, pero sólo captas formas imprecisas. Sales y sientes cierto alivio porque el murmullo comenzaba a lancinar tu, de por sí, maltrecho cerebro. Tropiezas con varias personas antes de llegar al ascensor. Aprietas el botón. Te miras las manos y compruebas que no puedes mantener firme el pulso. Recuerdas a tu abuelo. El ascensor llega. Salen dos personas, una chica morena, baja y fea, y un chico con cara de empollón. Entrás y cierras rápidamente. Aprietas el botón del primer piso. Suenan cables y engranajes. Te gustan los ascensores. A veces hasta piensas en voz alta dentro de ellos. Tienen una intimidad de confesionario. Miras al suelo. Tus zapatos dan pena ... *ahorcado de un harpa o ahogado en un harpa o cortándote las venas con la sonora cuerda de un harpa afilada como una cuchilla de afeitar afilada esperándote esperando a que te decidas tu decisión esperando está el harpa por tu cabeza y tus pulmones y las azules líneas intraepidérmicas que te riegan y te nutren por causas ajenas a tu voluntad todo es por causas ajenas a tu voluntad altos edificios desde los que zambullirse en el asfalto y quedar por siempre aleado a él como un bache o un remiendo o una mancha de grasa por sobre la cual coches y autobuses y algún peatón inconformista y bicicletas montadas por niñas sin bragas pueden pasar o deban necesariamente pasar durante años o siglos o eternidades urbanas*

*siendo tú ya del todo parte de esta gran cacharrería solidario por fin con sus semáforos y sus esquinas y no extranjero provinciano con paja todavía enhebrada en el cabello gases de muchos tipos y rumorosos nombres que riman entre sí butano metano propano como un cóctel de suicidio y desesperación penetrándote invisiblemente como mensajeros sutilísimos de la muerte agostando tus entrañas tus pulmones tus ojos vueltos y cayendo al suelo totalmente inundado de incendios que no fueron y frituras que quedaron sin realizarse y calefacciones frías por la ausencia de chispa ignición deflagración un trazo rápido y decidido es suficiente no debes ser pusilánime si quieres hacerlo sin producirte daño más daño del que necesitas para irte cuchillas navajas cuchillos incluso tijeras cristales rotos hojalatas enmohecidas o cuerdas de harpa pueden ser efectivas a la hora de delinear la muerte de forma perfectamente perpendicular a tu vida sobre la taza del wáter para que nadie pueda decir que te fuiste dejándolo todo miserablemente manchado de glóbulos espurios de origen desconocido...*

Te mira. Es un chico alto, delgado, pelo largo, sucio. Sales. Te diriges a la biblioteca. En el pasillo hay una máquina que expende compresas, rotuladores, diskettes, folios y demás adminículos. La pared está tomada por los anuncios. Se comparten pisos y vehículos, se vende y se compra de todo, se reclama la participación en una mani o en un club político. Abres la puerta de entrada de la biblioteca y tienes que apartarte para que salgan varias personas. Te cansas de hacer de portero y entras por la puerta que dice Salida. La biblioteca está desértica. Suele estarlo, pero hoy es especialmente notorio. Quizá sea viernes. Cruzas el control antirrobo y te acercas al mostrador. Pones la mochila sobre él y la abres. Sacas uno, dos, tres, cuatro libros hasta que encuentras los que pertenecen a esta biblioteca; los devuelves. La señora te dice que tienes treinta y cuatro días de sanción. Notas en sus ojos una cierta maldad. (Put.) Te diriges a las escaleras. Subes mirando el culo de un chico. Cuando llegas arriba, puedes observarle mejor. Está bastante bueno. A veces tienes la impresión de que todo el mundo está bastante bueno menos tú. Le ves alejarse y se te ocurre que una de las causas o motivaciones que pueden llevar a la homosexualidad es la abstinencia. No quieres ahondar en la cuestión porque ya tienes suficientes problemas como para ponerte ahora a desentrañar tus orientaciones sexuales. ¿Qué vas a hacer? Puedes hojear libros, qué otra cosa si no. Eres el gusano de las bibliotecas. Entras en ellas como en una manzana, dispuesto a comértelas por dentro. Y nunca quedas saciado. Lo curioso es

que no hay gente que más odies que los que se pasan la vida leyendo libros. Pessoa, ese nombre aparece en tu cerebro. Tienes que leer algo de Pessoa. No sabes con exactitud quién es. Ni siquiera sabes de qué país ha salido. (Es lo malo del autodidactismo: las lagunas.) Le supones portugués, porque eso de que la suma y conjunto de la literatura portuguesa apenas es literatura y casi nunca portuguesa y de que cuando no es auténtica basura, debería serlo, para ser algo al menos, sólo tiene gracia dicho por un portugués. Buscas en los carteles la literatura portuguesa, pero no la encuentras. Hay alemana, italiana, colombiana..., pero no portuguesa. Lo cierto es que Portugal está aquí al lado y, sin embargo, sabes más de China que de él. Escoges varios libros de la estantería que tienes más cerca y te sientas a hojearlos. Te arrimas uno a la cara y lo hueles. Te gusta oler los libros. Te gusta tocar los libros. No puedes concebir una novela cuyo formato no sea el libro. Te gustaría ver a alguien olfateando un texto en una pantalla o escribiendo dedicatorias en un cd-rom. La tecnología y el progreso están bien, pero que estén bien no significa que tengan que joderlo todo. Tú crees que hay que dejar algo de suciedad en los rincones. La informática es tan limpia que te da ganas de vomitar. De hecho, en estos momentos no te encuentras demasiado bien. Pero no le vas a echar la culpa a la informática. No hay ni un solo ordenador en diez metros a la redonda. La cosa viene de atrás. Como si una náusea vital fuera escondiéndose en los pliegues de tu alma esperando el día apropiado. Quizá hoy sea el día apropiado. ¿A qué te refieres? No lo sabes. En realidad no sabes nada. Lanzas ideas y citas a voleo porque no puedes dejar de hacerlo, pero eso está lejos, muy lejos, de ser un discurso coherente y constructivo. Te da igual. La coherencia es para los tipos coherentes y la construcción para los tipos constructivos. Lo único que has construido en tu vida fue una cabaña en el pajar de tu abuelo, y te la tiraron al tercer día. Entonces decidiste no fabricar nada fuera de tu cabeza, así nadie podría destruirlo (sí, eras un ingenuo). No hay nada en tu cabeza, ninguna construcción, ningún andamiaje de ideas, ningún conglomerado de conceptos. A menos que consideremos como tal la gran mentira que es tu vida. También es verdad que mentirse a uno mismo tiene su mérito, necesita un esfuerzo constante, algo de creatividad; pero como todo el mundo lo hace, al final volvemos a lo mismo: que eres un mierda. Puedes profundizar en la siguiente cuestión: ¿qué clase de mierda soy? Pero es una estupidez. El caso es que eres un mierda y que haya mierdas mucho peores que tú no te libra de ser un

mierda. Estás en una biblioteca medio vacía, es decir, que eres un mierda del tipo rata de biblioteca. Eso es lamentable, muy lamentable. Si fueras un mierda del tipo pastillero o del tipo aprobador-conformista-que-tomasólo-cerveza, estarías mejor considerado que como rata de biblioteca. Y, para acabar de crucificarte, tenemos que aun siendo un rata de biblioteca eres incapaz de encontrar un libro de Pessoa. Te levantas e inicias una nueva búsqueda. Te das de bruces con el muro de la literatura española. No tienes un concepto muy alto de las letras nacionales. No te gusta *El Quijote*, no te gusta *El Buscón*, no te gusta Juan Ramón Jiménez. Quizá tu antipatriotismo es pura irreverencia, infantilismo, deseo de trasgredir, de ser iconoclasta. En ese caso, deberías alegrarte. Lo que sería realmente patético es que tu crítica se basara en un examen serio, competente y exhaustivo. ¿Quién necesita seriedad cuando se es un mierda? ¿Qué tiene que ver la competencia con la mierda? ¿Dónde diablos va a encontrar nadie un mierda exhaustivo? Además, qué dices, por lo menos tú conoces la literatura nacional, no como todos éstos, que sólo leen la cosa norteamericana, o que los no estudiantes, que leen cosas peores: literatura italiana. Y es que ya se sabe que éste es un país reacio a reconocer a sus genios, propenso a matar de hambre o a tiros el talento, inclinado a canonizar la cochambre, abierto a todo tipo de absurdos foráneos, devoto de la holganza, matrimoniado con la necedad, inimicísimo de la razón, sublimador de enanos, sufragador de dispendios; y así es normal que tú tampoco creas en Cervantes. Vuelves a tu asiento con las manos vacías y sigues hojeando los libros que tomaste antes. Delante de ti, un par de chicas cuchichean entre risas. Te las quedas mirando hasta que una de ellas se da cuenta y te devuelve la mirada *...tú piensas no quiero ir y dices qué hora es y él dice las seis y tú piensas joder y piensas joder y piensas joder y no dices nada salís de casa tu abuela duerme el sol duerme todo el mundo duerme menos tú y tu abuelo que estáis subiendo la calle y ya camináis por la carretera hacia el pinar pasa un camión tan largo que sigue pasando y pasando durante minutos con sus pilotitos rojos flotando en el aire y sus luces blancas resucitando sombras llegáis al camino tu abuelo va delante lleva un morral y la escoda tú vas de manos vacías tienes frío tienes sueño la luna os mira redonda inviolada también va de manos vacías haciendo nada pero seguro que no tiene frío ni tiene sueño andáis andáis seguís andando hasta el arroyo y luego andáis andáis seguís andando hasta que empiezas a ver el pinar despuntando en el horizonte tu abuelo va delante pero más delante que antes estás cansado no te gusta*



*caminar tu abuelo quiere hacerte un hombre tú no eres un hombre tampoco eres un crío tú eres tú tu abuelo no entiende eso entráis en el pinar tus pisadas cobran mayor hondura huele a tomillo y noche oyes crujir el barrujo a tus pies corre una brisa verde tu abuelo deja el morral empuña la escoda elige un pino y te dice mira cómo se hace tú miras pero no entiendes cómo se hace tu abuelo golpea golpea golpea los cortes suenan en todo el cielo reinan tu abuelo respira hondo es viejo te dice has visto y tú piensas tengo frío tengo sueño no entiendo por qué me has traído y dices sí tal vez tu abuelo coge una tira de hojalata y la clava al tronco coge un pote y lo pone debajo ya está dice vamos tú le sigues tienes frío tienes sueño tu abuelo empieza a labrar de nuevo un tronco silba la hoja doble de la escoda caen esquirlas de madera sobre la tierra olorosa el alba muerde la noche tu abuelo acaba toma dice éste hazlo tú coges la herramienta tienes frío tienes sueño pesa la herramienta pesa el frío pesa el sueño tu abuelo dice venga dale y tú piensas no sé y das la escoda araña la roña y se te escurre de las manos inútil grita tu abuelo cógela otra vez no la agarres tan abajo y dice se hace así y sientes sus manos duras sobre tus manos blandas preparas el golpe lo das has mejorado tú lo notas la escoda está en tu mano y al pino le falta un buen trozo tu abuelo dice muy mal tan alto no sirve de nada y dice dale por aquí y toca el tronco con la punta de sus alpargatas alzas la escoda y la dejas caer con fuerza calculada chillan la madera suena como manzana mordida tu abuelo dice sigue y tú sigues hasta que te duelen los hombros y tu abuelo dice qué pasa y tú dices nada y él dice pues sigue y tú piensas joder y sigues y acabas y pones la chapa como le has visto ponerla a él y colocas el pote como le has visto ponerlo a él y le miras no dice nada echa a andar vas tras él te señala otro pino dice ahora éste y tú suspiras estás cansado y él dice qué te pasa y tú dices nada y él dice tienes que aprender un oficio y tú piensas vaya mierda de oficio y dices soy joven para trabajar y él dice qué quieres hacer y tú dices quiero seguir estudiando y él dice todos a estudiar y que trabaje Dios... No debes irte sin encontrar un libro de Pessoa. Por lo menos debes ser capaz de encontrar la estantería de literatura portuguesa, aunque sea basura (te encanta Pessoa ya sólo por esa frase). Miras por todos lados y sigues sin encontrar lo que buscas. Te das por vencido y tomas asiento. Por el pasillo, largo pasillo, se aproxima una chica sexualmente interesante (¿qué otro interés si no?). La miras de arriba abajo. Siempre se mira de arriba abajo, de los ojos al suelo. Incluso cuando lo que llama la atención es un culo, un pecho, una boca,*

siempre se buscan inmediatamente los ojos antes de volver al culo, el pecho o la boca. Es rubia, pelo liso largo, labios rojo loreal, pendientes de aro, ojizarca, jersécito blanco de punto, senos altivos, vaqueros azules sin cinturón, vientre agudísimo, Reeböck blancas, pasos decididos, confianza en sí misma, mochila negra de cuero, mano mórbida mesando cabellos, uñas rojas, olor a frutería, culo impecable. Y piernas: su cuerpo es su currículum. Miras la estantería que tienes delante, pero no puedes olvidar el culo que tienes detrás, alejándose, quién sabe camino de qué hombre, o de qué mujer, porque en estos tiempos ya sabes. Y sigues mirando la estantería, llena de libros rojos, y no rojos, o sea que son de otros colores, y otros tamaños y blancos y más grandes y más pequeños y no blancos y gruesos y rotos y negros y alguien pasa por el lado menos vigilado de tu córnea y no sabes si será un chico, una chica, un dinosaurio, Benito Pérez Galdós o Picasso, pero seguro que no es la chica del culo impecable, porque podrías verla con los ojos cerrados, y olerla con los ojos cerrados, y oírla con los ojos cerrados, y abrirla con los ojos cerrados. Y es que te vienen a la mente ciertos deseos y tienes miedo. No debes tenerlo. No te preocupes de lo que hay dentro de ti, reconócelo, ámalo, sélo: eres tú. Ese agua negra, ese hollín, esa esperma podrida te conforma, en ella consistes. Es como la mujer que encuentra un bulto y el médico le dice que es un tumor y que ha de pasarse por su consulta cada equis meses. La mujer convive con su tumor, lo observa, lo calibra, lo conoce. Y acaba queriéndolo, porque es algo suyo, nadie se lo ha dado, nadie se lo ha metido dentro, ella lo ha creado, puede decir, el tumor también soy yo, y al extirparlo puede exclamar, soy yo y el tumor que ya no tengo, yo y un vacío de dolor. De modo que revuélcate sin miedo en el lodazal de las perversiones, no temas volverte loco y violar niñas. Eso no está en tu mano. Si empiezas a jugar al escondite con tu conciencia, perderás. Se pierde siempre. La única forma de superar los defectos es reconocerlos. No puedes abatir el ave que no ves. El cielo es muy grande, hay muchas nubes, nubes como la moral pública, que ocultan bandadas enormes de cuervos, buitres, políticos y periodistas. No te hostilices. El alquitrán es negro pero no quiere herirte, sólo quiere ser. Si empiezas a ponerle barreras te hará daño, entonces sí, un daño salvaje, ya lo conoces, un dolor como tambores de guerra, como arietes queriendo echar abajo tu frente. Estás demasiado asustado para saber lo que quieres. Tienes una burocracia mental que hace que tus deseos mueran antes de recibir la respuesta a su instancia. Deberías despedir a tanto funcionario filibustero y

abrir las ventanas de los despachos, que ya hieden. Deberías pensar menos, vaciarte. Deberías no escuchar las voces que te dicen qué hacer, que te tratan con desprecio, desde arriba, imperativamente, como un autor a su personaje. Tú no eres un personaje. No eres un personaje porque Dios no es tan buen novelista como para crear algo como tú. Ni siquiera Dostoievski creó nunca nada tan complejo, alambicado (mortal y rosa), como tú. Y es que nunca comprendiste aquello de que Dios nos creó a su imagen y semejanza. Ni siquiera querías dar clase de religión. Eras ateo porque si no se puede negar a una persona en la tierra, lo mejor es negar a su Dios en tu mente. No podías ir en contra de puertas afuera, por eso te vengaste de puertas adentro. Y Dios fue el primero en caer, porque era el más grande, todo lo ocupaba, y no podías errar el tiro. No entendiste nunca nada. El cura era soltero y se hacía llamar padre. María tenía un hijo y se hacía llamar la Virgen. Unían tres personas en una y lo llamaban misterio. Se unían un hombre y una mujer y lo llamaban pecado. Y luego te decían que el hombre era el único animal creado a imagen y semejanza de Dios y ahí sí que te reventaban ... *en Miquel en Miquel repites mirándote en el espejo en Miquel en Miquel estás detrás de mí a mi lado derecho a mi lado izquierdo en derredor eres tú en Miquel tienes también los ojos oscuros tienes también pelo castaño eres rubio calvo rico piensas en mí dónde estás estás quién soy yo mi abuelo te odia malditos catalanes le oí decir yo no puedo odiarte quiero odiarte odio a demasiada gente él no me gusta a mi madre sí le gusta y también le gusta a ella la pequeña la de los ojos azules yo tengo los ojos oscuros la dicen mi hermana yo tengo los ojos oscuros no es mi hermana no puede ser mi hermana soy pequeño dicen que luego me lo explicarán algún día cuando sea mayor cuando sea mayor será demasiado tarde ella no es mi hermana él no es mi padre estoy triste en la noche oigo ladrar a los perros tu abuelo dice vamos de caza y tú piensas no quiero ir pero no dice nada tu abuelo dice coge de la correa al perro y tú coges de la correa al perro camináis hacia el pinar un sol de odio caminos polvorientos ni un solo hálito en la tarde tu abuelo dice los jóvenes de ahora sois unos haraganes y tú piensas los jóvenes de ahora somos unos haraganes tu abuelo dice catalanes y vascos no son buena gente y tú piensas catalanes y vascos no son buena gente llegáis al bosque o pinar o sitio con árboles cuyo nombre ignoras y tu abuelo dice no sabes nada y tú piensas no sé nada y él dice te haré un hombre de provecho y tú piensas qué es un hombre de provecho y te respondes un hombre de provecho es el que caza y*

*es fuerte y trabajador y los catalanes y vascos no son buena gente y ya oyes los disparos por primera vez oyes los disparos que suenan distinto que en la tele y que en el cine sólo has ido una vez al cine distinto que en la tele más bajo o grave o no sabes cómo pero distinto peor menos bonito da miedo mucho más miedo y caen las perdices o codornices o lo que sea muerto no sabes nada tu abuelo dice no seas crío tienes trece años no seas tan crío sólo es una perdiz muerta cógela y tú piensas voy a vomitar y dices de dónde la cojo y él dice no seas imbécil y tú vomitas sobre el romero y te llega el olor oscuro del romero y el hedor horrible del vómito y de nuevo devuelves y tu abuelo está ahí detrás mirando sin hacer otra cosa que mirar sin hacer otra cosa que mirar sin hacer otra cosa que mirar y la noche es triste si estás solo y no tienes un espejo que responde a tus preguntas como en el cuento que te contó la abuela y que no sabes cómo se llama ni cómo empieza ni cómo acaba sólo que había un espejo que decía cosas y a lo mejor eran todas mentira pero al menos decía algo no como el tuyo que no sabe hablar ni responder mentiras que maten tu deseo de buscar la...*

Tienes que centrarte, así no vamos a ningún sitio. Nadie te ayuda, y si tú no lo haces la llevas clara. ¿Dónde estás? (Lo primero es saber dónde se está.) ¿En qué lugar del mundo te encuentras?, ¿qué rige aquí?, ¿qué prima?, ¿qué llevan las niñas los domingos para ir a misa? Ésas son las preguntas importantes. Encuentra las respuestas y cálzatelas como puedas. No puedes salir a la calle con los zapatos que tú mismo fabricas. Todos se van a reír de ti. Viste su misma marca, su misma sonrisa, sus mismos tópicos, sus mismas rebeliones. Ya sabes que lo importante es que no sepan que estás loco. Te encerrarían, como a Linda Hamilton en *Terminator II*, dirían que estás como una puta regadera (vesania lo llaman ellos, queda más fino, más respetuoso. Ya conoces toda esa mierda del lenguaje políticamente correcto. Tú desearías que el lenguaje fuera primero correcto, o sea preciso, y luego ir poniéndole adjetivos. Aquí nadie piensa como tú). Lee sus libros, los primeros de las listas, y deja los prohibidos para tu pecera, para tu soledad anónima, allí donde nadie pasa páginas por ti. Hay en el mundo demasiados gilipollas diciéndote lo que tienes que hacer. Incluso los que te dicen que hagas lo que quieras, esperan en realidad dirigirte. Engáñales, apréndete la música de la canción, síbala, tararéala, pero nunca aprendas la letra, diles que tienes mala memoria, cualquier mentira vale; pero no aprendas la letra. Desconfía de todo lo que no venga de los labios marchitos de tu abuela. Ella ha visto morir a un hombre y sabe lo que dice. Otros también han visto

morir a uno, dos o tres hombres, pero no son tu abuela, no son nadie, en todo caso son famosos, es decir, gente que te dice lo que tienes que hacer para que ellos sigan siendo famosos. No los odias. En realidad te importa un huevo que haya tanto profesional de la fama, pero, joder, que no sean tan conocidos, que sean famosos entre los famosos, que no se inmiscuyan en el detergente que usas para lavar los calzoncillos sucios, en las compresas que usas para limpiar las vaginas sucias, en la cerveza que usas para desparasitar los estómagos sucios, en las causas nobles que usas para blanquear las conciencias sucias. Que te dejen en paz, que se vayan todos de vacaciones dos o tres meses, que quieras oír tu voz, que quieras saber qué es lo que tú piensas, si es que algo piensas. ¿Piensas algo tú? Todos creen que no piensas. El que está callado piensa mucho, pero el que está triste no piensa, sólo está triste. Ellos lo saben. La aflicción no está especialmente dotada para el raciocinio o la cordura. La aflicción es más bien simplota, más bien monotemática, se concentra en una idea y la vivisecciona sin éxito ni otro fruto que el aumento del dolor y la mayor cercanía de la locura. La locura, ¿te asusta esa palabra? La locura está bien si es para anunciar refrescos de cola o vaqueros rotos; pero estar locos de veras, en serio, cuerdamente loco, está mal, muy mal. Ellos lo dicen. Estar loco supone que algo no te funciona dentro de la cabeza. Ellos pueden arreglar la lavadora y el contestador automático, pero si estás loco te encierran y ahí se acaba todo. No es bueno estar loco, la gente se desconcierta ante la locura, no la entienden. No la entienden porque viene de dentro, de ese sitio al que nadie quiere mirar. Pero no temas, si consigues sonreír en los momentos adecuados, no te descubrirán. Aprende a dominar el petróleo de tu sesera. No es fácil (lo sé), pero tienes que hacerlo. Si no, te descubrirán y te llevarán a uno de esos sitios acolchados por todas partes donde sí te vuelves loco intentando averiguar cuál es la cama. Y, sin embargo, hay algo legendario en la locura. ¿Qué quiere decir legendario? No lo sabes, pero es una palabra bonita. Nictémero también es una palabra bonita. Y nefelibata. Y cornucopia. Y bulbul. Y tantas otras palabras cuyo significado olvidas para poder perder el tiempo inventándoles uno. Es importante perder el tiempo. Si te quedas con él dentro, puede darte un cólico al riñón o una gastroenteritis aguda. Somos seres que cagamos pasado y devoramos futuro. No puedes quedarte con nada en el recto. Te han enseñado a cambiar de coche y de ropa y de trabajo y de canal y lo han hecho por tu bien, para que no pienses demasiado. No estás siguiendo sus

consejos. Vas a descubrir que la vida es una putada. Te van a entrar deseos de sentarte y dejar que se caduquen todos los postres. Eso es peligroso. Ellos saben que la vida no tiene sentido, pero creen que es un defecto subsanable, entre otras cosas, porque es el único defecto de la vida. ¿Qué otros defectos tiene?, te dirán, ¿encuentra usted alguno?, ¿no le gustan los libros de Antonio Gala?, pues lea a Umbral, tenemos para todos los gustos; ¿no le apetece el teatro?, pues vaya al cine, o váyase de putas, hacemos la vista gorda, hasta dejamos que viole usted a niñas de tres años; ¿no le gusta la televisión?, pero, vamos a ver, ¿no le gusta la televisión o sólo algo de la televisión?, le ponemos a W. C. Fields de madrugada, le ponemos a Bogart de madrugada, sabemos cómo le gusta ver cine a altas horas de la noche, sí, sabemos que le encanta sentirse mártir de la cultura, el último erudito; ¿qué más quiere, hombre de Dios?, la vida carece de sentido: ¡pero eso es todo!, déjelo de nuestra cuenta, nosotros le haremos olvidar, elija, elija, tenemos un póster cojonudo de David Bowie. Son las nueve y tres minutos de la mañana. Repito: las nueve y tres minutos de la mañana. Vamos, céntrate; las nueve y tres minutos. Asimila los signos, interpreta, busca en la memoria, sé consciente. Te levantas como si acabaras de despertar sobre la vía de un tren y sales corriendo. Sientes los libros moverse en la coctelera de tu mochila. Bajas la escalera de caracol con un zapateado que atrae hacia ti todas las miradas. Esquivas mesas, sillas, gente, funcionarios, pechos y sales por la puerta de entrada, dejándola abierta de par en par. Ves el ascensor. Se está cerrando la puerta. Está casi cerrada. Introduces la mano. Abres. Va lleno. Sonríes levemente. Entrás. Tienes delante de ti una chica alta, displicente de espetera, a la que decides degollar en cuanto las circunstancias lo permitan. El ascensor no asciende sino que empieza a pitar. Estás ansioso. Miras el reloj. No ves la hora. Cuando alzas la cabeza, todos te miran. No entiendes. No hay palabras. ¿Cómo quieren que uno entienda las cosas si no usan las jodidas palabras? Pues sigue sin haber palabras, pero hay que reconocer que sus ojos inyectados en sangre tienen un gran poder comunicativo. Largo: eso están diciendo sus seis miradas, sus doce ojos de hidra imperfecta. Sales y empiezas a correr escaleras arriba sin saber adónde vas. Ya en el primer descansillo, notas que tus cualidades físicas son netamente inferiores a las de Fermín Cacho. Sientes el aire entrar en tu organismo como si fuera hidrógeno líquido y las rodillas desencajadas de dolor y esfuerzo. Tienes la cabeza cada vez más próxima al suelo y empiezas a pensar seriamente en no llevar siempre la mochila repleta de

libros que conoces de memoria. Tropiezas con un señor trajeado y panzón que te mira indignado y al que no haces ni puto caso. Afrontas el último tramo de escalera intentando recordar quién es el profesor que te toca ahora y si es de los que exigen más puntualidad que un parto. Desgraciadamente, acuden a tu memoria varios precedentes nada halagüeños: el tal profesor goza ridiculizando al que llega tarde y le vacila entras/no entras como si su clase fuera la panacea, y no el churro que en realidad es. Coronas la cima de la escalera con la sensación de ser el imbécil más grande de la facultad (lo cual es decir bastante) y con la duda de si entrar o no entrar por esa puerta cerrada, por la cual suena ya, monótona y desquiciante, la voz del señor profesor. Intentas recuperar tu ritmo normal de respiración para poder así articular las palabras justas, precisas, que te den acceso al paralelepípedo de los lelos. Lo que tienes que hacer es llamar, abrir, meter la cabeza, poner cara de seminarista y preguntar del modo más modoso posible si se puede pasar. No, mejor no decir una palabra, sólo mirarle y gestualizar en busca de su aquiescencia. También puedes abrir la puerta sin más, entrar, cerrar y ponerte en tu sitio sin comerte la cabeza con estas chorradas. Eso es lo que deberías hacer, lo que harías si no fueras un mierda, un auténtico montón de mierda, impersonal, bobo, misántropo, patético; un tipo que se siente en un apuro tremendo por fruslerías como pedir algo en un bar, preguntar una dirección o entrar con retraso en clase. Eres un enclenque medroso, de calva incipiente, que vino del pueblo a la Gran Cacharrería sin conocer las reglas del juego. Y así te va, provinciano resinero, lejos de tu Castilla cereal y soleada, de encina y trigo, ríos menudos, arroyuelos sin nombre y nubes levelivianas. Así te va, abandonado, vagabundo, inconsciente, con esa sensación que tienen los que vienen del campo, una sensación como de haber perdido todos los trenes, como de haber descubierto el violoncelo justo en el momento en que ya no puedes ser Rostropóvich. Pero eso ya lo sabías antes, mucho antes, de ahora; de modo que no empieces tu diatriba contra todo, el plañido social contra la injusticia y la nula igualdad de oportunidades y todas esas zarandajas. No vas a entrar en clase y eso es todo. Podrías haber entrado; puedes todavía entrar. Si quisieras asistir a clase, lo harías aunque sólo quedasen cinco minutos para su término. Sin embargo, te faltan arrestos, castellano sin castillo, te falta la imaginación y la acracia del *outsider*. No tienes nada pero quieres conservarlo. Y esa forma de ser no depende de ti; no está en el tiempo, está debajo del tiempo, antes del tiempo, es tu sustrato. Eres como un preso: conoces tu situación y

lo único que puedes hacer es no pensar mucho en ello, hacer rayitas en la pared, hacerte pajas, buscar banderas de cielo en lo alto de los muros, o cerrar mucho los ojos. Ya respiras con normalidad. Miras a ambos lados. No se ve a nadie. Esto es reconfortante. La soledad es una putada de todos modos, pero lo es menos si se está solo. La soledad es una especie de desnudez, un encalotamiento del alma, que es menos vergonzante si nadie puede ver lo pequeña que la tienes. Has leído muchos libros sobre soledad, pero ninguno la entiende, ni siquiera la capta. Puedes traer a la memoria veinte novelas con la palabra soledad en el título o en el fondo y sólo puedes concluir: la soledad no era eso. Pensando estas cosas, resuelves ir a la biblioteca, no por nada en especial (has desistido de lo de Pessoa), sino porque es el único sitio de silencio asegurado. Te encaminas hacia el ascensor, con calma, pues ya has adoptado las pautas de comportamiento adecuadas para que el reloj corra más deprisa. Tienes por delante casi cuarenta y cinco minutos de esos que echarás de menos el día que te mueras. Aprietas el botón de llamada y te asombras de obtener una respuesta tan rápida del invento. Sobre la puerta metálica y roja, hay varias pegatinas en plan reivindicativo que critican el sistema de enseñanza. Empiezas a rasparlas con las uñas y consigues quitar una antes de que llegue el ascensor. Abres, entras, aprietas el uno, escuchas un ruido nasal. Se suceden las puertas con sus rectángulos de luz y tú no haces otra cosa que mirarte la punta de los zapatos. Te gustan los ascensores. Te gustan cuando sólo te llevan a ti, claro. El ascensor podría ser otro de esos sitios en los que siempre piensas como refugio. La cama es el más atractivo de todos. El baño no carece de alicientes. Pero nunca habías pensado en un ascensor. (Abres la puerta, sales y caminas sin apartar la vista del suelo.) Un ascensor puede ser un buen hábitat, todo depende del edificio donde se encuentre. Si está en una facultad o en un convento, la cosa no funcionaría. Sería mejor ubicarlo en un burdel, o en un cine, o en una pastelería, o en un restaurante de comida macrobiótica; o, mejor aún, en uno de esos rascacielos que hacen en Japón, y a los que llaman inteligentes porque tienen burdeles, cines, pastelerías y restaurantes de comida macrobiótica todos juntos. Sí, no deja de ser interesante vivir en el ascensor de un edificio inteligente: subes al cine, bajas a la piscina; subes al jardín, bajas a comprar la prensa; y así todo el día. Llegas a la biblioteca y entras por la puerta que pone salida para no perder la costumbre. No hay mucha gente. Sólo hay mucha gente en las épocas de exámenes, que es cuando tú no apareces, porque hay colas de



dragón en los ordenadores, ruido de sillas, ruido de carpetas, ruido de gente que va o viene, y una sensación como de ultimátum, de nervios con ojeras y propósito de enmienda. Subes al segundo piso, por la escalera de caracol, siguiendo un culo femenino de excelente hechura. Después del rostro, lo más importante es el culo. El culo conforma la cintura y las piernas, hace que la ropa quede bien o mal, crea las curvas. Coronas la escalera y sigues el culo hasta que se sienta. Entonces das un rodeo por las mesas para encontrarte de cara con la poseedora de tan magnífico trasero. Y lo que hallas es un rostro empotengado y feo, hombruno, acre y apócrifo. Y piensas: no te puedes fiar de un culo. Te alejas de ella mirando para el suelo, viendo cómo las puntas de tus zapatos sucios penetran el aire como un minero de la nada y para la nada. Es a lo que viene a reducirse todo lo que existe, a la nada. Si piensas un poco (qué ironía) en lo que te rodea y en lo que haces, pronto, sin un esfuerzo exagerado, terminas ante el cero, el vacío, un desierto, en fin, la nada. Y, en cierto modo, tiene sus ventajas la reducción de la realidad a la nada. Como, por ejemplo, el hecho de no tener que preocuparse por ser un mierda rata de biblioteca. Te diriges hacia tu asiento favorito, que está situado en la zona más recóndita de la biblioteca, y lo ocupas como si fuera de tu propiedad. Desparramas los brazos sobre la mesa y apoyas en ellos tu frente, mirando hacia una estantería de libros de historia contemporánea. Te asaltan dudas sobre tus conocimientos de historia contemporánea, pero desaparecen al recordar que esa asignatura ya la tienes aprobada, no sin esfuerzo, y que, por tanto, le pueden dar mucho por el culo a tus conocimientos históricos. Eres así de haragán. Nunca lo has negado. Si alguna vez estudiaste, fue sólo para saciar una curiosidad: ¿qué se siente al sacar sobresaliente? Y, una vez conocida esta anodina sensación, decidiste sacar cincos y dedicar el tiempo a trajines no más provechosos pero sí más personales, como la masturbación, la lectura o los pasteles. Te gustan mucho los dulces, cosa que contribuye a ennegrecer todavía más tus dientes, pero, como ya no tienen solución, te da bastante igual. Además, ya sabes que esa afición desmedida por el azúcar no es sino un sustitutivo del sexo (todo exceso es un sustitutivo del sexo, incluido el exceso de sexo). Cierras los ojos para abrirlos a la oscuridad que precede al sueño, pero los abres de nuevo porque siempre te fue difícil dormir fuera de tu cama. Sin embargo, estás tan destrozado de sueño y desidia que vuelves a pegar los párpados bostezando sin sonido. Tu cabeza se desliza lentamente por el antebrazo y sientes en la mejilla el frío contacto de la madera. Se

inicia entonces la huida que conduce al sueño, ese deshojarse de la conciencia, que te deja vacío, desnudo, recién nacido. Y sucede que estás indefenso ...no sabes dónde estás pero sabes que algo andas buscando no sabes cuánto tiempo llevas buscando pero sabes que tienes que acabar la búsqueda algún día vas a pie por calles con edificios sin ventanas y oyes tus propios pasos retumbando sobre tu cabeza como si no fueran tuyos como si alguien te estuviera siguiendo como si tú mismo te estuvieras espionando y tienes miedo quieres dejarlo no quieres buscar más pero has de seguir porque si no se enfadarán contigo y te pegarán o te matarán o te harán algo que no sabes lo que es pero que te aterra miras el rostro de los transeúntes y en todos encuentras el mismo gesto o mueca ridículamente alegre como si la cara se les hubiera petrificado cuando esbozaban una sonrisa de cortesía les preguntas si lo han visto pero todos pasan de largo sin emitir el más leve sonido empiezas a correr tan deprisa como puedes de tal modo que el retumbar de tus pasos se vuelve más rápido y horrísono y parece que estuvieran fusilando a un gigante a cañonazos en una esquina ves a un hombre parado y decides preguntarle cuando estás a su lado notas que no tiene en la cara el gesto ridículo que tenían los otros aguzas la vista para distinguir mejor su rostro pero te lo tomas tan en serio que le borras la cara y lo que ves ahora es la arista de la esquina retrocedes visualmente focalizando tu mirar en el hombre que tienes delante pero es que delante de ti no hay nadie decides volver a pesar de no haberlo encontrado pero no puedes recordar el camino de vuelta subes una calle larguísima llena de esquinas que no inician calle alguna y arribas a un enorme edificio con una sola y pequeña puerta de entrada la llave está en la cerradura y la giras sientes ronronear el motor bajo el capó amarillo ajustas el espejo retrovisor y metes primera es de noche suena una música de mermelada y neón sonríes mientras conduces y ves por el retrovisor parejas de luces jugando al escondite paras a la derecha y sube un señor vestido de negro con un maletín en la mano pones en movimiento el taxi y el señor empieza a hablarte en un idioma bello y extraño llegas a un semáforo en rojo y mientras estás detenido un guardia con los ojos sucios te grita llenándote de saliva el cristal de la puerta no entiendes lo que te dice el semáforo está en verde y continúas en la calle están pegando a una mujer y tú aceleras para no verlo porque le están propinando una tremenda paliza pero el coche se te para y los dos tipos se acercan y empiezan a golpear el taxi con cadenas tienes miedo y le preguntas al señor que qué hacéis él empieza a

*reírse la mujer está huyendo y tú sales tras ella pero se pierde por un callejón de cubos de basura derramados vuelves al taxi y el señor de negro está muerto y con el pecho rojo de sangre montas en el coche y cegado por el llanto emprendes una conducción temeraria que sólo se detiene en el semáforo rojo el guardia te grita otra vez y te dice que bajes la ventanilla pero no puedes y se lo indicas con gestos nerviosos él sigue gritando y tú sólo deseas que el semáforo cambie a verde para huir lo más rápido que puedas sientes húmedos los pies y es que el taxi se está llenando poco a poco de agua y no puedes salir y ya te llega a las rodillas y ya te llega a los hombros y ya respiras agua y te sientes desfallecer y una hoja de papel escrita a mano se te pega a la boca y una voz te dice diez nueve ocho siete seis... 902* HISTORIA CONTEMPORÁNEA, un chico coge un libro azul oscuro con el título en amarillo y te mira con cierto desprecio. Resoplas. Enderezas el tronco y te quedas mirando los dibujos de la mesa. Te ajustas las gafas. No te encuentras bien. Deberías irte a casa a dormir. Deberías no hacer otra cosa que dormir. Sientes como si cada una de tus neuronas hubiera empezado un movimiento independentista. Tienes mucha hambre. Te levantas y es entonces cuando empiezas a toser y a sentir náuseas. Te gustaría que alguien se acercara y se preocupara por tu estado. Pero nadie lo hace. Estás mareado. Estar mareado es lo peor que se puede estar. Prefieres estar muerto a estar mareado. Coges la mochila y caminas lentamente sujetándote el estómago con la mano derecha. Tienes poco dinero pero lo suficiente para un café. Te apetece mucho un café. No sabes si eso será bueno o malo para tu dolor de estómago o tu dolor de cabeza o tu dolor de muelas, pero es lo que te apetece tomar. A lo mejor el café te produce un nuevo dolor. Bueno, uno más, qué importa. Bajas las escaleras con sumo cuidado, pues no mides con excesiva exactitud las distancias, y te encuentras la mirada curiosa de un chico. Su cara te resulta familiar, pero no sabes de qué. Quizá le viste en el sueño. Apartas los ojos y te diriges a la salida. Siempre eres tú el que aparta la mirada. Al salir de la biblioteca, vuelves a tener un férreo ataque de tos y no puedes dejar de sentirte un desgraciado. Tu vida es una mierda y, sobre todo, tu pasado; aunque tu futuro también se las trae. Te consideras un fracasado. Sólo tienes veintidós años y eres un fracasado y tu abuelo tenía razón. Lo curioso es que nunca has aspirado a nada en la vida. Es curioso porque quien no aspira a nada no puede ser un fracasado: quien no aspira a nada es una ameba. Tú debes de ser la excepción que confirma la regla; o más bien la regla que confirma la

excepción, pues al fin y al cabo, ¿quién que intenta algo con verdaderas ganas fracasa? Al menos, eso dicen las series televisivas americanas: no hay nada imposible, puedes conseguir todo lo que desees, sólo has de esforzarte mucho. Pero también puedes pensar que los que fracasan lo saben de antemano, lo ven venir, y por eso parece que no se han esmerado en triunfar cuando, en realidad, sólo se han dado cuenta de que no eran los poseedores del número premiado. ¿En qué quedamos? No lo sabes. Hoy piensas de un modo y mañana de otro. Hoy dices el orden es malo y mañana resulta que el orden es bueno. Así no llegamos a ninguna parte, porque estás en una edad en la que conviene tener algunas ideas claras, aunque sólo sea para no sentirte siempre identificado con el no sabe/no contesta de los sondeos. Oyes ya el insufrible murmullo, barahúnda, desperdicio fonético que procede de la cafetería. Entrás en ella y tienes la impresión de sumergirte en una especie de lago; o de entrar en una habitación llena de humo. Un humo que es el resultado vaporoso de la hoguera del diálogo. Un humo que no entiendes, que es tu idioma pero no lo entiendes; un humo que se te mete en la carne, en el cerebro, y te apuñala por dentro porque no tienes nada que ver con él. La cafetería es una catedral llena de mesas cuadradas donde cada cual adora al Dios que le apetece. Tú entras en ella como un ateo ecuménico, preguntándote quiénes son esos dioses de los que hablan. Hay en el suelo mucho estudiante desparramado, con las piernas desbaratadas sobre las baldosas, como si no fueran tuyas. Y hay varias máquinas expendedoras de tickets, con colas sinuosas que se confunden con el ir y venir de la clientela, y por momentos parece que toda la cafetería fuese una única e inmensa cola. Tú también estás en ella. Tienes delante una pareja que no para de hacerse carantoñas y de sonreír. Te vienen irrefrenables deseos de estrangularlos. Ella es fea. Él, guapo. Uno siempre mira lo que le ha tocado a los demás para ir haciéndose una idea. A veces te llevas sorpresas. Por ejemplo ahora. Él está demasiado bueno para una chica tan fea. Debe de ser que ella tiene una de esas cualidades espirituales que tanto valoran los jóvenes profundos y las (de nuevo) series televisivas. Cuando les toca pedir, empiezan a buscar el dinero y tú te pones nervioso porque tienes muchas ganas de meterte dentro ese café caliente. Siguen sin meter ni una sola moneda en la máquina. Esta gente es que es la hostia. Deciden dejar de buscarse monedas en los bolsillos e introducen un billete de mil pesetas. La máquina se lo devuelve. Prueban de nuevo. La máquina se lo devuelve. Te cagas mentalmente en lo más alto. Lo intentan otra vez. La

máquina se lo acepta. Suspiras. No saben qué pedir. Ella quiere un batido de fresa, pero a lo mejor no es O'key, y ella sólo toma O'key. Él se ofrece amablemente a ir hasta la barra, esperar cinco minutos, y preguntarle al camarero si los batidos de fresa que se sirven en la facultad son O'key. Por fortuna, ella le dice que no se moleste, y le llama cariño. Él pregunta que si van a ir hoy a visitar a Luis. Ella dice que a qué viene eso. Él responde que Luis siempre le ofrece bollos y que, si van a visitarle hoy, no toma su napolitana de todos los días, porque tiene el colesterol por las nubes. Ella le espeta que no diga bobadas, pues su colesterol es normal y hasta ella le gana a michelines. Él decide tomarse la napolitana porque, asegura, los dulces de Luis son repugnantes. Ella sigue morosa. Tú te cagas de nuevo en lo más alto legitimado por tus dolores corporales y el hecho objetivo de que esta pareja sería capaz de hacer blasfemar a la mismísima Teresa de Calcuta. Al final ella no toma nada (típico) y te toca pedir. Metes una rubia y le das al café con leche en vaso ochenta pesetas y luego aprietas el botón verde del ticket y lo coges y te largas. Te sumas ahora a la cola ácrata y dispersa que espera en la barra para ser atendida. Por fin llegas a primera línea y levantas la mano haciendo ondear tu ticket como una banderita. Bienvenido míster Marshall, es lo que te viene a la cabeza. El camarero, joven pero calvo, de camisa blanca y chaleco negro, parece coger todos los tickets menos el tuyo. Esto te mosquea soberanamente y piensas en una conjuración mundial para reírse de ti y tomarte por el pito del sereno (expresión, por cierto, que no entiendes). Toma tu ticket sin mirarte y con avezada urgencia pone un vaso lleno hasta la mitad de una cosa negra (el café, se supone) y vierte después humeante leche caliente. Lo difícil es ahora salir de esta especie de manifestación de ideales básicos (que ya es más de lo que tienen las manis de verdad) y llegar a un sitio libre sin derramar el café. Por fin alcanzas un trozo de suelo neutral donde puedes dilucidar si sales de la cafetería a tomar tu consumición en las escaleras y pasillos colindantes (donde unos carteles muy pulcros prohíben tomar consumiciones fuera de la cafetería) o buscas silla dentro de ella. Optas por esto segundo, sencillamente, porque por algo tienes que optar. (Es cierto que el hombre está condenado a elegir, pero eso no significa que esté condenado a razonar.) Inicias la búsqueda *...estás dando vueltas y los demás también están dando vueltas y la música suena pero no todo el rato a veces se detiene y entonces tienes que sentarte rápidamente antes que los demás y por ahora lo vas consiguiendo pero luego has de levantarte de nuevo*

*porque la música suena otra vez y tienes que seguir dando vueltas y volver a hacerlo bien porque si no quedarás fuera como María Marcos Luis y Julia que están fuera y tienen la cara triste porque han perdido perder es triste tienes que ganar te lo dice la escuela y el director de la escuela y tu abuelo que ya sabes que desea que ganes algo alguna vez pero tú nunca ganas porque ya has perdido no has alcanzado la silla y sólo quedaban unas vueltas más y habrías ganado ganado nunca ganas y Juan gana siempre y le envidias tú no ganas y él sí no te gusta este juego es una actividad del colegio tienes que hacerla y no te gusta y tienes que hacerla porque es una...*

Al fondo se ve algún sitio libre. Avanzas por el pasillo central con la mochila verde en una mano y el café tiritando en la otra. Te sientes como si acabaras de casarte con nadie y salieras de la iglesia a una lluvia de arroz en forma de ruido. De vez en cuando, capturas en el murmullo alguna frase, sintagma o palabra que te recuerdan que no estás en Babel. Un joven barbado, gafas redondas, pelo rizado, se levanta de repente y te bautiza de fuego los dedos. Te cagas en su putísima madre, mentalmente, y sigues andando. Llegas al fondo de la cafetería, dejas la mochila en el suelo y el café sobre la mesa y te desplomas sobre el plástico naranja, alabeado y sucio que unido al metal podomórfico recibe el nombre de silla (deberías ir a un psiquiatra). Desde tu posición contemplas todo el antro. El aire está saturado de humo y gomina, gritos y carcajadas, gente que juega al mus o lee o estudia o compara apuntes o ríe o besa o da vueltas de un lado a otro buscando a alguien. Las mesas están atiborradas de bollería tierna, diaria como el periódico, pero más sabrosa (tiene menos sangre), más caliente y aromática, con un olor a niño recién bañado, que es como el olor de la mañana. UMMMMUMMMMMUMMMMM QUE ES LA HOSTIA PERO LA HOSTIA DE VERDAD UMMMMUMMMMMUMMMMM PAVO ÉSE ES UN CHOLLO SE REGATEA A TODO DIOS UMMMMUMMMMMUMMMMM NO SUSPENDE A NADIE ME LO HA DICHO JAIME QUE MUCHO MUCHO Y LUEGO UMMMMUMMMMMUMMMMM SÍ LE VI TÍA Y QUÉ TAL PUES NADA COMO SIEMPRE NO ME HIZO UMMMMUMMMMMUMMMMM QUE SE HAN SEPARADO LOS MUY GILIPOLLAS AH SÍ NO ME HABÍA ENTERADO SÍ AHORA SACAN UN ÁLBUM EN DIRECTO PARA ACABAR DE FORRARSE Y YA ESTÁ LO DEJAN Y SE PONEN A HACER EL PAYASO CADA UNO POR UMMMMUMMMMMUMMMMM NO SÉ DE DÓNDE LO



UMMMMUMMMMMUMMMMM SIN OTRA COSA QUE HACER QUE  
UMMMMUMMMMMUMMMMM SI ME EXPLICO LO QUE YO DIGO ES  
QUE SI LA MAYORÍA VE ESOS PROGRAMAS PUES ES QUE ES LO  
QUE QUIERE VER Y SI ES LO QUE QUIERE VER HAY QUE  
ADMITIR QUE LA MAYORÍA ES IMBÉCIL SÍ PERO A VER QUIÉN  
UMMMMUMMMMMUMMMMM NO NO CÓMO QUE NO PUES NO  
JODER NO TENGO QUÉ QUIERES NO SÉ PERO A LAS PUERTAS DE  
SIGLO XXI Y CON LA MOVIDA DE INTERNET  
UMMMMUMMMMMUMMMMM ES BONITA TÚ CREES SÍ CLARO QUE  
SÍ A MÍ ME ENCANTA UMMMMUMMMMMUMMMMM QUE NO TE  
QUIERA SINO QUE NO SÉ UMMMMUMMMMMUMMMMM NI EL PAÍS  
NI EL MUNDO EL MEJOR PERIÓDICO ES EL JUEVES Y QUE NO  
ME VENGAN CON QUE LA CODORNIZ ESTO Y  
UMMMMUMMMMMUMMMMM LIBERTAD DE CÁTEDRA ES  
NECESARIA NO PUEDE CONCEBIRSE UMMMMUMMMMMUMMMMM  
CUESTIÓN DE SUERTE UMMMMUMMMMMUMMMMM SÍ ESTE  
SÁBADO SI TE ANIMAS YA SABES POR DÓNDE SOLEMOS  
UMMMMUMMMMMUMMMMM PARECIDO PARECIDO  
UMMMMUMMMMMUMMMMM JEJEJEJEJEJEJE  
UMMMMUMMMMMUMMMMM SÍ TE LO PUEDO ASEGURAR VA A  
SER UN ÉXITO DE LA MAR ESTO ES BUENO MUCHO MEJOR QUE  
UMMMMUMMMMMUMMMMM ...estás viendo entrar a los tres él viste  
*traje gris y sonrisa amarilla ella es guapa dentro de su vestidito de flores  
odias los vestiditos de flores tu madre está seria más seria que ellos tu  
madre dice hola la primera y besa a la abuela y luego al abuelo y luego a ti  
y te dice cómo has crecido y eso te molesta porque es lo que se le dice a  
cualquier cosa que tenga capacidad de crecer y a tu abuela la saluda ahora  
él y luego ella y luego al abuelo le da la mano él y ella le da dos besos en  
esas mejillas duras y rudas que tiene el abuelo te sientes mal y te sientes  
solo rodeado de tu abuela tu abuelo tu madre él y ella te sientes solo y te  
sientes mal y ella se acerca y te pregunta sobre lo que estudias y tú se lo  
dices y sabes que ella espera que le preguntes a su vez que qué estudia pero  
te callas y ella dice lo que estudia pero no lo escuchas porque miras al  
abuelo que tampoco escucha lo que él dice y supones a la abuela y a tu  
madre en la cocina haciendo la sopa y los filetes y las natillas y hablando  
de cosas de mujeres tu abuelo dice pon las noticias y tú pones las noticias y  
todos miran hacia la tele y él dice cuándo va usted a comprar una nueva y*



*él dice me gusta la que tengo y él dice pero no le gustaría ver los colores y dice seguro que a la abuela le gustaría y tu abuela dice me da igual ya estoy hecha a la idea y tu madre dice qué tal la cosecha ha sido buena este año y tu abuelo dice eso parece y tu madre dice seguís haciendo la matanza y tu abuelo dice no y tu madre dice esta tarde iremos a visitar a Marta que también hace mucho que no la veo y tu abuelo dice bueno y él dice está muy buena la sopa y la abuela dice gracias y captas alguna que otra mirada opaca y como de haberse confundido de puerta la tele empieza a hablar raro y tu abuelo no se contiene y dice carajo con los catalanes y dice este enano ya podía hablar castellano como todo el mundo y dice cómo los odio y él dice déjelo está en su derecho y tu abuelo qué derechos ni qué niño muerto acaso no tengo derecho yo a entender lo que se habla en mi país demonios y dice entre vascos y catalanes nos están reventando la nación y dice cómo los odio y tú piensas entre vascos y catalanes nos están reventando el país y piensas los catalanes y vascos nos revientan tu madre saca un paquete rojo con un lazo verde y te lo da con una sonrisa tú lo miras un rato y empiezas a abrirlo muy lentamente le dices gracias y ella te da dos besos rojos en las mejillas y sientes que ella sí que te quiere pero que está como encadenada te quedas solo en tu cuarto y te pones el libro sobre las rodillas y miras por la ventana una nube en forma de... No debes creer que esos que ves y oyes son humanos, porque ellos ni te ven ni te oyen. No debes creer que toda esta gente vaya a sacar España adelante y, mucho menos, que vaya a sacar algo adelante. No confíes en nadie que tenga tu edad, porque tú tienes tu edad y sabes lo poco que se puede esperar de ti. Si tu abuelo los viera, riendo, jugando a las cartas, consumiendo, soltaría aquello de que deberían estar todos colgados. Tú no piensas como tu abuelo porque odias a tu abuelo y, mayormente, porque también estarías ahorcado de seguir sus criterios. Y es que los más mayores critican siempre a los más jóvenes y, en general, ninguno de los dos se entera de nada: los jóvenes se olvidan de que van a ser mayores y creen que pueden luchar eternamente por la utopía; los mayores se olvidan de que fueron jóvenes y de que ellos también creían que estarían siempre luchando por la utopía. Nadie se entera de nada. Cuatro chicos que estaban en una mesa a tu derecha se levantan y empiezan a jugar con una pelota de tenis. Al parecer, la cosa consiste en no dejar que la bola amarilla toque el suelo. Sólo valen las piernas. A veces fallan y la pelota rueda por el suelo, o impacta en el cuerpo de alguien. En este caso, ellos se disculpan y siguen jugando*

(metáfora de toda la infamia mundial). Te jodería mucho que la pelota te diera a ti. Ya te duele bastante la cabeza, el estómago y el alma. Es más, te está jodiendo la incertidumbre, el tener que estar precavido ante el posible percance. Te está jodiendo vivo que la pelota no te dé en plena cara y te quite la tensión de temer que la pelota te dé en plena cara. Parece que alguien te ha oído, pues ya tienes a uno de esos tipos recogiendo la pelota y pidiéndote perdón. Te ha dado en el hombro. Siguen jugando (la universidad es una guardería para veinteañeros). Y la pelota vuelve a golpear, ahora en la cabeza. Te ha dolido de verdad, PERDONA, y siguen jugando. Y sus risas ya no sabes si vienen del juego o de que le hayan acertado en la frente al idiota ese del fondo. Es que eres un mierda, ya lo sabes. Admiras a Travis y a Harry el Sucio, pero distas mucho de ser como ellos. Eres un gilipollas, con todas las letras y en todas las lenguas de la Romania Occidental. Deberías levantarte, coger al tipo del «perdona» por el cuello e incrustarle la rodilla entre las piernas, fuerte, sostenidamente, hasta que gima; luego, separarte un poco de él y, cuando se llevara las manos a los testículos, pegarle un puñetazo en la boca, seco y sonoro, que le hiciera caer al suelo entre chillidos y gotas de sangre. Deberías coger la pelota y ponérsela entre los dientes, bien prieta, y luego patearla para que algo ocupase el hueco de su cerebro. Eso es lo que deberías hacer, lo que harías si tuvieras valor, orgullo y no tanto miedo. Te mereces todo lo que te pasa por pusilánime y mojigato. Con hombres como tú no se hace grande un país. Tendría que arrojarte al mar desde las rocas como a un espartano defectuoso o tirarte desde lo alto de un campanario como a una cabra. Pero ellos no van a hacer eso. Ellos son buenos. Aunque tampoco te confíes demasiado. Oswald se confió y ya sabes cómo le fue al muy estúpido. Será mejor que abandones la cafetería. Si te diesen otra vez, seguirías callado, impasible, mártir; y eso sería dar demasiadas pistas. No des ninguna. Estás vivo porque no te conocen. Las especies en peligro de extinción se esconden del hombre. Tú eres una especie en peligro de extinción: huye. Te echas al hombro la mochila verde y atraviesas la selva de diálogos. Aunque has estado solo, no has conseguido mantenerte entero. Estar rodeado de gente, ser uno más, aunque sea sólo en el plano físico, te descompone, te pierde, te confunde. Cuando entras en la masa, te diluyes como un azucarillo en el café. Para ser tú necesitas el silencio, que es como un vendaje que te aglutina, que reúne tus elementos extraviados. Sin embargo, estás tan roto por dentro, llevas una mañana tan horrible, que no es seguro

que el aglomerante funcione. Quizá funcione la medicina. No crees en los médicos, pero en tu mochila hay unos sobres que te recetaron para aliviar todos tus achaques. No es mala idea tomarse uno. A lo mejor no sirve de nada; pero es reconfortante saber que alguien en algún laboratorio del mundo pensó en los problemas que le podían sobrevenir a tipos como tú. Sí, es una idea agradable pensar que alguien (el ser humano, en fin) está intentando hacernos la vida más grata, está gastando horas en la fabricación de mandos a distancia, teléfonos móviles, elevadoras eléctricas, etcétera. Lo cierto es que sólo quieren ganar a la competencia; pero no hace falta que seas tan aguafiestas, coño. La puerta de los servicios se abre al blanco de los azulejos y al acre olor de los orines. Te acercas al lavabo y apoyas en él la mochila. Sacas un sobre y la dejas en el suelo. Acabas de recordar que el entrañable hombre del laboratorio daba por supuesto que tú tenías vaso. No lo tienes. Viertes el contenido del sobre en tu mano derecha y abres el grifo del agua (en puridad hay que decir que aprietas el grifo del agua). Formas un cuenco con tus manos y dejas que se llene. El polvo naranja va disolviéndose y tú colaboras haciendo bailar la solución en tus manos. Sorbes el líquido resultante con auténtico asco, pues su sabor no se corresponde con su color. Te das por satisfecho con un par de tragos y dejas que el resto se pierda por el desagüe, que es como un ano que funciona al revés. Te lavas las manos y es entonces cuando te ves en el espejo. Te ves en el espejo, pero no te tuteas ni siquiera con confianza; te hablas como si no te conocieras, con esa antipatía castellana del primer contacto. Te ves en el espejo y sientes ganas de romperlo. Tu pelo negro y escaso muestra un desorden patético. Lo domas con los dedos humedecidos pero, al cabo, se subleva y vuelve a su acracia. Tu cabello te conoce como nadie. Sabe que nunca saldrás por la tele, que eres un perdedor, y por eso se bate en retirada, dejando desnudo el irregular casco de tus sesos. Esto de la calvicie es una putada. Así de claro. En un libro de Kundera, un personaje piensa en el suicidio porque no quiere ser calvo. Le entiendes perfectamente. Es una metamorfosis lamentable, un envejecimiento precoz que supone el principio de ese esquilamiento que es la vida. Al final sólo quedan los huesos. Tu abuelo gastó fértil cabellera hasta los cuarenta. No cabe duda de que tu alopecia es culpa de los genes paternos. Bueno, pues ya tienes dos adjetivos para ir dibujando a tu padre: calvo y cabrón. Tu pelo, tu pelo; y no sigas. No hables de tu enorme nariz, de tus labios como filos, y menos aún de tu piel estéril y habitada. Te estás dejando crecer la barba, no sabes si para

compensar la caída del cabello o para tener algo donde esconderte. Tú sólo estás dejando que las cosas sigan su curso. En cierto modo, es interesante conocer todos los rostros que se esconden en tu cara. Te gustaría que entre ellos estuviera el de Humphrey Bogart. Te gustaría tener sus ojos y su barbilla, y esa boca dulce y dura, fumadora, silenciosa. Hay algo intrínsecamente malo en la gente que habla mucho. Tú no paras de hablar, aunque nadie te oiga. Desearías sentir más y hablar menos. Tus palabras deberían quedar relegadas por la fuerza de tus pasiones. Eso es lo que les pasa a los personajes violentos de las películas. Sienten de modo tan puro la amistad, el amor, la familia, que su boca llega tarde a todos sitios: siempre se le adelantan los puños y el plomo. No sólo una imagen vale más que mil palabras: prácticamente todo vale más que mil palabras. Si pudieras cambiarte por una imagen, no sería por la de Bogart en Rick's; sería por la del joven universitario chino que se plantó solo, con dos cojones, delante de una columna de tanques. Dios santo, dónde se halla ese valor, dónde lo venden. Darías tu corazón por ser capaz de sentir algo con la suficiente fuerza como para detener un tanque, una hilera de tanques. Qué coño es lo del mar Rojo al lado de esto, qué coño es lo de los panes y los peces, el puto 68, el Che, toda esta mierda empaquetada y publicitada al lado de la sencillez desgarradora, absoluta, anónima, de un cuerpo frente a toneladas de muerte. Nadie toma en serio las palabras. Los Derechos Humanos, los certificados de garantía, las cartas de amor, no son más que palabras. Si empleas la razón para conseguir lo que quieres, se ríen de ti. Y eso es lo mejor que te puede pasar. Lo normal es que te peguen cuatro tiros, como a Martin Luther King, a JFK, a Salvador Allende, a Mahatma Gandhi, a Robert Kennedy, a Isaac Rabin, a John Lennon. Esto es muy duro; pero lo realmente duro es no hablar y no actuar. Lo jodido es dejar que se te quede todo dentro, por miedo, y te conviertas en el peor enemigo de ti mismo. Lo peor es esta soledad llena de extraños que llevan tu misma cara y te miran desde los espejos como esperando que les aplaudas. Y tú los odias a todos. Huyes de los espejos, de la sangre en los telediarios, de la sangre en los periódicos, para no tener que comprobar de nuevo lo cobarde que eres, el pánico que te infunden los semáforos, el terror que te inspiran los uniformes. Abandonas tu imagen en el espejo y sales del baño mareado y ya oyes el murmullo intolerable que altera tu cerebro y puedes ir hacia arriba o hacia abajo en cuatro direcciones distintas porque este edificio está todo él surcado de escaleras por las que poder precipitarse infinitamente. Te estás

ahogando entre tanto hormigón y tanta happy people de modo que decides salir fuera en busca del silencio perdido. Subes la escalera esquivando zapatos, pisando colillas y mirando el culo de alguna niña mona. Sales de la facultad y entras de nuevo en la mañana auténtica, la mañana fría, puta, impasible, que te recuerda cada día que la vida va en serio. Te sientas sobre el bordillo y te rodeas con los brazos las rodillas. Los coches avanzan por el horizonte, camino de sus trabajos o de sus amantes, más felices que tú, indudablemente, y no porque tengan un trabajo o un amante: por el coche. Si tuvieras un coche serías feliz. No lo serías, pero al menos tendrías un coche. Y, a fin de cuentas, quién es feliz. A ti que te den un BMW y que te dejen en paz. Debe de ser tan bello buscar el final del asfalto, ir siempre hacia delante, veloz, libre, puro. La acción es el sendero, sólo la acción; una acción muda, ágrafa, como un regreso a los ancestros. Velocidad, violencia y sexo: la satanísima trinidad. Toses. Toses un buen rato y es que hay alguien cagando en tu estómago. Hay mucha gente cagando y meando a lo largo de todo tu aparato digestivo. Llevas tantos días mal que no recuerdas lo que se siente estando sano. Debe de ser bonito estar sano, nadar literalmente en salud, armonía y paz. También debe de ser bonito no decir palabrotas, usar un lenguaje con guantes y corbata, un vocabulario de esmoquin y una ideología con raya en el medio. Sin embargo, tú crees en las palabrotas. Las palabrotas son importantes. Un taco es la palabra más cercana al hecho, por eso te gustan, carecen de significado, es decir, de mendacidad. Un taco, en ciertas circunstancias, vale más que mil cultismos. Peugeot 106 rojo. Citroën XM gris ...*sangre la sangre cuánta sangre abecedarios de sangre descuidos que producen heridas que chorrean sangre desde la cabeza puede venir desde las muñecas que anteceden a las manos desde el vientre o el cuello o el oído puede venir la sangre que finalmente se convierta en definitiva sin padres ni madres sin malditos padres ni malditas ay madres residirás no se sabe dónde pero siempre puedes ser limpio y morigerado y largarte sin emporcarlo todo colgando de la lámpara graduada suspendido como chorizos de la matanza secándote tú también secándote de vida con un leve vaivén provocado por cualquier ráfaga mínima de aire que haya penetrado por las rendijas o los intersticios de la vivienda pero la erección es obscena y nuevamente inútil y fatua y pecaminosa finalmente pecas siempre acabas condenándote no por ahorcarte sino por eyacular después de muerto eso dicen no puedes hacer caso de todo lo que dicen envenenarse es una forma aristocrática y clásica*

*y elegante es como tomar una copa que fuera la última copa antes de acostarse de acostarse también por última vez bebida ponzoñosa que te ayude a dormir mejor que cualquiera de esos hueros productos escasamente letárgicos sangre la sangre evitar la sangre que es la vida y su visión es la muerte no debes ver los ojos de la sangre morir es siempre mejor que vivir muerto pero eres joven acabas casi de nacer no sabes de la vida lo necesario lo justo lo suficiente lo razonable lo estipulado para poder odiarla con tanta fuerza el harpa de la sangre suena aún en ti...* El reloj marca las diez en punto. No puedes faltar a clase. Te levantas y empiezas a correr con la sensación de estar haciendo el ridículo ante alguien, no ante ti mismo (pues, a pesar de todo, no te queda más remedio que comprenderte), sino ante ellos. Entrás en la facultad lo suficientemente deprisa para no tener que cogerle la publicidad al imbécil de turno y subes las escaleras sin pensar por un momento que hay una cosa llamada ascensor. El aire se ha mutado ya en hidrógeno líquido y sientes los libros subir y bajar dentro de tu mochila y tus neuronas subir y bajar dentro de tu cabeza. Pero no quieres pararte y mandarlo todo a la mierda, que es lo que haría una persona normal, porque quieres creer que has hecho algo productivo en la mañana de hoy, aunque sea algo tan insulso como asistir a una hora de clase en la universidad. Por las escaleras no hay mucha gente, lo cual te ayuda a mantener una impecable trayectoria de ascensión. También es verdad que un buen culo no te vendría mal para esos escalones finales en que faltan las energías y es más fuerte que nunca el deseo de detenerse. Por fin llegas al quinto piso del edificio más estúpido de la ciudad y te doblas sobre ti mismo para coger aire y que nadie crea que andas buscando niñas que violar. Caminas hacia tu clase repitiendo interiormente la letanía: *questeabierto, questeabierto, questeabierto. Y está abierto.* El profesor, un sesentón vestido de negro sacerdotal, está dialogando con un colega a la puerta del aula. Tú pasas a su lado mirando para el suelo porque es un hombre que te impone mucho, todo serio y barbudo, con el pelo blanco como la cocaína, y la mirada torva, rencorosa, como de haber llegado virgen a la vejez. Al cruzar el umbral del aula, una andanada de palabras rotas e inconexas te inunda los oídos. A pesar de aguantarlo todos los días, no eres capaz de acostumbrarte a este pandemónium rizado y femenino que precede al inicio de las clases. Por eso procuras llegar el último y largarte el primero. Te diriges al fondo de la clase, a ocupar tu sitio. (Es lo bueno que tiene este mundo: aquí todos tienen su sitio, incluso los que no quieren

ninguno. Está todo tan ordenado y pensado y manipulado que es imposible no serles útil.) Te sientas y sacas un libro para taparte la cara y que nadie sospeche que no eres de los suyos. Probablemente, ya lo saben. Siempre acaban pillando al extraño, recuerda la película de Orson Welles. Alzas la vista y ves al profesor cerrar la puerta y subirse a la tarima. Ya todos se han callado. Éste es un profesor draconiano y cabrón, que se cree Franco o algo por el estilo. Es curioso cómo abundan en la facultad los profesores de este tipo, que lejos de querer enseñarte algo, se dedican a pontificar o contar sus problemas personales; como aquella zorra de literatura que llegó un día y se puso a hablar de la inundación que había sufrido su casa. Ese día sí que estuviste a punto de levantarte y decirle que se fuera mucho a tomar por el culo ella, su casa y el agua que la había inundado. Pero no lo hiciste, obviamente. El profe(ta) empieza a hablar y tú continúas leyendo, pues lo que dice te es del todo indiferente. Y lees: «Cuando has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos. Desde el principio, nunca hubo otra cosa que el caos.» Y piensas: me parece que esto ya lo he leído yo antes. Y piensas: me parece que llevo toda la vida leyéndolo. Y metes el libro en la mochila. El apóstol sigue largando su rollo insufrible y ves a tus compañeros sumidos en un aburrimiento de flor marchita. Algunos, los de la parte de atrás, se ponen a leer ese cementerio que es hoy la prensa, o cuchichean entre ellos sobre el atentado. Es probable que de toda la gente que tienes delante, muchos sean de esos que van al pueblo en verano. No hay gente sobre la faz de la Tierra que odies tanto como esos que bajan al campo en el mes de julio. Lo gracioso es que nadie sabe de dónde coño «bajan», porque, por lo que has visto en la Gran Cacharrería, no hay excesivos motivos para considerar sublime el lugar del que procede esta gente. A ti te gusta el pueblo, lo has mamado, sabes lo que es. Conoces el frío de enero, la nieve, y conoces también el olor de los pinares; has visto el trigo variar de color a lo largo del año, hasta acabar finalmente ardiendo; has visto la tormenta y la luna, los tomates ebrios de sol y el polvo de los caminos. Por eso detestas oír de su boca que aman el pueblo, que les gusta mucho, que están deseando volver. Porque ellos no conocen el pueblo. El pueblo se marcha justo cuando ellos llegan. Lo que ven cada verano es una inmensa casa de putas, una francachela montada a base de vino y toros muertos; un victorioso carnaval de gambas y colorines, de corbatas y modernidad apócrifa, de billetes de mil duros y coches sobre las aceras. Con lo que ellos se encuentran es consigo mismos, con toda su

fatuidad de cacharrereros opulentos, que no se sabe de qué viven, pero que tampoco hace falta saberlo, pues a la vista están los automóviles idénticos a los que salen por la tele y las niñas monas y sanas con sus coños de azúcar y sus teléfonos inalámbricos. Y cuando ya se han cansado de pasear su buena suerte ante los ojos atónitos de la rama pobre de la familia, cuando sus tacones están gastados de tanto subir y bajar las cuatro calles del pueblo/pasarela, cogen sus caballos enlatados y sus perfumes inenabrigables y se vuelven a Cacharrolandia, a habitar sus chalets adosados llenos de ordenadores conectados a internet y de peruanas o colombianas o chilenas o quienquiera que ande por la ciudad ahíto de hambre y acepte hacer camas y huevos por cuatro duros. Y las niñas-norte vuelven a poner en sus equipos hi-fi a Silvio Rodríguez o a Rosana y vuelven a leer a Benedetti y a llamar a sus amigas de trabajo social o educación social o pedagogía o logopedia para preguntarles qué tal les ha ido el verano y si se han tirado a muchos niños. Alguna de estas niñas hasta cogerá un cuaderno rojo de hojas cuadriculadas e hilvanará unos versos machadianos evocando Castilla con melancolía de menopáusica y misticismo vicario. No deberías dejar que el insulto ocupara el treinta y cuatro por ciento de tu discursar. No es bueno estar tan lleno de odio, porque se le queda a uno el alma un poco negra de tanto anatematizar en silencio. Tú te excusas diciendo que de puertas adentro todo vale, y que bien claro lo dice la Constitución, que el pensamiento no delinque, aunque a lo mejor no es la Constitución quien lo dice (tú no la has leído), pero alguien lo dice y eso para ti es suficiente. El pensamiento no delinque, de modo que tú te dedicas a imaginar todo tipo de crímenes horrorosos y nefandos. Normalmente, no consigues salirte de los patrones marcados por *El silencio de los corderos*, pero te eximes a ti mismo de todo sentimiento de inferioridad porque tu cabeza tiene bastante trabajo intentando averiguar quién es el asesino en el guión de tu vida ...*tu abuelo dice no me gusta la idea y tía Marta dice lo necesitamos de verdad padre y dice si no lo necesitáramos no te lo pediría y dice todo el mundo cambia el coche tu abuelo se queda pensativo mirando los faldones de la mesa camilla y al rato dice no me gusta la idea y tía Marta se levanta muy seria y dice para qué quiere el dinero y dice nunca le hemos pedido nada y dice parece que hay que quedarse preñada para que la ayuden a una tu abuelo la mira a los ojos y luego te mira a ti a los ojos y luego mira a la abuela y vuelve a mirar a tía Marta y dice un coche es un lujo que no te puedes permitir y dice si no te lo puedes permitir no deberías ni pensar en*



ello y dice te dejaría el dinero para una casa o algo necesario de verdad pero no para un puto coche y tu abuela dice Simón por favor deja de hablar como un carretero y dice Marta de veras necesitas el dinero y Marta dice claro que sí si no no vendría a molestar a padre y el abuelo dice pues ya has oído mi opinión sobre ello y Marta le mira con el holocausto en los ojos y sale de casa sin despedirse tú piensas que tu abuelo tiene razón y que tía Marta quiere vivir siempre por encima de sus posibilidades y que sus hijas tus primas van siempre tan maquilladas y elegantes que parecen de la capital tu abuelo te mira y te dice que qué piensas y tú piensas que cómo puede saber tu abuelo que estás pensando algo y que sería horrible que él pudiera leer el pensamiento de modo que decides no volver a pensar en su presencia que qué piensas repite tu abuelo y tú dices nada no pienso nada tu abuela dice no empieces y él dice si es que no me lo quito de la cabeza y dice cómo hemos podido traer al mundo dos mujeres tan bobas y ella dice no son bobas sólo han tenido mala suerte y él dice mala suerte mala suerte es la que hemos tenido tú y yo y dice si Dios hubiera querido darme un hijo y dice sólo un hijo sólo uno y dice un hijo sólo un hijo y oyes como un sollozo apagado que no se prolonga mucho porque tu abuelo es un tipo muy duro que sólo se quiebra cuando está con la abuela en plan reminiscente y tú consigues verle sentado sobre la silla de madera con la cabeza en el regazo de la abuela y piensas que debe de ser bonito llegar a viejo con alguien a tu lado y tu abuela dice sólo han tenido mala suerte sólo eso y dice Isabel es trabajadora y nunca se olvida de venir a vernos y tu abuelo dice sí pero por qué tuvo que hacer lo que hizo y dice una madre tiene que estar con su hijo y dice una madre tiene que criar a su hijo y ella dice no vuelvas sobre eso y dice agua pasada no mueve molino y dice ya está mayor y pronto entrará en quintas y se hará un hombre y tu abuelo dice no creo yo que llegue a ser un hombre en la vida... Eres demasiado joven para saber lo que quieres, demasiado joven para muchas cosas; pero también eres demasiado viejo para otras. Estás en una situación lamentable. Has perdido las bases del concurso de la vida, pero estás obligado a participar en él. ¿O no? Pues claro que sí, tú nunca te suicidarás, eso son sólo palabras (y ya sabemos lo que significan las palabras). Cortarse las venas, ahorcarse, leer de un tirón los *Episodios Nacionales*..., hay que tener un par para consumir tales proezas, y tú, ya está dicho, no tienes un par. Ahora te arde la nuca, y la espalda, y es que el sol penetra con rabia por las ventanas. Al final va a hacer un buen día. Tu silueta se pega a la espalda de angora,

delgada y recta, de la chica que tienes delante; y se adhiere también al cuello, trocito de carne, que le queda visible entre el jersey y la media melena castaña. Y piensas: quién fuera sombra. Y piensas: ¿dónde irían las sombras si nada las tropezara? Lolita está allá, en la primera fila, tan lejos de ti como Dios, mismamente. Lolita es ese territorio que tienes vedado; bueno, es el símbolo, la oriflama, del territorio, el gran pastel, del que estás excluido. Te gustaría ver al tipo que se la tiró primero. Quién será. Cómo será. Puedes imaginártelo, claro, tienes una pizca de creatividad; pero es que quieres verlo, tenerlo delante, darle la mano, felicidades y todo eso. Tú casi te conformarías con cualquier cosa (el «casi» no sabes de dónde ha salido), ¿para qué lo vas a negar? Es más, ¿para qué lo vas a negar ante ti mismo, en este momento íntimo, cordial, que has creado, este trance de diálogo y comprensión que no se sabe por qué ni para qué te ha inundado esta mañana de hoy (una mañana, por cierto, como cualquier otra)? Deberías aprovechar lo que se te ofrece, este oasis de la carrera, pues que luego la cosa está como bastante jodida. Sí: después, es un buen tema de reflexión ese del después. Después es cuando empiezas a sentirte identificado con las encuestas del CIS y con los anuncios de créditos hipotecarios. Después es cuando admites que lo de romper farolas era un farol, que no, que no, de veras, que no ibas en serio, que en realidad sí que te preocupa la capa de ozono y el cáncer de pulmón y la próstata y todo eso. Y es que, después, sucede que te emperras en vivir, a toda costa, y no una o dos décadas, más bien uno o dos siglos, y claro, a cuerpo de rey, no en un bienestar de pacotilla. Después es cuando encuentras sentido al orden y a la rutina y te haces la cama. También pasa, de mayor, que una tarde de sábado, en el intermedio del partido de fútbol, te da por hacer balance, así, en plan casero, nada riguroso, de tu pasado y, hostias, algunas cosas la verdad es que te joden, vamos, que te arrepientes de ellas ampliamente. Pero ya no puedes hacer nada; a lo hecho, pecho, que se suele decir. Es probable que todos los que tienes delante vayan a llegar más lejos que tú, por eso están delante. Es una mera cuestión de currículum, ya sabes. El currículum es al mercado laboral como una polla al mercado sexual: cuanto más largo, cuanto más grande, cuanto más florido y fanfarrón, mejor. Todo eso que te cuentan de la Edad Media dividida en estamentos inamovibles, y la contemporánea dividida en clases sociales dinámicas no es cierto. No es cierto al menos para ti. Dinámicas, je; prueba a salir de tu clase social, salado, tú sólo inténtalo, mismamente con Lolita, acerca tu astrosa

juventud, tu inexperiencia y tu futuro inerme a su boca de clavel y a su sombra rosadamente alargada hacia el mañana, ya verás lo que te pasa, provinciano, castellano sin castillo ni segunda lengua oficial. El profesor no para de hablar, es increíble. A lo mejor hasta dice algo interesante, PUES SIN IR MÁS LEJOS ESTA MAÑANA VINIENDO EN MI COCHE HACIA LA, qué egotismo el de esta gente, por Dios; que llamen al 906 o se busquen amante. Y tú que querías venir a la universidad, con lo a gusto que estarías en el pueblo, labrando pinos, haciendo un trabajo menestral (pues, al fin y al cabo, es en lo que vas a terminar, no te creas que la Gran Cacharrería saldrá a la postre con un puesto de trabajo para ti, y una leche vas a encontrar aquí un curro, como mucho en la pizzería, ya sabes, como el segundo año, que te explotaron como a un siervo de la gleba). Y dicen por ahí, tal que Umbral, no sé qué historias de la ética del trabajo, o sea, que trabajas para hacer algo con tu vida, para rellenarla, como si dijéramos, sin mirar para los emolumentos. Bueno, es una idea, y una idea es siempre mejor que una bala, pero, aparte de eso, también se puede llenar una vida viendo los Simpson por la tele, o la pornografía codificada. La vida puede llenarse de muchas formas, de cualquier forma en realidad. La cuestión es llenarla, o, mejor dicho, esconderla, taparla, como a esa prima fea de la que te avergüenzas. Sartre hablaba del vacío vital (la náusea, vamos), que era, así, en metáfora, que un compacto de U2 suena igual de bien en tu cuarto con o sin tu presencia, que tú te crees muy importante porque eres el que le da al triangulito y todo eso, pero que en realidad eres el que sobra. Y eso es la vida, un intento constante de oír One, The Fly o Acrobat como si ello tuviera alguna importancia para alguien. «Don't believe what you hear / don't believe what you see / if you just close your eyes / you can feel the enemy.» Y piensas: ¿por qué me compré yo un cedé de U2 si no tengo reproductor de cedés? Algún día lo tendrás, no te preocupes. Algún día un reproductor de cedés será para ti algo tan común como, por ejemplo, hoy un reproductor de cedés para el resto del globo. Como dice tu abuela, el mundo avanza que es una barbaridad, qué nos quedará por ver. Sí, qué te quedará por ver a ti, que se supone que vivirás más que ella. La cantidad de muertos y goles que te vas a tragar de aquí al, pongamos por caso, 2050. Más o menos, por esas fechas la palmarás con un palmarés mediocre y ni un solo pelo en la cabeza. Setenta y cinco años es una buena edad para morir. A algunos les parece poco. Déjales, ellos no son como tú. Ellos disfrutaban de la vida, carpe diem, y todas esas chorradas. Es interesante comprobar cómo la

máxima graciana (de Gracián) de que lo bueno si breve dos veces bueno se suscribe en todos los ámbitos de la vida menos en la vida misma. Nadie cree que lo mejor sea una vida breve y buena. Y es que la gente es que es la hostia, vamos, que habla según la conviene a la muy hija de puta. Volviendo al cedé de U2, hay que reconocer que algunas letras no están mal (de la música no puedes opinar, claro). Hay algunos versos (?) ciertamente sugerentes, interesantes, vivos. También es verdad que tú no has leído a Mallarmé y, por tanto, te parece original eso de «no new ideas in the house and all the books has been read»; pero tampoco te hundas, no es eso lo que quiero, sólo deseo que asumas tu descomunal ignorancia, que, al contrario de lo que se dice, es lo último que se pierde (no la esperanza: la esperanza se pierde la primera; lo que pasa es que se suele recuperar y volver a perder y a recuperar sucesivamente). Aquí, en el mundo, los únicos que leen poesía son cuatro señores superferolíticos y los que componen las canciones para la canalla restante. ¿Canalla?, qué cruel, ¿no? No, estoy en mi cerebro y digo lo que quiero sin delinquir. Bueno, tienes razón, pero ahí en tu cerebro no lo escucha nadie, y eso es lo mismo que decir que no existe. Tendrías que abrir la boca y comunicarte diferente. Tú no eres como esos jóvenes que salen en los libros de jóvenes y que leen mayormente los jóvenes. A veces dudas de que alguien sea como ellos. Es que parece que sólo puede escribirse de exceso y no de miedo, que es lo principal, el miedo/vértigo que llega con el cambio de edad, la incertidumbre diaria, esas cosas, en fin, de las que nadie ha escrito, nadie de hoy, se entiende, porque no saben escribir, sino sólo sumar viñetas costumbristas, a lo Mesonero pero peor todavía, y ni siquiera se puede decir que la literatura joven sean los jóvenes pintados por ellos mismos, más bien son los jóvenes inventados por cuatro listos, anglosajonizados y escasos. Bien, está muy bien eso de poner a parir al personal famoso y triunfal aquí, inter nos. Está muy bien pero si te plantan una cámara en plena cara tú, je, tú no dices ni que te gusta leer. Y no digamos ya lo de escribir una novela, un libro más bien; tú no serías capaz de entonar la primera persona: yo creo que tal, no, de ninguna de las humanas maneras, tú te esconderías en la tercera persona, como hacen muchos, o en la segunda, casi por prurito técnico y diferenciador, pues que ser de la parva no te hace ni puta gracia ...*andas hacia las afueras del pueblo deseas ver la charca la cotarra los rastros incendiados en las Cuatro Calles te cruzas con tu prima Sonia luce minifalda de pana chaqueta de pana labios rojos rímel cuando vas a saludarla desvía la*

mirada displicente y odiosa como suele ser ella y piensas menuda prima moderna que me ha salido la madre que me parió siempre sale a la calle de domingo como si fuera la princesa del pueblo y es que la tía las tiene muy mal criadas a las dos a la Sonia y a la Marta que sólo saben que presumir de ropa e ir a la capital a gastarse el dinero de tío Juan que también es otro que tal baila sigues por la calle Sorda hasta la carretera de Navalmanzano y tomas el primer camino a la derecha la tarde corre serena aunque mañana es probable que caigan algunas gotas el Malucas ya no fluye como antaño ahora es sólo un hilo transparente bajo la porquería de algas y cartones y cajas de plástico y llantas de bicicletas y escombros la charca tiene bastante agua pero sucia tomas unos cantos y juegas a la rana en el lado largo también podrías jugar en el corto pues no logras encadenar más de tres saltos seguidos de san Cebrián ves bajar al viejo Pantaleón que es muy amigo de tu abuelo bueno es su único amigo tiras una nueva piedra dos saltitos y te vuelves para ver qué se cuenta qué hay mocito cómo tú por aquí dice y tú miras al cielo y dices parece que lloverá mañana y él dice ya no veo a tu abuelo por el casino y tú dices de todos modos para san Miguel siempre hace bueno y él dice Simón sabe de mus más que nadie y tú dices la ermita está que se cae y el alcalde no hace nada y él dice Simón sabe de todo el cabrón y tú dices yo para mí que éste arregla antes el ayuntamiento que la ermita y él dice algún día te contaré cosas de tu abuelo que te pondrán los pelos como escarpías y tú dices mira si no cómo tiene el hijo-puta el Malucas y él dice me voy pa casa que tengo más hambre que los pavos de la Manuela y tú dices mañana seguro que escarcha y él dice taluego y tú dices venga y piensas mañana voy a pasar más frío que Carracuca y tiras un canto al agua... ¿Tú crees que la chica que tienes delante, la chica cuya espalda está acariciando tu sombra (quién fuera sombra), notaría cómo le tocas el pelo? Sí, seguro, lo tiene demasiado corto. Tú sueles jugar con las melenas largas que se te ponen a tiro. Una vez una rubia preciosa se dio cuenta, se volvió y se te quedó mirando como esperando disculpas. Tú retiraste la mirada y ella dijo, imbécil, y ya no se colocó nunca más por tu zona. Es bonito acariciar la cabellera sedeña de una niña mona. A veces te llevas cabellos larguísimos que se desprenden, pétalos estilizados, de sus acicaladas melenas. Hay poca gente que sepa apreciar un cabello. Al estar descontextualizado, lo banalizan, le quitan toda resonancia humana y lo miran como un despojo, una miseria, y lo llaman pelusa. Ignorantes. Son todos una caterva de Belisarios (¿quién es

Belisario?). ASÍ QUE EL TEMA A DEBATE SERÁ EL TRATO QUE LA PRENSA NACIONAL HA DADO AL CASO. Oh, no. Lo peor, lo más atormentante, el horror, en una palabra, es cuando se monta un debate en clase. ¿Por qué? Pues porque siempre hablan los mismos: los de la primera fila, los gilipollas. YO CREO QUE NO ES BUENO QUE, este que habla viste jersey republicano (es decir, jersesito monocromo, tono rocoó, de cuello redondo y precio prohibitivo), luce barbita oscura, delineada y hasta se ha puesto en pie para que las niñas vean su nada despreciable paquete. ¿Qué está diciendo? No te interesa. Probablemente tenga razón. Tú de estas cosas no entiendes. A veces compras el periódico, pero sólo para excitarte leyendo los anuncios de relax. Eres demasiado cobarde para comprar *Playboy*. Bueno, también lees algún artículo, sobre todo los de Carlos Botero o Boyero o Botello, no te acuerdas bien (es Boyero, ¿no?; sí, yo para mí que es Carlos Boyero), que te hacen mucha gracia y te desahogan, pues siempre está bien encontrar a alguien que dice en los medios lo que a ti te gustaría decir, y no puedes (lo único que cuenta es lo que se dice a través de los medios de comunicación, lo demás es mudez). SIN IR MÁS LEJOS EL MARTES 24 CREO QUE FUE ESE DÍA EN UN EDITORIAL DE, este tío seguro que va a triunfar. Eso se ve enseguida. Y ¿sabes por qué?, pues porque os desprecia a todos, os odia, le dais asco. Tú te crees un ser abominable porque te gustaría incendiar las ciudades, pero no se te ocurre pensar que este tipo no es que lo piense, es que lo va a hacer, es un Nerón en ciernes, el cabrón. El colega crees que se llama Ernesto Toledo, no es seguro. También puede llamarse Eduardo Monreal o Emilio Lázaro Ballester. Lo que sí es imposible es que se llame Pedro o José, y más imposible todavía que se llame como tú. Ya se ha callado Ernesto, o lo que sea, y ahora le toca el turno a una niña de la segunda fila. En la segunda fila siempre se sientan las niñas aplicadas de pelito corto y pantalones vaqueros azul claro. Tiene una voz atiplada y andaluza que se diluye antes de llegar a tu oído. Algunos de tu vera la interrumpen para pedirle que hable más alto, si puede ser, que es que no se han enterado de nada. La niña reanuda su disertación con idéntica intensidad y el chico que le pidió mayor volumen le susurra a su compañero, bah, ni puto caso. Esta chica tiene pinta de llamarse María. Todas las chicas, mientras son vírgenes, tienen pinta de llamarse María. Pero ésta sigue teniendo esa pinta independientemente del estado de su himen. María, María Puente, o María de la Morena, o algo por el estilo. A lo mejor te equivocas de parte a parte y se llama Rebecca o

Déborah o Ingrid. (¿Cuál es tu nombre? ¿No te atreves a decirlo? ¿Ni siquiera entre nosotros? Eres patético, te lo juro. No tengas nunca miedo de decir tu nombre. En esta sociedad, tú eres tu nombre, y, si no eres capaz de decirlo en voz alta, es que eres del montón. Di tu nombre. Sí, alza la mano, pide turno y cuando te concedan la palabra, levántate y habla tu nombre.)

HA ZIDO LAMENTABLE EL MODO EN QUE EZE DIARIO HA PREZENTADO LO HECHO EZO NO E PERIODIMO POR LO MENO NO E UN PERIODIMO ZUJETO A LA DEONTOLOGÍA PROFEZIONAL. Y se sienta María, o Rebecca (qué más da). El siguiente: gafas de cristales redondos, camisa de leñador, abierta, vaqueros gastados, barbiponiente (sic), calculadamente despeinado. En fin, de izquierdas. Pero de esa izquierda que no es izquierda, sino una variante más del partido único: mandar. PERO MUJER NO SEAS TAN INOCENTE NO SE PUEDE PEDIR A UN MEDIO OBJETIVIDAD CÓMO QUE NO ZE PUEDE PEDIR OBJETIVIDAD ENTONCE QUÉ ZE LE PUEDE PEDIR PROFESIONALIDAD QUE NO ES LO MISMO NO ZERÁ LO MIMO PARA TI BUENO BUENO NO OS ACALORÉIS A VER SIGA USTED. ESTA GENTE TE ASUSTa. Se lo toman todo tan a pecho que no puedes dejar de pensar que sobras. Sí, tú sobras, vete al pueblo, castellano sin castillo; vuelve a la escoda, al atajo, a aventar; deja en ámbar los semáforos, esto no es para ti, lo tuyo está en otra parte, lo tuyo ellos no lo conocen. Nadie de esta clase tiene la menor idea de lo que es aventar (salvo los lectores de Delibes). También es verdad que tú ignoras conceptos como driver, módem o internet; y en los tiempos que corren, sale más rentable saber de informática que de agricultura. Ya hace un par de siglos que murieron los fisiócratas. Todos los que tienen razón se mueren. La modernidad es la gran mentira, el progreso es la gran mentira. Esto no lo dices tú sólo, gracias a Dios, pero los que lo dicen contigo están todos un poco pirados y, claro, desacreditan al movimiento. Uno no puede volar por los aires las cosas que no le gustan (sí puede, la verdad, pero queda un poco psicópata). Aunque es tentador. Tú, por ejemplo, mandarías con mucho gusto esta facultad a lo de un bombazo. Pero no lo vas a hacer, sólo lo piensas, tú eres (en el mal sentido) bueno. El que sí lo hacía era el tal Unabomber. Vaya tío. Nada de palabras, bombas; resucitemos a Bakunin, la palabra por el hecho, resucitemos a Ludd, resucitemos a Cristo (bueno, no te pases). Lo malo no son los que están muertos, esos que quieres resucitar. Lo malo son los que siguen vivos, tal que Hitler, Heliogábalo, Porfirio Díaz

o Nerón. Sí, parece como si la metempsicosis sólo funcionara con los hijos de puta, y no con las mariposas. Parece que sólo lo deyecto sobrevive. Lo que decía tu abuelo, mala yerba nunca muere. Pues eso ...en el patio apoyado en una pared llena de pintadas unos chicos juegan al baloncesto otros más pequeños corretean de acá para allá hay corrillos por todas partes alrededor de la fuente unas chicas fuman y hablan y ríen junto a la verja los chicos también fumando lanzando miradas furtivas hacia la fuente el cielo está azul tú estás solo no fumas no haces nada sólo miras junto a ti pasa una pareja metiéndose mano apartas la vista de sus pechos a tus pies rueda la pelota de baloncesto PASA el cielo está azul PASA tú estás solo PASA TÍO alguien se acerca SUBNORMAL recoge la pelota y se va la pareja se magrea a tu izquierda oyes su risita oyes sus quedos jadeos el cielo está azul hasta ti llega el olor a hachís miras tienes el porro en la mano derecha y en la entrepierna la mano izquierda no puedes retirar la vista no puedes retirar la vista no puedes QUÉ MIRAS SE PUEDE SABER QUÉ COÑO MIRAS y tú dices perdona y él dice de perdona nada y dice no me gustan los mirones y ella dice eso no nos gustan los mirones y tú piensas si no te gustan los mirones no la metas mano donde todo el mundo os puede mirar y dices lo siento y miras al suelo tus zapatos están sucios el cielo está azul tú estás solo vuelves a mirar de reojo la mano procaz del chico del porro tú estás solo solo solo solo OYE TE VOY A PARTIR LA CARA y tú no dices nada porque ya estás en el suelo y te duele algo la cara o el cuello o la nuca o algo te duele LEVÁNTATE PAYASO tus zapatos están sucios VENGA ARRIBA SO MIERDA el cielo está azul BAH y se alejan un poco y tú te reincorporas y te marchas y llegas al aula y está vacía te tocas la mejilla dolor tú no querías mirar pero querías ver saber no hay nada de malo en querer saber miras por la ventana sigue azul sigues solo sigues sucios llega alguien una chica gordita ojizarca rubia te mira la miras miras para el suelo ella mira la pizarra te vuelve a mirar se mira las uñas mira la pizarra te mira por tercera vez y se levanta y viene y llega y te dice qué tal y tú piensas mal y dices bien y piensas es lo que se suele decir y ella dice qué te ha pasado y piensas si me das un beso se me cura y dices nada y ella dice no vas a la enfermería y piensas si fueras la enfermera ya estaría allí y dices no y ella se queda un rato pensativa y mira por la ventana y luego vuelve al ataque has estudiado historia y tú piensas de verdad te importa y dices un poco y tú y piensas de verdad me importa y ella dice no no me gusta y tú piensas ésta es de las mías y dices pero tendrás que estudiarlo



*algún día y piensas por qué digo estas chorradas y ella dice no digas chorradas y tú piensas ésta es de las mías y dices lo siento y ella dice es igual y tú dices de dónde eres y ella dice de Navalmanzano y tú yo de Fuentepelayo dices y ella he estado en tus fiestas y tú piensas no son mis fiestas y dices ah sí sí dice lo que más me gusta es el paloteo y tú dices sí es bonito y piensas qué es el paloteo y ella dice tú has ido a Navalmanzano y dices sí alguna vez y ella dice no te he visto y tú piensas yo tampoco la verdad y dices ya ves y ella dice tampoco te había visto nunca en el insti y tú dices ya ves y ella dice en qué grupo estuviste en primero y dices en el c y ella en el c pero si ahí estuve yo y dices he dicho el c no perdona es el d y ella dice conoces a Clara y dices no y a Ana y dices no y a Olga y dices no y a Luis y dices no y a Julio y dices no y al Bolas y dices no y a Pedro y dices no y a Jenaro y dices no y a... Marta, María, Helena, Juan, Pablo, Fernando, Azucena, Daniel, Luz. Conoces los nombres pero no las caras. Y es penoso. Con la cantidad de nombres que llevas en la cabeza y tienes que cruzarte cada día con decenas de rostros innominados. Cada nombre es un traje, y míralos: todos están desnudos; y los trajes pudriéndose en el ropero de tu sesera. Un auténtico desperdicio, los nombres por un lado, las caras por otro. Y tú, sastre anabaptista, barajando nombres a voleo, llamando Lolita a una y Ernesto al otro, sin conocer su verdadero nombre, el que importa, el que acerca a la persona, y la resume. Aunque hay algo peor que una cara sin nombre, y es un nombre sin cara. Y piensas: en Miquel, en Miquel. Y piensas: . Ataraxia, ése es el objetivo. Pero no puedes alcanzarlo. Es imposible pensar,, durante más de diez segundos. Eso sólo pueden hacerlo los lamas, los criminales y el ministro de Educación y Ciencia. Quizá sólo la muerte te traiga la imperturbabilidad. Entre otras cosas, porque una vez muerto habrá pocas cosas que te turben, perturben o masturben. Estás muerto y punto. ¿Le tienes miedo a la muerte? Bueno, sí: es una pregunta estúpida. Sólo un perfecto gilipollas o un cristiano va por ahí diciendo que la muerte es algo tan natural como la vida y que nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir. Le tienes miedo a la muerte, de acuerdo, pero es que también te arredras ante los médicos. Eso es jodido. Es como sufrir a la par claustrofobia y agorafobia. Los médicos te dan miedo, y los hospitales, ganas de vomitar. Tú no vas a los hospitales cuando te pones enfermo: te pones enfermo cuando vas a los hospitales. De hecho, ésa es tu opinión sobre la institución sanitaria: no están para sanar, están para matar. No es que menosprecies la pericia de los profesionales. Es*

una cuestión psicológica. Los diagnósticos suponen que tenemos fin, que no damos para muchos años, y a veces hasta te dicen más o menos cuándo la vas a palmar. Y ésa es la putada. Que te queden tres meses de vida hace decir a la gente que te estás muriendo, cuando es lo que llevamos haciendo desde que nacimos. Por eso prefieres huir de los médicos, para que tus dolores convivan en paz con tus placeres, en una promiscuidad antihipocrática, decididamente cazorra, y puedas morirte de un golpe, no a plazos. El debate sigue y ya no te acuerdas ni de qué iba. Un chico con coleta y corbata está terminando de exponer sus ideas al respecto. Cuando se calla, hay un momento de total silencio, nadie levanta la mano, algunos parecen estar pensando algo que decir; y el silencio continúa durante suficiente tiempo como para darte cuenta de que, indudablemente, es lo más inteligente que se ha dicho en todo el debate. Es el profesor quien toma la palabra, BIEN PARECE QUE YA SE HAN DEJADO CLARAS LAS IDEAS GENERALES SOBRE EL TEMA SIN EMBARGO NO SÉ QUÉ PASA QUE SIEMPRE HABLAN LOS MISMOS QUIZÁ A LOS DEMÁS NO OS INTERESA EL ASUNTO O LO QUE ES PEOR NO SABÉIS NADA DE ÉL PERO DE TODOS MODOS VAMOS A VER SI ALGUNO DE LOS DE ATRÁS QUIERE HACER EL FAVOR DE DARNOS SU OPINIÓN SOBRE EL TEMA. Los de las últimas filas, tú incluido, empiezan a disimular, esconderse, meter folios en la carpeta, con la huera intención de que el profesor no les designe como oradores voluntarios. QUÉ PASA PERO ES QUE NO HAY NADIE QUE QUIERA DECIR ALGO. Este tío o es retrasado mental o ha visto demasiadas veces *El club de los poetas muertos*. A VER USTED MISMO. Tiemblas. NO USTED NO EL QUE TIENE DETRÁS. Te señalas a ti mismo con el dedo. SÍ USTED QUÉ OPINA DE TODO ESTO. La clase entera te está mirando. Cien miradas sobre tu cuerpo. Doscientos ojos sobre tu cuerpo. Tu corazón se desboca. Juegas con el bic. Le quitas la tapa, le pones la tapa, le quitas BIEN ESTAMOS ESPERANDO la tapa, se te cae al suelo (risitas), lo recoges, PERO HOMBRE NO SE QUEDE CALLADO DIGA ALGO, miras para abajo, manoseas el bic, le quitas la tapa, le pones la tapa. PERO PERO SE ESTÁ USTED RIENDO DE MÍ. Partes el bic, lo dejas sobre la mesa, te frotas las manos, YA SÉ QUE PENSAR CUESTA TRABAJO (gilipollas) REQUIERE UN ESFUERZO (hijo de puta) Y ALGUNOS NO ESTÁN SUFICIENTEMENTE CAPACITADOS PARA ELLO (cabrón) LO FÁCIL ES PASAR EL TEMA (bastardo). Alguien levanta la mano en

las primeras filas. OH GRACIAS UN VOLUNTARIO QUIERE AÑADIR ALGO A LA OPINIÓN DE SU LOCUAZ COMPAÑERO SÍ JEJEJE QUIERO DECIR QUE LA PRENSA NACIONAL SÓLO. Levántate, vamos, provinciano, se ha reído de ti, te ha dejado en ridículo, ha confirmado lo que todos pensaban: ése del fondo es tonto. No debes dejar que esto termine así. Si de verdad no eres un cobarde, tienes que ponerte en pie, andar hasta la tarima, y clavarle el bic en los ojos al señor profesor, un trozo en cada uno. Y luego sal de aquí, sin mirar atrás, sólo agrade y sal dando un portazo, punto final, dixit. Ya no lo vas a hacer, ¿verdad? Sabía desde el principio que, en cuanto tu corazón volviera a su sitio, te olvidarías de tus instintos. Tú siempre te olvidas de tus instintos. Y por eso acaba siempre doliéndote la cabeza, como ahora, que te duele más que nunca, el sol se te ha metido dentro, a través de la nuca, y la brea se convulsiona hiriéndote como si estuviera formada por cuchillas de afeitar. Tienes hambre y sueño y un deseo urgente de regeneración (¿con un vuelo, quizá?). Necesitas ir al baño. Tienes que salir de aquí. Vas a reventar. Hay decenas de leprosos suicidándose en tu estómago. Sientes la garganta como un pañal sucio. Alguien te está cagando por dentro. Puedes aguantar un poco más, pero no demasiado. Tu abuelo aguantaría hasta el final. Él es duro, no se queja nunca, aguanta y aguanta, quejarse es de débiles. Pero tú no eres tu abuelo. Quieres levantarte, irte al baño, pero te da vergüenza. No quieres que todos te miren de nuevo y digan, mira ahora se va el muy estúpido. No quieres que el profesor te pregunte adónde vas. No quieres que nadie te pregunte nada ni te diga nada, y que se mueran. Te levantas. No puedes soportarlo más. Alguien está eyaculando y sangrando en tus entrañas. De piel para dentro, eres todo corrupción, hez, atrabilis. Te echas la mochila al hombro y caminas encorvado hacia la puerta. Ves tu silueta reptando por el suelo, delante de ti. Algunos empiezan a mirarte, extrañados por tu lamentable aspecto. Otros te ojean burlones. Y ella también te está mirando, Lolita, desde allí, en la primera fila, con su cuello de marfil ligeramente forzado, lanzando su luz verde hacia tu figura gris. Sientes de pronto una mano subiendo desde el estómago a la garganta, dejas de respirar durante unos segundos, y vomitas sobre tu sombra. Das un paso, y vuelves a vomitar. Sientes una mano en el hombro, ESTÁS BIEN, miras la mancha color carne del suelo (¿esto lo he hecho yo?), y sales corriendo. El profesor te mira, OIGA, abres la puerta y sales sin cerrar. Corres por el pasillo hacia el cuarto de baño. Te cruzas con gente, oyes voces, te

trastabillas. Ves la puerta naranja de los servicios. Dos cepillos en forma de equis clausuran la entrada. Los apartas y pasas. El suelo está recién fregado. Huele a lejía. Dejas la mochila en el suelo, entras en uno de los cubículos y metes la cabeza en la taza. Vomitas por tercera vez. Estás de hinojos, contemplando los restos de ti, esa miasma que flota en los meos ajenos y cantarines de vete tú a saber quién. Te recuestas contra el tabique y resoplas. Miras los azulejos, blancos, relucientes. Ves tus zapatos, cargados de barro seco, tus vaqueros incoloros, tu cuerpo entero desdibujado y roto sobre las baldosas oscuras y anónimas del retrete. El brazo izquierdo cuelga de la taza, el derecho no sabes dónde para. Te da igual. Todo te da igual. Incluso vomitar de nuevo, sentir el segundo de asfixia y muerte, te es lo mismo. Que se vaya todo a la mierda. Y piensas: Dios, baja por mí, que estoy hasta los huevos. Y tus palabras son oídas, sí, ya está descendiendo la divinidad, la tienes a tu lado, sientes su influjo, se te arrima, parece que va a besarte; pero lo que hace es devolver en tu boca, llenártela de líquidos estomacales y ya estás de nuevo sumergido en la taza, vomitando lo vomitado, con un acre olor a lejía incrustado en la pituitaria, con el frío del suelo anestesiándote las rodillas, con la boca como un estercolero y el alma como la boca, las rodillas y la pituitaria todas juntas y elevadas a la máxima potencia. La hostia, sí que estás un rato mal, oye. No creas que me importa, te lo digo con el corazón..., bueno, con lo que sea, en la mano. Tú estás ahí, excremento, y yo no. Es así de sencillo. No voy a solidarizarme contigo porque, para ser sincero, me importas un pito. Vamos, que por mí puedes estar vomitando hasta que se te caigan las muelas. Eso no quiere decir que yo sea un mal tipo; bueno, sí quiere decir eso pero, dentro de que soy un mal tipo, has de admitir que no me queda otro remedio, sabes a lo que me refiero, ¿no?, bueno, algún día lo comprenderás, algún día se comprende todo, incluso lo de Dios: dice un personaje de una novela de Böll que no le gustan los ateos porque siempre están hablando de Dios, y eso es lo que te pasa a ti, no crees en Dios pero no paras de hablar de Él, es una cuestión que habría que analizar, puedes llegar a conclusiones positivas, incluso puedes recibir la llamada y eso estaría bien porque así tendrías algo que hacer los domingos por la mañana, es más, a lo mejor ellos te enseñaban a no pensar, todos los cristianos que has conocido en tu vida, que tampoco son muchos, para ser sincero, pensaban bastante poco, es una buena señal, tienes que llegar al,, ése es el objetivo, hay que amortajar el petróleo de tu mollera, si no estás acabado, ya lo estás viendo. ¿Qué vas a hacer ahora? Ni

idea, ¿verdad? Tienes miedo a salir del baño; aunque sería bastante recomendable hacerlo, porque te sientes como un judío en su día de suerte en Auschwitz. Si sales, puede verte alguien. Todavía están en clase. Seguro que nada más asomar la cabeza por esa puerta, te topas con toda la piara abandonando el paralelepípedo de los lelos. Quédate aquí, tranquilito. Deja que el tiempo pase. Tú dedícate a tirar de la cadena cada media hora, para que la soledad se vaya por el retrete. Sabes cómo se hace, llevas años haciéndolo. Soledad, je, eres licenciado en soledad, doctorado en silencio y con un máster en masturbación. ¿Crees que eso quedará bien en tu currículum? Sientes movimiento en tus entrañas. No vas a regurgitar de nuevo. Vas a cagar. Te pones en pie, desabrochas el cinto, te bajas la cremallera, deslizas los vaqueros por tu peluda y pálida piel y te sientas en la gélida cerámica. Cagas suelto, como dice tu abuela (tú más bien dirías líquido, y es que tú eres un tipo con escasa imaginación y nulo talento para las metáforas, o lo que sea). Oyes el ruido de las heces zambulléndose en el agua/ orín/vómito y piensas que se podría hacer un buen cóctel para hijos de puta con todo eso. El primero al que propondrías la cata sería al profesor de antes. Tome, capullo, beba despacio que las existencias son limitadas. Ya no te queda más mierda en el recto, de modo que pasas a la siguiente fase. Problema: no hay papel. Solución inmediata: pues no te limpias. Solución mediata y, mayormente, higiénica: limpiarte con los apuntes de Estructura de la Información. Muy buena idea, y muy simbólica. Problema: la mochila está fuera. Solución inmediata: pues no te limpias. Solución mediata: pues no te limpias. Solución síntesis de las anteriores: pues eso, que no. (A la mierda Hegel.) Te subes los archipiélagos (así llama tu abuela a la ropa cuando se lleva descompuesta) y te quedas sentado en la taza, con la cara entre las manos. Recorres visualmente el interior de la puerta, ese mural político y demagógico, procaz y sodomita, catártico y fóbico, que las mentes más conspicuas del alumnado han compuesto para, entre otras cosas, darle trabajo al personal de limpieza. VASCO BUENO VASCO MUERTO SE BUSCA UNA RAZÓN PARA CONTINUAR LOS FACHAS A DERECHO A TOMAR POR EL CULO COMUNISMO O MUERTE HIJO DE PUTA VISCA BARÇA PUTA REAL MADRID PUTA RAÚL VISCA RONALDO TÚ SÍ QUE TE VAS A TOMAR POR CULO ORGULLO CASTRENSE QUIERO POLLA DE TÍO CACHAS PARA CHUPAR YO MORENO ATRACTIVO DEJAR FECHA Y HORA CASTILLA ENTERA NUESTRA TIERRA COMUNERA TC PNC

MADRID ES CASTILLA ODIOS LA TUNA HIJOS DE PUTA TOCANDO GILIPOLLECES SATÁN VIVE CATALUNYA LLIURE I DON'T KNOW WHAT I WANT BUT I WANT IT NOW TUNO BUENO TUNO MUERTO AUTONOMÍA ADISKIDETASUNA BAKEA LIBERTATEA FORUAK. Y piensas: la verdad se esconde detrás de las puertas del wáter. La verdad no sale cada día en los periódicos, la verdad debería escribirse en papel higiénico. La verdad de la prensa es la mentira lubricante, la falacia aceitosa que permite que la máquina siga rodando, con sus tuercas y tornillos, sus émbolos y manivelas, funcionando en beneficio de ya nadie sabe quién. Abunda, en las puertas de los baños, el sexo; algunos hasta dan su teléfono tras hacerte la lúbrica oferta. Seguro que son falsos. Pero la proposición no lo es. La vida se agota enseguida, y al final hay que inventársela. Se agota el sexo, lo que se supone que es el sexo, y hay que emprender la anábasis hacia los instintos, buscando algo más, buscando el otro lado, el reverso tenebroso, que decían en la película. ¿Y las mujeres? Deberías hacer una visita al servicio de mujeres y mirar en el reverso tenebroso de sus puertas, para ver si son también obscenas, fascistas, onanistas, sádicas y humanas. Ya deben de haber salido de clase. Sí, la clase estará ahora vacía, sugerente por lo tanto; y más sugerente que nunca gracias a que no se sabe quién ha extendido sobre el suelo una orgánica alfombra de pésimo gusto. Aunque lo más probable es que tus hígados no sigan allí, fermentando, porque ya habrán avisado al criado de turno, para que limpie la cosa. Seguro que todos han abandonado el aula asqueados, comentando el desagradable incidente, preguntándose si haber olido durante tres minutos los vómitos de un extraño no les producirá un cáncer en alguna de las valiosísimas y cuidadas partes de su dorado cuerpo de ninfa o adonis. Lolita aparece en tu mente. Lolita te ha mirado, por fin te ha mirado; pero lo ha hecho para ver cómo vomitabas. Una idea deprimente, muy deprimente. Sólo ha percibido tu presencia cuando has dado el espectáculo más lamentable de tu vida. Joder, también es mala suerte. Supongo que ahora le dará algo de reparo besarte en la boca. Bueno, tampoco te hundas. Sabías desde el principio que esa niña no era para ti. Ninguna es para ti, pero ésa, Ésa, menos que ninguna. Quién se la beneficiará, y sobre todo, por qué. Ah, son las frívolas preguntas que habitan tu mente. No tienes tiempo ni ganas de sudar por asuntos de mayor envidia, como la Unión Europea o la capa de ozono, que, por cierto, te importa tres cojones. A ti para qué te sirve el ozono. Para nada, di que sí, y si la Tierra se recalienta y salta en mil

pedazos pues mira, mala suerte, tampoco hay que dramatizar, un planeta más o menos en el sistema solar tampoco es para tanto, y no digamos en la galaxia, y en el universo ni te quiero contar; en el universo no es nada. Nos creemos tan importantes que es para morir de la risa, el hombre, ah, el centro del universo, ser creado a la imagen y semejanza de Dios, su criatura favorita..., autólatras de mierda. LO JURO NO ME LO CREO TRONCO QUE SÍ TÍO QUE UN PAVO HA ECHADO LA POTA EN CLASE NO JODAS QUE SÍ SE LEVANTÓ Y EN MITAD DEL PASILLO GUAJJ QUÉ FUERTE Y QUÉ HIZO LUEGO EL MUY GILIPOLLAS SE FUE CORRIENDO HOMBRE TAMPOCO SE VA A QUEDAR A QUE LE APLAUDÁIS NO BUENO CLARO PERO NO ME JODAS TÚ CREES QUE ES NORMAL VOMITAR Y SALIR CORRIENDO VOMITAR Y SALIR CORRIENDO OYE SABES QUE ES UN BUEN TÍTULO PARA UNA PELÍCULA SÍ ME RECUERDA UNA DE WOODY ALLEN CÓMO ERA CORRIENDO CON EL DINERO CORRER NO CORRO NO SÉ NO ME. Ya se han ido. A lo mejor estaban hablando de ti. Claro que estaban hablando de ti, ¿cuántas personas crees que han vomitado hoy en clase? (No cuántas han sentido ganas de vomitar.) Ninguna, ¿verdad?, a excepción de ti, que siempre tienes que ser la excepción. Por cierto, ¿vas a seguir mucho tiempo aquí? Lo digo porque sería conveniente tirar de la cadena. También es verdad que si tiras de la cadena delatarás que has terminado, y alguien esperará que salgas. Y tú no quieres salir, estás muy cómodo dentro de un retrete público. Ya le vas cogiendo cariño a los azulejos desdentados y a las colillas. Y todavía te falta añadir un nuevo fluido a los ya envasados. Ya sabes a cuál me refiero, tienes un máster, no lo olvides. No está mal tener un máster antes de los veintidós. ¿Sabes que tu cumpleaños, el catorce de enero, coincide con el día en que murió Bogart? Vaya putada, y vaya mal agüero también. Te pasas la vida buscando un catorce de enero interesante y lo único que encuentras es el óbito del tipo más grande del celuloide. Si hubieses nacido el veinticinco de septiembre, alardearías de tener la misma fecha de cumpleaños que William Faulkner. Sería magnífico. También Adolfo Suárez nació el veinticinco de septiembre. Incluso Scott Fitzgerald vino al mundo ese día. Pero a ningún hijo de puta se le ocurrió nacer el catorce de enero. Qué pasa, es una fecha como otra cualquiera. Pues no, que prefieren el once de mayo, o el tres de abril. ¿Tú crees que es estrafalario saberse la fecha de nacimiento de cincuenta y seis escritores, diez pintores y cuatro compositores? No es nada

estrafalario. La gente se sabe muchas fechas, las de todos esos amigos que tú no tienes y más aún: aniversarios de amor, días en que tiene que venir la regla, caducidad de los condones..., en fin, una serie de datos que tú no almacenas, que tú ni siquiera llegas a conocer. ¿Y tu mochila? ¿No te la habrán birlado entre pitos y flautas? Bah, es imposible, sólo hay libros, ¿a quién le interesan hoy en día trece libros de bolsillo amarillentos y pintarrajeados? Tiras de la cadena (inexacto: aprietas una palanca) y sales del cubículo. No hay nadie. Tu mochila está en su sitio. Te acercas a los lavabos. Te ves en el espejo transversal que cuelga sobre ellos. Das pena. La única solución para adecentar tu cabeza es que te la corten. No hay ni una sola cosa en su sitio. La boca, la nariz, los ojos, todo parece arrojado a voleo, sin orden. ¿Hay alguien en este mundo, o en cualquier otro, que comprenda el desorden de tu rostro? ¿Hay alguien en algún sitio que comprenda algo, tal que el funcionamiento de la democracia o la teoría del eterno retorno? Catorce de enero, catorce de enero, ¿por qué no naciste el catorce de enero en lugar de morir, pedazo de cabrón? No, tú te ves en el espejo pero no te tuteas con confianza. El espejo oblongo y sucio, el espejo sincero y frío, el puto espejo que quieres romper pero que nunca, nunca, romperás. Abres el grifo (en puridad, etcétera) y te enjuagas la boca, te mojas el cabello, inútilmente, y te secas las manos con el faldón de la camisa. Te miras. Eres tú. No lo elegiste pero te jodes. Te jodes y bailas. No sabes bailar, pues te jodes y te vuelves a joder. Eres tú. No lo elegiste, nadie elige nada, ésa es la vida, hija de puta, hija de puta para algunos, para Ronaldo seguro que no, debe de ser tan fácil levantarse por la mañana siendo Ronaldo, si no sabes quién eres no tienes más que leer los periódicos. Pero ¿dónde está ese periódico que habla de ti? No existe, tú no eres noticia, nadie ha hecho nunca un reportaje sobre ti, ni una crónica, ni un editorial ni una esquela ni nada de nada de nada. Quizá todo acabe en esto: verse en el espejo, intentando reconocerse, aceptarse, todo eso que dicen por la tele (qué sabrán ellos de nada; por Dios, si son la tele). Por ahí fuera tiene que haber alguien como tú, es imposible que seas la única víctima. Sí, es seguro que por esos vericuetos posmodernos camina alguien, hombre, mujer o mostrenco, que en algún sentido, en algún matiz, detalle o ademán se parece a ti. Sí, repito, sí y mil veces sí; pero ¿cómo encontrarlo? Joder, cómo se nota lo que estudias, siempre con las mismas preguntas, quéquién-cómo, etc. Etc.: ése sería un buen título para un libro, una película o una canción sobre tu vida. Bueno, en realidad, para un libro, una película



o una canción sobre cualquier vida. Incluso podría ser un buen epitafio: Perico de los Palotes, etc. (El sentido de la vida no es otro que poner la fecha de defunción en nuestra propia lápida: lo demás, nombre, nacimiento, RIP, podía estar esperándonos desde que nacimos.) Todas las palabras sobre la muerte son bonitas: funeral, epitafio, cenotafio, sepulcro, óbito. Aunque hay algunas palabras de la vida que también son preciosas, como cintura, caderas, pubis, senos, clítoris, felatriz. Te miras por última vez en el espejo, coges tu mochila verde y sales del baño. Sales al murmullo, el oleaje de sonidos que comunican algo, pero que nunca te tienen a ti como receptor. En todo caso eres el ruido, el estorbo, la redundancia. Te sientes mejor. Lavarse la cara parece que lava también las ideas. Te sientes fresco como una losa. Después de todo, vomitar no es tan malo si da paso a una situación mejor. Algo de esto se ha dicho de las guerras. Bueno, déjalo, no empieces de nuevo. Tú no estás en ninguna guerra, me refiero a una guerra mundial, claro. Lo tuyo es la psicosis de una guerra que nunca existió, una posguerra sin referentes, sin enemigo, sin posibilidad de victoria. Una guerra incruenta y sucesiva. Te sumas al río y vas bajando las escaleras. Tienes delante de ti decenas de cabezas, de todos los colores y tamaños y aderezos, y es muy deprimente ser uno más uno más uno más uno más en esta autopista unidireccional sin desvíos ni áreas de descanso. Por fin llegas al nivel del asfalto y de nuevo el imbécil de turno te cose en la palma de la mano la publicidad de una escuela de idiomas o de informática o de escritura o de fotografía o un curso de teatro, televisión, mecanografía, baile y demás medallitas para la pasarela laboral. Estás en la calle. El sol se mira en los charcos creando un extraño y dialéctico clima, entre verano e invierno, que no te agrada lo más mínimo porque por lo menos el cielo podía tener las cosas claras. Coches y autobuses recorren la avenida y dejan a su paso un residuo de ruido, que palpita un momento en el aire y desaparece justo cuando otro ruido nace. Tú, entretanto, ajeno a la febril actividad que te rodea, avanzas con tu sucia sombra delante, mirando cómo se embarran tus embarrados zapatos y soñando con el hermetismo dulce de tu pecera. A medida que se aproxima el mediodía, los leucocitos del personal parecen animarse y he aquí que la cháchara aflora, y la risa cristaliza, y toda la ciudad se convierte en una cafetería universitaria. A primera hora de la mañana, casi todos están como tú (a primera hora de la mañana sí que todos los hombres son iguales): abatidos, olvidados de sí mismos. Pero ahora sólo tú estás como tú. Ahí los tienes, ya han superado la puta mañana, ya han

recuperado sus esperanzas y sus proyectos, están listos para el resto del día. Y tú no. Cada día te resulta más difícil superar la mañana, cada día es ésta más larga, más acerada, más fría y abominable. Llegas al paso de peatones y esperas al hombrecito verde. Algunos aprovechan el irregular fluir del tráfico y se enhebran entre los coches alcanzando la otra orilla, mientras tú sigues aquí, Fiat Tipo rojo, Ford Fiesta blanco, sumiso, esperando el permiso preceptivo, que acaba de aparecer, y ya estás cruzando al otro lado, más tarde que nadie, procurando no pisar fuera de los rectángulos blancos, porque siempre has creído que un peatón no tiene derecho a poner el pie en el asfalto interlineal. Llegas a la entrada del metro y, ¡oh, Dios de los cielos!, cuatro jovencitos cuatro te están esperando para informarte de los cursos jodidos cursos que alguien amablemente hace para mejorar tu puto currículum puto. Tomas todos los folletos que te dan y haces una pelota con ellos, pero no la puedes depositar en la papelera, como era tu cívica intención, porque ésta rebosa publicidad por los cuatro costados, así que la tiras al suelo con disimulo. QUE LA VIDA IBA EN SERIO UNO LO EMPIEZA A DESCUBRIR MÁS TARDE COMO TODOS LOS JÓVENES YO VINE A LLEVARME LA VIDA POR DELANTE JAIME GIL DE BIEDMA. Siempre que entras en esta estación, lees la estrofa que no se sabe qué preclaro cerebro del Ayuntamiento ha decidido colocar ahí. La encuentras paternal, paternalísima; no puedes dejar de pensar que es tu padre el que te dice eso. Y, curiosamente, a pesar del desencanto que parece transmitir, a ti te entran unas ganas inmensas y fatuas de llevarte la vida (y lo que sea) por delante. DOS PAQUETES DE CHICLES VEINTE DUROS DOS PAQUETES CIEN. Llegas a la escalera y decides bajar por las de la edad de piedra, abominando de la facilonga mecánica. Delante de ti desciende un hombre calvo con chupa de cuero y vaqueros negros. Lleva un pendiente en el lóbulo de la oreja izquierda y una carpeta en la mano derecha, decorada con glúteos y silicona. Desearías tener algo mejor delante, pero te tienes que conformar y seguir tu camino. Al llegar a la segunda escalera, pierdes de vista al calvo de cuero pues un alegre grupo de gilipollas te adelanta y se pone en medio. Son dos chicos y cuatro chicas. Ellos guapillos, y ellas, salvo una (morena, roja, frutal), decididamente feas. Hablan chorradas que no escuchas pero que sabes que son chorradas por el tono en que las dicen. En el andén hay tanta gente que parece la playa esperando a que venga el mar. Deseas empujarlos a todos a las vías cuando aparezca el tren para, entre otras cosas, gozar de esos quince minutos de

fama de los que hablaba Warhol (¿o eran cinco?, bueno, es igual, el caso es que fueran de fama). Ahora arriba efectivamente el tren, azul pastel o gris cielo, y empieza el intercambio de posiciones: los de dentro salen y los de fuera entráis. Tú eres de los últimos y tienes que empujar un poco para embutirte en el vagón. Afortunadamente, en las dos próximas estaciones se baja la mayoría del pasaje y hasta puedes sentarte. No vas agarrado a lado alguno, pero no te caes ni en las curvas porque los solícitos pechos de una mujer, a estribor, y la sufrida espalda de un caballero, a babor, te lo impiden. Ves tus ojos en el cristal de la ventana y retiras la vista de inmediato. NO ENTREN NI SALGAN DESPUÉS DEL TOQUE DEL SILBATO. Sin saber por qué, te viene a la cabeza una escena de *Doctor en Alaska* en la que Chris Stevens te da un beso en la boca. Dudas eternamente de que ésta sea una secuencia real de la serie porque tú nunca has salido en ella y, además, no le ibas a dar tantas facilidades al bello Chris. Se abren las puertas y te ves obligado a salir, pues estás en vanguardia y estorbas. Vuelves a entrar y te sitúas en la parte contraria del vagón. Todavía no hay sitio para sentarse... o sí, sí que lo hay pues un señor trajeado, pelo cano, bigote, se acaba de bajar a toda prisa. Tomas asiento y tienes una estúpida sensación de victoria. Te miras en la ventana ...*tu abuelo está ahí aunque tú no puedas verlo sigue ahí lo estás escuchando respirar lo estás escuchando ser lo estás escuchando luchar entras y enciendes la luz y tomas una silla con sus pantalones colgados en el respaldo y te sientas a su vera tu abuelo dice has encendido la gloria y tú dices sí abuelo y él dice no habrás metido demasiado barrujo como haces siempre y tú dices no abuelo está bien tu abuelo tose en apagado y oscuro como una escopeta muda y dice yo a los diecisiete no estaba encendiendo la gloria a mi abuelo y dice yo a los diecisiete estaba en el frente matando rojos con esa bayoneta que ves ahí miras la bayoneta y piensas prefiero la gloria a la bayoneta y él dice bebíamos aguardiente en las trincheras el frío hacía estragos hijo y dice el frío era el copón y una tos enciclopédica ahoga su voz durante varios segundos se limpia con el pañuelo arrebuñado como una flor marchita tiene los ojos acuosos el rostro sudado y dice pero no había qué fumar sólo fumaban los zoruyos y dice al Marrota lo mataron porque le vieron prender un cigarrillo y dice otros hablan que alguien de los nuestros le mató y dice cuentas pendientes ya sabes tú piensas que de la guerra no sabes nada y que de la guerra nada quieres saber pero le dices a tu abuelo cuéntame más cosas de la guerra porque sabes que a la gente le gusta contar cosas de la*

guerra o de lo que sea el caso es contar algo para que no salga el aire del cuerpo únicamente por la nariz y él dice los catalanes hijo son unos bastardos y dice son lo peor que hay y dice cómo los odio y tú piensas por qué son los catalanes unos bastardos y dice los vascos también se las traen y dice los gallegos no tanto pero ya darán guerra algún día y tú piensas yo no conozco a ningún vasco y dices ya veo ya ni a ningún gallego y él dice sí hijo esa gente no habla con tus palabras no se les entiende lo que dicen porque algo traman y tú piensas... Se abren las puertas y salen y entran gentes varias. Una chica morena recaba tu atención por la incomparable manufactura de sus caderas. Se sienta delante de ti, pero no justo delante, sino dos asientos a mano derecha. La miras y la remiras hasta que hace ademán de volver la cara; entonces giras la cabeza y aguardas unos segundos. La miras de nuevo: labios oscuros, media melena áurea y milimétrica, abrigo ceniza, largo y entallado, botines mate. No puede soportarlo, no es que creas que follarte a una de esas niñas de calendario, de pasarela, de Dios, sea el mayor goce de un hombre (y en «hombre» incluyes a las mujeres), es que sabes que el sentido de la vida es conseguir una de esas féminas musicales y etéreas. Tú no ves nada mejor. Exacto: no ves. Por ejemplo, la chica que tienes justo delante de ti. No te ha atraído en ningún momento. Quizá su belleza interior sea como un Taj Mahal del alma, quizá su conversación sea balsámica, sus manos suaves como plumas al viento, sus sonrisas nutritivas, su voz un aria de Puccini. Quizá. Pero viste como si se camuflase: cazadora vaquera dos tallas superior a la adecuada, pantalones, también vaqueros, que nada ciñen, botas sucias y negras, cara al natural (acné, labios agrietados, grasa en la punta de la nariz), pelo recogido en imperfecto rodete, en fin, un asco, un bodrio, la vulgaridad: así de claro. Y vuelves a mirar a la belleza cereal, la ninfa suburbana y pública que se yergue elegante como una estatua griega. Ella es el canon, y ésta es el aborto; ella es el vellocino de oro, y ésta el bronceo felpudo... ¡Basta ya, gilipollas! Que eres un absoluto gilipollas. Estás más ciego que Max Estrella (mucho más, obviamente), más ciego que Tiresias (?) y que toda la jodida Organización Nacional de Ciegos (ONCE). ¿Has mirado bien a la chica que tienes delante? ¿Sabes quién es? En el libro de don Quijote de la Mancha, ese que tanto desprecias tú y la mayoría de los jóvenes, hay un personaje que encaja perfectamente en esta situación. ¿Sabes quién es? Exacto, Dulcinea del Toboso. La señorita Dulcinea del Toboso sólo era bella para don Quijote. Los demás, Sancho, por ejemplo, veían en ella una

rústica labradora. Todos vosotros sois los vástagos de Sancho Panza. Sois totalmente incapaces de ver a Dulcinea. Pero tú, a diferencia de los demás mentecatos, me tienes a mí para hacerte comprender eso de la belleza interior que dicen por la tele. (En realidad tú y yo nos pasamos todas estas gilipolleces por el escroto, porque no es una cuestión de belleza interior, sino de virginidad. Vas asumiendo que Lolita no es para ti y que, como alguna ha de serlo, sólo es cuestión de, directamente, no poner listón. Pero lo de hablar de belleza interior queda como más elegante, ¿no?) Mira de nuevo a la chica que tienes delante (a partir de ahora, Dulcinea). Sigue vistiendo igual, sigue con su misma y áspera piel, su cabello sigue opaco e informe. Pero mírale los ojos. Ya sabes que los ojos son de lo único de lo que te puedes fiar. Sus ojos son grandes y castaños, de pestañas cortas y mirar diáfano, sereno, transparente. Introdúctete en sus pupilas, no tengas miedo de que te mire, ella es más tímida que tú y apartará la vista, y se sentirá halagada. Métete en sus ojos. ¿Acaso no son bellos, truhán moderno y mentecato antiguo? ¿Acaso no te llaman como las sirenas a Ulises, como el faro de un puerto o la estrella polar? Qué zafio que me eres, leches. Lo diré de otra manera: a lo mejor esa chica que tienes delante es la chica de tu vida. ¿Qué te parece la idea? A lo mejor es la chica de tu vida y tú la vas a dejar escapar porque eres incapaz de ver. A lo mejor ella es la chica de tu vida y tú el machote de la suya y tenéis un largo y virginal noviazgo, un ebúrneo himeneo y un memorable coito nupcial. ¿Quién lo sabe? Nadie lo sabe, no hay destino, deberías ser capaz de hilvanar tu propia vida, dejar de mirar y comenzar a actuar, que ya tienes veintidós años, pero no la conciencia de tener veintidós años, y es hora de tomar un rumbo hacia alguna meta, da lo mismo cuál, el caso es tener una meta que le dé sentido a tu vida, y todas esas cosas. El metro se para en tu estación y tú te levantas. Estás deseando llegar a tu cueva, refugio, palio, y alejarte de tanto semáforo y de tanta gente. El tren se para y tú echas un último vistazo a la tía buena de la esquina y luego, no sabes por qué, echas un último anatema a la niña fea que tienes al lado, la Dulcinea que no ves. De repente, se te ocurre que odias tu cuarto, que en realidad detestas estar allí metido dando vueltas en la cama o dando vueltas por la pieza y vuelves a sentarte frente a Dulcinea. Has decidido seguir los consejos que se te dan, aunque sólo sea para comprobar que los consejos no valen para nada (esto es lo que tú piensas acerca de los consejos, porque te pasa que tienes que pensarlo todo mucho para luego decidirte por cualquier cosa, en el gozoso caso de que te decidas

por algo). Te preguntas si el resto de los seres humanos tienen también un incesante fluir de pensamientos o si, por el contrario, disfrutaban alguna vez del placer de no pensar nada (). Dulcinea te mira un segundo y vuelve a sus manos, sus tímidas, encogidas y requetencogidas manos, que reposan sobre un clasificador saro mod. 30 patentado (790 pesetas). Giras la cabeza hacia tu derecha con la intención de ver cómo evoluciona la belleza de La Bella y descubres con estupor que no está, que se ha ido, y, probablemente, en tu parada. Te lamentas. Lo más probable es que hubieras podido disfrutar de su culo en las escaleras mecánicas (visualmente, claro), e incluso durante diez o veinte metros en la superficie. Qué putada, has perdido para siempre a la diva y qué tienes: eso, nuestra querida Dulcinea del Toboso, la novia de España, doncella carpetovetónica, la cual dudas eternamente tenga algo interesante que ofrecer. Estás desconsolado, Sancho Panza vuelve por sus fueros, tú quieres una chica mona, no puedes negar la evidencia. Dulcinea se levanta (su culo es tan irregular que parece que lleve las manos por dentro del pantalón) y se pega a la puerta. La miras de arriba abajo aprovechando la coyuntura, pero es fuera de su cuerpo donde encuentras el diamante. (Sí, el diamante.) En el cristal de la puerta, hecho espejo por la negrura de los túneles, sus ojos refulgen, increíblemente puros, como un fantasma que se asoma al vagón, y su tez es pálida pero tersa, vaga pero divinamente vaga, como una pintura del Greco. Y, coño, que te asombras. No puedes creer que ese reflejo tenga por pareja este rostro. Es alucinante, cómo mienten los espejos; o cómo mienten los rostros. Volvemos al problema de las sombras y los objetos, a veces no sabes cuál pende de cuál, parece una cuestión estúpida, lo es ciertamente, pero es que, joder, a veces no sabes cuál pende de cuál y punto. El tren se detiene y te bajas tras ella. Camina alegre pero con basteza. De vez en cuando, la pierdes de vista. Gentes varias entran y salen de tu campo de visión como parpadeos. Sube en la escalera mecánica y deja que ésta la lleve. Deduces por ello que no tiene tanta prisa como su brío inicial te había dado a entender. Deduces también que no debe de ser muy buena deportista, porque sólo los presuntuosos siguen caminando sobre escaleras mecánicas. LA ENCINA QUE CONSERVA MÁS UN RAYO DE SOL QUE TODO UN MES DE PRIMAVERA NO SIENTE LO ESPONTÁNEO DE SU SOMBRA LA SENCILLEZ DEL CRECIMIENTO APENAS SÍ CONOCE EL TERRENO EN QUE HA BROTADO CLAUDIO RODRÍGUEZ. (Un Tour para el tipo que concibió la idea de los poemas.) El día os recibe lleno de

sol. La acera sigue mojada en algunas zonas. Paseantes, niños, coches y autobuses; escaparates, olor a pan, fragmentos de conversaciones ajenas, humo. Subes la calle tras ella y te sientes como esos patéticos señores de las películas de policías que, o pierden el objetivo, o pierden la vida a manos de dicho objetivo. Dulcinea se mira el reloj (mano izquierda) y a los dos pasos se detiene. Se abre la cazadora, mete la mano en un bolsillo interior y saca un paquete de Fortuna; toma un pitillo, guarda el paquete, tarda en sacar la mano, la saca sin nada, se tantea los bolsillos delanteros de la cazadora, muestra disgusto, se tantea los bolsillos del pantalón, exclama algo, mira a su alrededor, para a un señor, le dice algo, éste saca un mechero amarillo y lo enciende ante su cara, ella expulsa el humo y le dice algo, y le sonrío, y reanuda la marcha. Mira de nuevo el reloj (mano izquierda con el cigarrillo entre los dedos) y entra en un bar. Te paras. Puedes verla a través del escaparate. Se mueve dentro del local buscando a alguien. Alza un poco la mano izquierda (qué útil la mano izquierda), una chica sale a su encuentro de entre las mesas y le planta un beso en cada mejilla. Se sientan. Dulcinea pide algo al camarero. Hablan. Hablan. Hablan. Hablan. Y tú ahí mirando, como un *voyeur* de pésimo gusto. Podrías haber seguido a la otra, podrías..., bueno, será mejor dejarlo, no sirve de nada lamentarse (no sirve de nada lamentarse pero podrías haber seguido a la otra, pedazo de gilipollas). Bueno, aquí estás, mirando a dos feas que charlan, dos Dulcineas cotorras, aunque una más Dulcinea que la otra, que lleva más tiempo con el nombre. ¿Ahora qué vas a hacer? Podrías levantar la palma de la mano izquierda y así, a lo mejor, alguien te echaba unas monedas. Sería una manera de no perder tan miserablemente el tiempo. El tiempo es oro, ya lo dicen en algún sitio, en la tele probablemente, el tiempo es oro. Dulcinea escucha mientras la otra habla. Deduces que la otra es la típica parlanchina que usa a sus amigas como estercolero de sus historias. Y también deduces que nuestra querida Dulcinea es la típica buenaza que nunca mandará a su amiga a la mierda, porque sabe lo que es la amistad. (Aplausos.) Bueno, pero aparte de eso, ¿qué tenemos? Pues nada, un cuerpo irrisorio, aliento tabacalero y carpeta vulgar. Anda mi madre, ahora resulta que la colega se nos pone a llorar, y ahí tienes a Dulcinea con la mano izquierda en su hombro y sus labios moviéndose pausada y misericordialmente. Hipótesis: primera y clásica: a la otra la ha dejado su novio y ha quedado con Dulcinea para contárselo; número dos: ha suspendido por décima vez el examen de conducir; número tres: está preñada; número cuatro: es el berrinche

autocompasivo nuestro de todos los meses; número cinco: problemas paternofiliales; número seis: resulta que es lesbiana y le ha confesado a Dulcinea su desbocado amor, poniéndose a llorar a continuación; número siete: ha discutido con otra amiga; número ocho: han retrasado un mes la emisión de los nuevos capítulos de *Beverly Hills 90210*; número nueve: se han acabado las rebajas; número diez: su padre se ha ido de casa con una joven profesora de serbocroata porque su esposa no era capaz de comentar con él (post coitum) las páginas pares de *El ser y la nada*; número once: no le ha tocado el cupón de los ciegos; número doce: no hay uvas para fin de año; número trece: se considera destinada a la desdicha; número catorce: Humphrey Bogart se murió el día de su cumpleaños; número quince... Parece que el llanto remite y Laotra pasa a la fase de perdona que te lllore vaya espectáculo que he dado yo normalmente ya sabes que soy muy fuerte pero es que esto ha podido conmigo gracias eres muy buena amiga si algún día tienes algún problema no lo dudes y llámame que yo estaré allí para ayudarte. (Aplausos). Y hablan, hablan, hablan, hablan, hablan, hablan. Y tú empiezas a mirar para todos los lados. Nunca habías estado por aquí, aunque no queda lejos de tu casa. De todos modos, tampoco importa mucho: no hay nada que ver distinto de lo que se ve en tu calle, o en cualquier calle. La Gran Cacharrería dicen que es muy grande, pero qué más dará que sea grande si es todo más o menos igual. Miras a los transeúntes. Un joven moreno, coleta, gafas de Lennon, poncho de Chavela, botas Panama Jack. Una señora reciénpeinada, cincuentona, kilos, sonrisa de carmín caducado, bisutería. Un negro alto, delgado, bolsa noélica no roja (probablemente tampoco está llena de regalos), zapatillas marrones, ropa sucia. Una niña de la mano de su madre, chupando una piruleta, rubita, ojos azules, te mira, la madre está bastante buena, no te mira, falda granate, cola de caballo, unos treinta. Una colilla de tabaco rubio, encendida, rodando, se para, humea, alguien la pisa, ceniza, la patean, ya no la ves. Opel Vectra índigo. Seat Toledo azul cantábrico. No sabes. Coño: Porsche Carrera necesariamente rojo. Lancia Delta blanco. Seat Ibiza blanco. Cielo azul, nubes exangües, restos del reactor de un avión. Calvo con corbata, treinta y tantos ...*en Miquel en Miquel*... camisa azul, gafas plateadas, abre la puerta, está dentro, pide, café con leche, sacude el sobrecito, rasga y vierte, Dulcinea sale, disimulas, Laotra sale tras ella, te levantas, las sigues, Laotra tiene mejor culo que Dulcinea, Laotra no es Dulcinea, a lo mejor ni siquiera Dulcinea es Dulcinea. Llegáis al metro y resulta que Laotra no entra,



besitos y hasta otro día. Te alegras de que por fin os hayan dejado solos, aunque no te da muy buena espina que Dulcinea se meta de nuevo en el metro. La sigues más de cerca que antes, a unos cinco metros, porque lleváis juntos una cantidad de tiempo respetable y has ido cogiendo confianza. Dulcinea se agacha y toma algo del suelo, un guante o un pañuelo, y acelera, y corre hacia alguien, agitando la prenda. Ese alguien (chico moreno, feúcho) se vuelve, mira el guante (es seguro), sonrío y lo coge. Se separan con un leve gesto de despedida. El tren entra en la estación. Se abren las puertas, sale gente, entra ella, entras tú, entra gente. Suena el silbato. Se cierran las puertas. Has de tener cuidado de que no te vea. Si te ve, te reconocerá. Y puede que te pregunte si la estás siguiendo. Sería lo mejor. Si hemos de esperar a que tú hagas algo, nos perderemos la boda del príncipe Felipe. Dulcinea está sentada (tú de pie) y no hace sino mirarse las manos, que no lucen anillo alguno ni tienen las uñas pintadas. Son unas manos menudas, de dedos ligeramente alabeados y uñas cortas. A veces levanta la vista para mirarse en el espejo (llamémoslo ya así) y arreglarse un poco el flequillo. No es fea de cara. Tiene un rostro agradable. (No, ahora resultará ser miss Mundo.) Además, no va maquillada. Esto te gusta, lo que ves es lo que hay, sin camuflajes. Se ha dejado abierta la cazadora y puedes ver sus tímidos senos bajo el jersey naranja pastel de cuello redondo. (Horrible, por cierto, como todo color apastelado.) Lleva algo al cuello. Sólo ves la cadena, plata, que avanza al encuentro de sí misma desde el cuello y termina uniéndose bajo el jersesito, entre los senos. Probablemente lleve una cruz, o la estampita de la Virgen María. O, por el contrario, algo tan mundano como su nombre. Eso: ¿cómo se llamará la pava ésta? (¿Y cómo te llamas tú?) Los primeros nombres que se te ocurren coinciden indefectiblemente con los de la tradición cristiana: Ana, María, Marta, Magdalena, Asunción, Ascensión, Crucifixión o Circuncisión. Luego pasas a nombres más agradables. Vanessa es un buen nombre: es un buen nombre para La Bella, no para Dulcinea. Dulcinea se llama María, seguro, Vanessa de ningún modo, son demasiadas curvas en el nombre para quien no las tiene en el cuerpo. Abre su carpeta azul y saca una revista de cine. (Bueno, vale, no es un libro, pero al menos son letras.) El chico que tiene al lado (gordo, gafas, bozo, aspirante a *serial killer*), lee por encima de su hombro. A lo mejor le está mirando las tetas. O a lo mejor ese gordo de ahí no existe, está sólo en tu mente, eres tú con unos kilos de más, una proyección de tus deseos. A veces ves gente que no existe; o que, si existe,

no está presente. Estás loco. El gordo sigue ahí, ya no mira a Dulcinea (posiblemente María), sino que mira a un negrito muy salado que incordia a su madre, una mujer enorme, toda ensortijada, con un bolso de cuero negro sobre el regazo. El negrito tiene los dientes blancos y separados, la mirada chispeante, los carrillos de trompetista, y señala al techo con un índice breve y dinámico, como una mariposa negra. Miras el techo y no encuentras nada. Pero el pequeño Armstrong sigue indicando la cosa a su madre, hasta que ésta se cansa, le sujeta la mano y le dice, no, hijo, aquí no puede entrar tu dragón. Por momentos crees que todo el pasaje está mirando al niño. Le miras tú, le mira el gordo (o sea, tú), y le mira Dulcinea, con una sonrisa de madre en los labios (la mujer es madre siempre), con las pupilas iridiscentes y un alfanje de cabellos cruzándole la frente; ella lo aparta con parsimonia, sin dejar de observar al niño negro, amplía su sonrisa y vuelve a la revista. Estás impresionado. Empiezas a pensar que es posible enamorarse de todo el mundo sólo con observarle el tiempo preciso. Todo el mundo es bueno, sólo hay que darles tiempo. Algunos necesitan mucho, es cierto, y ya se sabe que el tiempo es oro y que el oro/tiempo no se puede dilapidar en otra cosa que fútbol y famosos (o en famosos futbolistas, para abreviar más todavía). Y, te repito, ésa puede ser la mujer de tu vida (concepto que, por otra parte, tampoco está muy claro: ¿qué es, qué significa la mujer de tu vida? ¿Existe una mujer para cada vida, para cada hombre, o esa mujer no es sino la mujer-puzzle que se va formando con todas las mujeres de una vida?). No puedes seguir mirándola con tanto descaro. Será mejor parapetarse tras uno de esos libros de bolsillo que llevas en la mochila. Abres la cremallera lo suficiente para introducir la mano y sacas el primer libro que pillas. «Cuando has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos. Desde el principio no hubo otra cosa que el caos...» Joder, ¿por qué no lees otra cosa? Dulcinea se ha mirado el reloj, no parece tener prisa, se lo ha mirado casi mecánicamente, como si fuera algo que tiene que hacer por fuerza, día a día, igual que respirar, latir y demás funciones vitales. Han pasado ya tres estaciones y te agrada la sensación de incertidumbre que acompaña a esto que estás haciendo. Nunca habías seguido a nadie, y ganas no te faltaron. Hay tanta gente en el mundo que no sabes por qué has de conformarte con la que se cruza en tu camino. Quizá ésa, justamente esa que coincide en un espacio y un tiempo contigo, es la menos indicada para hacerte compañía. En el mundo tiene que haber mucha gente como tú, miríadas de solitarios, pero

como su peculiaridad es estar solos, resulta complicado conocerlos. Ya se fue el gordo lecteriano que Dulcinea tenía a su derecha. Ahora el asiento está libre. Podrías ocuparlo. Sí, podrías ocuparlo en este preciso instante, mirarla a los ojos y decirle, hola, te estoy siguiendo, ¿te apetece un café?, ¿cómo te llamas?, ¿te quieres casar conmigo? Pero ¿qué es mejor, la vista o el tacto? Para los occidentales, la vista y el oído son los sentidos predilectos. Los árabes (creo que son los árabes, no me hagas mucho caso) prefieren el olfato y el tacto; y hay que admitir que en esto tienen razón los árabes. Si ocupas el asiento libre, tu muslo izquierdo tocará su muslo derecho y tu codo izquierdo su codo derecho. Y podrás olerla. Aunque no te lo creas, sabrías más (en cierto sentido) de Dulcinea si pudieras olerla que mirándola. Es cuestión de vibraciones, de aura (la tele lo llama de varias maneras). Tú eres totalmente escéptico, no crees en la magia, en lo mágico, por eso no te levantas y te pones a su lado y le pides que se case contigo. Sí, has decidido ir a lo seguro, nada de noviazgo, no quieres salir con ella, quieres casarte con ella, algunas chicas tienen cara de salir con ellas y otras de casarse con ellas, tú quieres tener un papel que diga que es tu esposa, un papel al que rezar todas las noches por solidificar el peregrino, volátil, huidizo y frágil líquido del amor. Tú no sabes mucho de amor, sabes menos de amor que Forrest Gump, pero tienes claro lo que es el matrimonio, conoces su función y es justamente lo que todos critican de él lo que a ti te gusta: ese atar, unir, pegar, dificultar la separación. Eres así de tradicional, te ha llevado tiempo darte cuenta, querías ser como Blanqui o Rimbaud, un *outsider*, radical, iconoclasta (en ciertas cosas lo eres), pero la vida es breve y el amor es más breve todavía, así que hay que mentir, descaradamente. Otro hombre impolutamente trajeado. Mira, en eso no eres tradicional. Si hay un envoltorio que nunca usarás, es el traje, sobre todo por la corbata, ese pene sedeño y planchado, sogá al cuello, precinto de garantía, marbete de clase, pedazo inservible de tela con forma de espada. El tipo que cuelga de la corbata es guapo, mucho, excesivamente. Es moreno, raya a la izquierda, pelo corto, afeitado perfecto, mirar oscuro, mandíbula de transatlántico. Seguro que es agente de seguros o banquero. Banquero, según tu abuela, son todas aquellas personas que trabajan en un banco, que si a lo mejor no ganan mucho dinero, por lo menos lo ven. A tu abuela le hubiera gustado, le gustaría, que llegaras a ser banquero; pero debe de ser tan aburrido. ¿Aburrido?, pues dime un trabajo que no lo sea. El trabajo es de por sí aburrido, y es aburrido porque es rutina, y es rutina porque, si no,

no podría vertebrar la vida del hombre, y, si no vertebrase la vida del hombre, no sería trabajo, pues ésa es su función. Dulcinea se levanta. Tú haces lo mismo con rapidez, como un reflejo. Ella te mira, desvías la mirada y sientes que toda la sangre se te concentra en la cara. Te has puesto de pie demasiado pronto, eres un pésimo espía, vas a acabar muerto antes del capítulo final. Ya no te está mirando, ha sido una falsa alarma, has tenido suerte por esta vez. El tren disminuye su velocidad, arriba a la estación, que está al aire libre, y se detiene bruscamente. Baja y bajas. Hay mucha gente. Estás en el sur de la Gran Cacharrería. Lo notas, lo hueles; esas cosas siempre se huelen. Hay mucho pantalón vaquero arrugado y sucio, mucha niña procaz, mucho negro con bolsa noélica, mucho joven de pelo largo con la mirada pasada de fecha. Y hay mucho sudor, en vivo o en la memoria, mucho madrugar y afeitarse a la deriva, o peinarse a la deriva, antes de salir a la mañana (puta) a construir el día. El cielo va rompiendo del gris al azul. Hay mucho cielo en esta parte de la ciudad. Las construcciones no se tienen muy en cuenta las unas a las otras y surge aquí un solar y allí un multicine y acá una laguna de asfalto y acullá un bloque de viviendas. Dulcinea se encamina hacia El Toboso (quiere decirse que, probablemente, va a su casa). Cruzáis el paso de peatones y te fijas en que también ella pisa sólo los tramos blancos. Buena señal. Avanzáis a lo largo de un muro que habla de insumisión y otras historias. Ella se detiene un momento y enciende un cigarrillo. No sabes de dónde ha sacado el mechero. Reanuda la marcha y te acuerdas del cuento aquel de las migas de pan en el bosque, sí, ese de los niños (¿cómo se llamaban?) que iban dejando migas de pan para no perderse; y te viene esto a la memoria porque puedes oler la senda de humo afortunado que Dulcinea va sembrando a su paso. Empiezan a llegar esquinas, primero dobla a la derecha, luego, cincuenta metros más adelante, dobla otra vez a la derecha. Habéis llegado a un entramado de calles que son todas iguales. Mires donde mires, no hay sino bloques de seis o siete pisos sin ningún tipo de concesión a la estética, pura funcionalidad de contraventanas, toldos verdes y raídos, ropa tendida, antenas en el tejado y la bombona en el balcón. Dulcinea cruza el portal de uno de estos bloques y tú decides permanecer un rato fuera. A lo mejor hay un ascensor nada más entrar. Te toparías con ella y no sabrías qué hacer. Puedes ir memorizando la dirección, es el bloque número cuatro, ¿y la calle?, no ves la plaquita por ningún lado, sería cojonudo que se llamara calle Cervantes o algo por el estilo, y tampoco sería muy extraño, a esta

ciudad los escritores sólo le sirven para ponerles nombre a las calles, igual que los políticos del siglo XIX sólo sirven para bautizar estaciones de metro. Decides entrar en El Toboso. No hay nadie en el portal. Subes un tramo de escaleras, tomas un pasillo a la derecha y el corazón se te hace escarcha. Ahí está, fumando de espaldas a ti. La miras unos segundos y te ocultas detrás de unas enormes plantas de plástico. Estás literalmente acojonado. Ya sí que no sabes qué demonios estás haciendo. Tú, aquí, agazapado, nervioso, y ella esperando el ascensor tan tranquila. Es ridículo. Si viniera alguien por ese pasillo, te daría un infarto: no..., yo..., nada..., estaba mirando el pulgón de esta planta. Deberías salir de aquí. Oyes el ruido del ascensor descendiendo. Cuando te asomas, las puertas se están cerrando. Ella no está. Podemos decir que la has perdido, podemos decir que no eres Philip Marlowe, podemos decir tantas cosas que no vamos a decir ninguna. El edificio tiene siete pisos, y en cada piso habrá cuatro o cinco domicilios. La colmena, o sea. No sabes qué hacer. Ya que has venido hasta aquí, podrías al menos conocer con exactitud la dirección de Dulcinea. Vuelves sobre tus pasos y te detienes en los buzones, tres filas de cajas blancas que cuelgan de la pared como una pajarera. Empiezas a leer nombres: Honorio de la Iglesia Pérez, Eulalia Rojas Rojas, Enrique de la Iglesia Rojas, Manuel de la Iglesia Rojas; Luciano Gómez Martín, Felisa Serrano Manrique, Julia Gómez Serrano; Pedro Rubio de Lucas, Josefa López Quiroga, Luis Rubio López; Juan José de Miguel Frutos, María Santos Cuéllar, Pedro de Miguel Santos, María de Miguel Santos; Rubén Muñoz Maestro, Mónica Marugán Sanz; Conrado García del Vado, Ana María Martínez Fernández, Iván García Martínez, Luis García Martínez, Rosa García Martínez; Santiago Vara Merino, Lucía Pedrosa Mínguez, Álvaro Vara Pedrosa; Daniel Jiménez Segado, Leonor Molina Díez, Carmelo Jiménez Molina; Juan Antonio Hernangómez Ayuso, Patricia Blázquez Mansilla, Alberto Hernangómez Blázquez; Silvia Santiago Creus, Sonia Fornieles Sánchez; Anastasio de la Morena Rubio, Pilar Martínez Ruiz, Borja de la Morena Martínez; Javier Zarzuela Gutiérrez, José Rascón Olmos; Mario Asensio Bota, María Garrido Boadilla, Teresa Asensio Garrido; Miguel Ángel Duarte Pino, Mónica Barragán Isla, Pascual Duarte Barragán, Itziar Duarte Barragán; Iván Turnes Gómez, María Cortés Arroyo, María Turnes Cortés; Pablo Useros Martín; Rebeca de Frutos Muñoz; Enrique Goitia Herrero, Yolanda San Juan Llorente, Enrique Goitia San Juan; Héctor González Castro, Natalia González Castro; Carlos

Ballesteros Bollaín, Rosa López del Río... Estás mareado. Te sientes como una guía telefónica o como uno de esos imbéciles que se aprenden guías telefónicas para ir a los concursos de la tele. Todavía te quedan bastantes. ¿Por qué lo haces? ¿Quizá crees que su nombre estará escrito con letras de oro, con trazo gótico, con una marca especial que te haga saber que es el suyo? Nombres, hay algo ridículo en esto de poner tu nombre en un buzón. No sabes por qué, pero, después de leer todos estos antropónimos, te queda en el alma una sensación que sólo aciertas a calificar de ridícula: un sentirse anónimo teniendo nombre, anonimato nominado, anomia bautizada..., qué disparate. El ascensor está bajando. Oyes su ronroneo de poleas revisadas periódicamente. Tienes un presentimiento y, antes de comprobar su certeza, te encaminas con premura hacia la calle. La mañana sigue deshaciéndose con lentitud. Señoras con permanente y carrito pululan por las esquinas. Hay un olor a naranjas recién compradas, a pan recién hecho, un olor, en fin, a toda la recencia de las primeras horas del día, esas horas tan desesperantes para alguien como tú, que no tiene muy claro el motivo por el que se ha levantado de la cama. Te escondes detrás de un Fiat Tipo marrón, un poco tomado por el polvo, LÁVALO GUARRO, y no apartas los ojos del portal de El Toboso. Ahora sale Dulcinea con otras vestes: falda cámel de abotonadura frontal, chaqueta a juego y bolso mínimo de color incierto; y otras maneras: andar decidido, fumar displicente, sutil maquillaje. Y todo esto, ¿por qué? Puedes imaginar varias hipótesis, pero no te da la gana. La cuestión es decidir si te gusta más Dulcinea o Dulcinea reconstruida. Hombre, más guapa sí que está, contraviene los principios básicos que tú mismo has creado, pero tampoco puedes exigir a nadie que sea austero sin interrupción. Vas tras ella, que ya baja la calle taconeando el asfalto con parecida torpeza a como la subió (hay cosas que no se pueden maquillar). No se dirige al metro. Ha tomado una calle a la izquierda. Cuando doblas la esquina, no la ves. Un chico en un portal, dos señoras en otro, un coche que sale de un garaje..., no la ves. ¿Dónde se habrá metido? Escuchas el lastimoso sonido de un coche que no acaba de arrancar. Proviene del final de la calle. Te diriges hacia allí. A los pocos pasos, ya puedes ver a Dulcinea. Está dentro de un Renault Cinco ceniza que aplaza ponerse en marcha. Ésta es tu oportunidad. No tienes ni repajolera idea de lo que se oculta bajo un capó, pero eso no debe impedir que te acerques a ella y le ofrezcas tu ayuda. Hola, ¿puedo ayudarte? Hola, ¿quieres que te ayude? Hola, ¿te importa que pruebe yo? El Renault Cinco alcanza por fin el

orgasmo y Dulcinea, visiblemente crispada, mete primera y sale con violencia del aparcamiento. Ni siquiera te ha visto. Se aleja para siempre. Te quedas mirando al suelo. Suspiras. Alzas los ojos y visualizas de nuevo la trayectoria del coche desde donde tú estás hasta la esquina que lo engulló. Y piensas: mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda... *aloja una bala en tu cerebro como una semilla de la muerte y que te crezca por dentro el árbol negro del adiós aloja una bala en tu corazón como un marcapasos del último segundo y permite que la enredadera de la agonía se desenvuelva en tu carne y te amortaje desde dentro para no seguir aquí para no seguir en esta ciudad que no es tu ciudad en este mundo que no es tu mundo que gira en sentido contrario al sentido en que tú giras y termina pronto de devorarte a ti mismo deja de andar y consume la parte de alma que todavía te mantiene en pie no ves que nada hay que hacer por aquí una bala un cuchillo un veneno la soga que serena y letalmente te balancea la sangre que corre por fuera y deja de correr por dentro no pienses en los demás no calibres el efecto que producirás en ellos nunca pensaron en ti sé egoísta por única y última vez ten valor...* Te quitas la mochila y la dejas caer a tus pies. Toses un poco. Te miras la punta de los zapatos. Metes las manos en los bolsillos y cierras los ojos durante diez segundos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Ya sabes lo que vas a hacer. Vas a irte a casa, vas a coger dinero para el autobús y te vas a ir a tu tierra. No aguantas más aquí. El campo te llama, o, mejor dicho, eres tú el que llama al campo, lo necesitas, la Gran Cacharrería no es para ti, las niñas monas no son para ti, ni siquiera Dulcinea es para ti. Y de volver a la universidad ni hablar. ¿Con qué cara te mirarán todos esos gilipollas si apareces por clase? Es más: a lo mejor hasta te expulsan o te imponen algún tipo de castigo. Lo cierto es que eso le haría un favor a tu expediente, pues nada hay tan patético como un expediente blanco, neutro, sumiso y mediocre. Te pones la mochila y caminas hacia el metro. No sabes con exactitud qué calles tomar. Hay más gente que antes. Te bajas de la acera porque unos gitanos están descargando cartones un poco más adelante. La calle vive en el caos. Hay coches por todas partes, sobre las aceras, yendo, viniendo, y también hay gente por todos los sitios, caminando en círculos (a ti te lo parece), envueltos en un rutinario ajeteo de mediodía amarillo. Ves, tras un escaparate, una variada colección de bollos y decides comprarte uno. QUÉ QUERÍA. Señalas una palmera. La chica, Dulcinea en el molino, la coge con unas pinzas

plateadas, la introduce en una bolsa de plástico blanca y te la da. CIEN PESETAS POR FAVOR. Te metes la mano en el bolsillo, sacas una rubia y la depositas sobre la palma de su mano derecha. GRACIAS. Sales a la calle mordiendo el bollo y te tropiezas con una vieja. Te mira indignada y tú le das otro bocado a la palmera y te la quedas mirando mientras masticas. Se va. Miras de nuevo el escaparate de la tienda, pero no para ver los bollos, sino para ver a la panadera que, vale, también a su manera es un bollo (cursi). Al pagar has tocado su piel con la punta de los dedos índice y anular. Es lo más tierno que te ha pasado en todo el día. Lo de Dulcinea ha sido sólo sueño, pura elucubración; esto ha sido físico, sucintamente físico, pero real. La panadera te mira, apartas los ojos y le metes un mordisco inmenso a la palmera de chocolate, que es como el corazón, vicario, de la panadera. Te marchas. A lo lejos divisas el rombo rojo de la boca del metro. Terminas la palmera. Te pasas la lengua por todos los dientes y acusas un dolor agudo en tu colmillo derecho. Te acuerdas de que tienes la dentadura medieval y de que no deberías comer tanto dulce. Y piensas: todo exceso es un sustitutivo del sexo. Y piensas: creo que esto ya lo ha dicho alguien, el monstruo de las galletas, quizá. Bajas las escaleras del metro. Un negro inmenso, cazadora vaquera, botas de baloncesto, sonrisa de azúcar, te mira con un cartón de Camel en la mano derecha. Entrás por la puerta que dice salida y un joven de pelo largo y lacio, ojos colorados, saltones, y barba de tres días se te acerca, OYE TÍO QUÉ TAL PODRÍAS DARME ALGO, y tú sacas una moneda del bolsillo y se la pones en la mano. No le miras a la cara, pero oyes cómo te dice gracias. Sacas el billete, lo introduces en la ranura y te clavás la argentina barra en el muslo. Te cagas en lo más alto. Miras las muescas del billete. Sí que ha marcado. Durante una centésima de segundo, piensas en ir a la taquilla a reclamar. Luego te acuerdas de quién eres, de cómo eres, y vuelves a meter el billete en la ranura. Empujas la barra con suavidad. Cede, está cediendo, cedió. Te quedan seis viajes. Necesitas uno para ir a la estación de autobuses. Los demás se quedarán latentes en el cartoncito blanco, inservibles para siempre. Subes las escaleras. Buscas los versos de la estación. No los encuentras. En el sur no hay poemas. Miras el plano del metro. Escoges el camino más lógico y te sitúas en el andén. Una pareja se mete mano alegremente y tú te sientes ofendido moralmente porque en realidad les envidias sexualmente. Deseas una piba (¿piba?) más que una nueva película de Woody Allen, y eso que adoras a Woody. Tu vida sexual es tan interesante como el pomo de una



puerta. Ella lleva minifalda de cuero rojo, medias negras, bolso cuco verde: parece la puta del arco iris. Quizá lo sea. Miras el cronómetro. Dos minutos treinta segundos. Miras el barrio. Reafirmas tus denuestos urbanísticos. Miras a la pareja. Reafirmas tus denuestos morales. Miras el reloj: dos minutos cuarenta segundos. Miras la vía, eterna hacia la nada. Miras la punta sucia de tus zapatos. Frotas con la suela derecha el barro de la punta izquierda. Lo dejas peor. Tres minutos. Llega el tren, se para, puertas abiertas, pitidos, puertas cerradas, movimiento. Te has sentado con la mochila puesta. Delante de ti hay un señor con traje y bigote, calva, gafas, un lunar sobre la mejilla izquierda. Te mira, corres la mirada, el espejo te devuelve tu propia imagen, camisa de leñador blanca y roja, barba de exactamente trece días, gafas de cristales oblongos, incipiente alopecia, guedejas negras ... *Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip tu abuela viste de negro tu madre viste de negro el sol brilla el sacerdote níveo el ataúd castaño Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 tu abuela echa sombra sobre el féretro su sombra está también de luto Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 miras a tu abuela miras la sombra de tu abuela rip él está serio serio muy serio y piensas hijo de puta y piensas hijo de puta y piensas Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip rip requiescat in pace in pace requiescat él serio tía Marta no está su marido dijo no puede venir está muy afectada hija de puta también todos hijos de puta Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip rip rip Pantaleón estruja la boina entre las manos negra el sol brilla el cura blanco dice cosas que no entiendes desciende el ataúd Braulio estruja la boina negra sombra de tu abuela tu madre de luto él serio hijo de puta todos sobre todo el muerto tierra por puñados puñados de tierra Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip puñado de ella de ella de él de él de ellas de ti de tu mano de tu palma sale la tierra castellana que golpea la madera castellana y sepulta al hombre castellano Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip tu abuela gime tu madre pálida él serio ellas cuchichean él serio también y estás llorando llorando lágrimas lentas y frías como la mañana frías y lentas llorando estás llorando sin cesar de llorar y llorar y no sabes ni puedes imaginar un solo motivo por el que llorar a este viejo Simón Tejedor Manrique 16 de tu abuela dice qué vas a hacer y tú dices seguir estudiando y ella dice no tenemos dinero y tú dices el Estado abuela*

*el Estado y ella dice mejor sería trabajar y tú dices quiero seguir estudiando y ella dice el Estado no estará ahí siempre y tú dices el Estado está aquí ahora y ella dice creo que pierdes el tiempo y tú piensas claro que pierdo el tiempo y dices estudiar es necesario y ella dice creo que no te va a servir de nada es vivir del Estado y tú piensas que se joda el Estado y dices no abuela no y ella dice dónde vas a vivir y tú dices ya me las apañaré y ella dice eso dijo tu madre se fue a su aire y y se calla y mira para el suelo y se pellizca la falda y dice no es una buena idea y tú dices te lo repito abuela es necesario estudiar y ella dice en el pueblo hay trabajo y tú piensas en el pueblo hay mierda y dices si hay trabajo hoy habrá trabajo mañana y ella dice a lo mejor yo no estoy aquí mañana y tú piensas a lo mejor soy yo el que no está aquí mañana y dices no digas eso abuela cómo no vas a estar... Todo son puñales, puñales afilados, afiladísimos. Son puñales los recuerdos y son puñales los sueños; y los despertares, el café, estos momentos, son también puñales. ¿A qué se debe este andar sin dejar rastro? Caminas siempre hacia adelante, caminas en la misma dirección veintidós años y, cuando quieres contemplar la distancia recorrida, cuando quieres identificarte con el camino, descubres que el tal camino no existe, que estás en el punto cero, en el núcleo de la rosa de los vientos, y que tomes el camino que tomes, no te mueves del sitio. Es un desierto, un mar, un cielo, una hoja en blanco; y tú eres el peregrino parado, Caronte sin remo, ave áptera, estilográfica sin tinta. Eres el cero, más aún, eres esa parte del cero que carece de marca, de trazado; eres el interior de un cero, una cosa hecha en negativo, por límites, contraposiciones, reflejos y sombras. Pero ¿de qué estás hablando? Es más, ¿por qué te dices esto a ti mismo cuando es a los demás a los que tienes que decírselo? ¿Para cuándo estás reservando en tu cabeza, sufrido odre, este acíbar/negrura/ponzoña que destila tu soledad? Abre la boca y deja que salga el ave oscura de tu miedo, no importa que asole la mente de alguien, no importa que te tomen por loco y te encierren, lo único que importa es no estar solo ante ella, no tener el enemigo dentro. Pero tú persistes en tu doble error (y ya sabes lo que hace la sociedad/Clint Easwood con aquellos que cometen dos errores): primero, pensar, y segundo, pensar lo que piensas. Si quieres un consejo de alguien que te conoce muy bien, te diré que lo mejor es no pensar, o sea:, todo el rato. Pensar es malo para la salud. No discernir permite que la brisa ore tus neuronas, y eso es cojonudo. Dirías: yo soy bueno, tú eres bueno, todos somos buenos, y estarías integrado en el rebaño de ángeles, la piara de*

querubines, la manada de sonrisas... Cada generación escupe sobre la sombra de la generación anterior. Cada hornada de humanos olvida los fetiches de sus progenitores, o lo que es peor, los mete en un museo. Tu abuela no vive el presente porque el presente ha retirado del curso legal las monedas con las que ella compró sus primeras chucherías y ha retirado también la música que ella bailó, sus héroes, sus atuendos, su lenguaje, sus prejuicios. Ahora hay prejuicios nuevos, vocablos nuevos, ropa nueva. No hemos avanzado nada, sólo hemos cambiado jodiendo a los predecesores. Tu abuela mira hacia el mundo y no lo reconoce. Han rebautizado las calles, han remodelado la iglesia, la tele es en colores, ya no hay teatro en la plaza del pueblo. Su vida se reduce al recuerdo, y su memoria se va deshojando de recuerdos por la vejez y la falta de objetos donde asirse. Y así llega la muerte, triunfal sobre el desnudo de la memoria, sobre la inconsciencia de vivir, la náusea, y la incapacidad del hombre para vivir sin borrar la senda del que vivió ...*tu madre dice era mi vida y tu abuela dice sí hija pero él era tu padre y ella dice un padre no deja a su hija irse de casa y tu abuela dice no es hora de remover las cosas y tu madre dice él nunca me quiso nunca quiso a nadie y ella dice no es hora de remover las cosas tú despegas la oreja de la puerta y sales a la noche a soñar otra vida en Miquel en Miquel nunca quiso a nadie soledad de Simón Tejedor Manrique requiescat in pace paz paz paz nunca se haya se busca no sabes lo que andas buscando en las entrañas rurales de la noche estrellada de luna absoluta hacía sol brillaba el sol el sol refulgía sobre la miseria y refulgirá sobre la dicha porque al sol le dan del todo lo mismo los seres que bajo sus rayos reptan rip en Miquel en Miquel tu madre dijo Barcelona quiero ir a Barcelona padre y él dijo no y ella sí y él en el pueblo hay trabajo y no quiero que le limpies los suelos a un catalán y no te lo contó la abuela te lo dijo la abuela a lo mejor es verdad a lo mejor es mentira a lo mejor el sol brillaba en el entierro y la luna brilla en tu llanto por la madre que tienes y el abuelo que tuviste y el padre que no tienes y la abuela que no tendrás y ella te dijo dice tu madre fue a Barcelona a servir y dice se escapó y tú preguntas quién es ese en Miquel y ella dice tú cómo sabes ese nombre y tú piensas yo sé muchas más cosas de las que aparento saber y dices lo oí y ella dice dónde y tú piensas en la cómoda de mamá hay cartas muchas cartas y dices no me acuerdo muchas cartas y en una de ellas un poema que no comprendiste firmado en Miquel y dices sigo sin acordarme y dices quién es en Miquel y ella dice no es hora de remover las cosas... Tu estación. Las puertas se abren. Sales.*

Deseas volver a tu sótano, a tu pecera, a tu cama. Caminas mirando al suelo. No hay mucha gente a tu lado. La puerta que dice salida se abre sola y tú bendices el milagro aprovechándolo. Pero no hay milagro: un negro de pelo crespo, mirada de pan, sonrisa blanca, sujeta la puerta con la mano derecha y mantiene la izquierda mendicante. Te registras los bolsillos y encuentras una moneda de veinticinco pesetas y cuatro duros. Se lo entregas y sigues tu camino. En la calle vive el bullicio de la primera cerveza del día. El viejo de la bolsa de plástico no está. No te preocupes, mañana vuelve. Él no es como tú, es como el abuelo, un tipo duro; y seguro que también piensa, como él, que los jóvenes de ahora sois una mierda y que deberíais estar todos colgados por blandos y quejicas y maricones. Los hombres de antes eran más duros, esto también lo dice tu abuelo, aguantaban cualquier cosa que se les echase encima, nunca iban al médico, era el médico el que tenía que perseguirlos, sanarlos a la fuerza. Tú eres pueblo espurio, vergüenza para tu abuelo, el hombre de granito, que trató de hacerte pétreo a ti también, que lo intentó, Dios sabe que lo intentó, pero contigo no había ninguna posibilidad desde el principio. Tu vida consiste en dejarte vivir. Huyes del conflicto, huyes del futuro, acoges como puedes las puñaladas del pasado y sobrevuelas la realidad asido a tus libros alados. Tu capacidad para perder el tiempo es infinita. Te pasas las horas perdiendo minutos. Lamentas cada segundo que arde en vano, pero sabes, grandísimo bellaco, que en realidad te sobran horas para sufrir. No te importa que los días caigan imparablemente; lo que te jode es que caigan sobre tus espaldas, convirtiéndose en lastre adicional, nueva brecha, la peor en verdad, pues el tiempo cura todas las heridas salvo la que el propio tiempo produce. No pienses que por llegar a tu pecera el día se va a arreglar. Tú eres el peor enemigo de ti mismo. No hay nadie en esta calle, tu calle, que te odie tanto como te odias tú. ¿No te das cuenta de que tú sabes mucho más de lo que ellos te dicen, te gritan, te aseguran que sabes? ¿No ves cómo te engañan, cómo ante ti mismo adulteran lo que tú eres? ¿No comprendes que debes ponerte en pie alguna vez en la vida, aunque sólo sea una, y decir tu nombre, afirmarte como eres, distinto, otro? No, no comprendes nada. Me doy pena en ti. Te das pena en mí. La cabeza ya retumba, te acuchillan punzones y avispas, quieres saltar en pedazos, quebrarte, sacar de ti eso que tanto odias y que no es otra cosa que tú mismo. Estás loco. Nadie se pasa toda una mañana pensando estas cosas. Nadie se pasa toda una mañana pensando nada en absoluto. Deliras. Tú no piensas, sólo deliras. ¿Qué

significa delirar? No lo sé, no me importa, olvida las palabras, olvida las palabras que significan algo, céntrate en las que no tienen significado en el diccionario de la Real Academia de la Lengua, céntrate en los nombres propios y las palabrotas, y en las sílabas lábiles que sueltan los recién nacidos. Eso sí importa, lo demás es mentira. La lengua oculta en lugar de enseñar. Hay algo en ti que el castellano, idioma orgulloso, no puede contar, imitar, retratar. Ni siquiera solecismo en mano, rompiendo, pueden las palabras captar al hombre. No hay ni un solo personaje en la historia de la literatura que no sea pastiche, boceto. Dios no sólo no juega a los dados, además es analfabeto. Ya estás cerca de tu apreciada pecera. Entrás en el portal, la lobreguez aumenta. Bajas las escaleras. Los rectángulos de luz del suelo son ahora más blancos, imperantes. El pasillo parece un paso de peatones angosto y largo. Tu puerta al fin. Sacas las llaves, introduces la redonda y abres. Ya estás a salvo, en la oscuridad y el silencio, acompañado de objetos y polvo, cacharros por fregar, rendijas de luz corpórea, olor a tierra y libros abiertos ... *por qué lees tantos libros...* Tiras la mochila sobre la cama, rebota y cae al suelo. Ahí te quedas. En dos pasos estás en el comedor, abres el frigo, agarras esa botella de Ribera que tienes a medias contigo mismo y te estás cinco segundos bebiendo. Dejas la botella sobre la mesa y buscas algo para comer. Lo encuentras rápidamente: sólo hay naranjas putrefactas y latas de atún. Coges una lata. La dejas encima de la mesa. En la cocina pillas tenedor y abrelatas. Vuelves, pones la tele, te sientas, qué suerte: está tu anuncio favorito. Ella llega al portal de su casa, abre el buzón, toma el correo y sube las escaleras. En la cocina toma asiento y abre una carta, ilusionada tras haber leído el remite. A medida que va leyendo, su alegría se torna tristeza, le brillan los ojos, parece que vaya a desplomarse. Acaba de leer la carta, la mira incrédula, mira a su derecha, toma un tarro de café, se prepara una taza, la bebe cogiéndola con ambas manos, mirando al frente, como si bebiera del santo grial, y se va relajando, tranquilizando, y coge la carta y hace un avión con ella, y lo lanza con indiferencia lejos de sí, sonriendo malvadamente. Ya has abierto la lata de atún. Hincas el tenedor y te llevas el primer trozo a la boca. Tras la publicidad hay un avance de noticias en el que repiten de nuevo la catástrofe ésa. Hay llantos y alaridos, un hombre con la cara ensangrentada, un coche ardiendo al fondo, lágrimas, muchas lágrimas de ojos de niño y de ojos de mujer y también de ojos de hombre y seguro que en el Gran Ojo también ha florecido una enorme y perfectísima lágrima para bendecir la

nueva escabechina que los terroristas, los elementos, la negligencia o el amor han causado sobre la tierra. Tomas el Ribera. Y piensas: en fin, lo de siempre. Y sigues con el atún. La televisión te sirve de postre una serie cuya acción transcurre en una idílica playa plagada de palmeras y mujeres de mazapán. La obviedad del gancho sexual ofende tu inteligencia y cambias de canal. Un concurso. Adoras los concursos, los adoras porque siempre son conducidos por una mujer magnífica de carnes y alba de sonrisa. Es más sutil que las series playeras, no te sientes tan cavernícola. La tele, en estos concursos, se convierte en un barco, sí, una nao que principia en los senos de la presentadora/cariátide y finaliza en el tubo de imagen. ¿De qué va este concurso? ¿No lo sabes? Pues irá de lo mismo que todos, de gente corriente que considera un enorme regalo aparecer en la sobremesa de millones de españoles y que, además, se lleva algún premio, o dinero. Aunque ahora, no se sabe muy bien por qué, la tele se ha vuelto huraña, pues no hace ni diez años que en el Un, dos, tres, te daban tal que tres coches, o un apartamento en el Mar Menor, y hasta te dejaban llevarte a casa la tarjeta con las preguntas. Ahora, ni te dan coches ni te dan apartamento, y mucho menos te dejan de souvenir las tarjetitas, porque ni siquiera las tienen. La televisión no cabe duda de que degenera con los años, como un viejo gagá o una fruta fuera del frigorífico. Y eso que la televisión es de la familia, más que las tías o las nueras. Más incluso que Toby o Dino o Trosky (la gente saca a relucir su mal gusto cuando bautiza al can). Y es una pena (lo del perro, se entiende), pues mira tú que el animal te trae las zapatillas y los chanclos y te escucha cuando le hablas y se te mea en las macetas y, hombre, es más dinámico, te llena la casa, no como la dama hertziana, que parece que te convoca con su estatismo imperial (venid a verme, venid a verme) y que es además egotista, nunca escucha, sólo habla gilipolleces y cocacola, y a la chica del nescafé sólo la ponen dos veces al día, los cabrones. Así que renuncias al cacharro y lo apagas. Te desplomas sobre el sofá y te quedas a la expectativa. (¿A la expectativa de qué?, a la expectativa de nada.) La televisión, azogue, parece una lápida cuya inscripción ha sido borrada por el tiempo. El frigorífico impone ahora su ronroneo trémulo de vacío y naranjas podridas. Sobre la mesa, la botella de vino proyecta su sombra chata y fálica, arrebolada. El suelo está sucio y el techo es un espejo sobre el suelo, con una bombilla colgando como una cereza transparente. Las paredes, sepia, están impregnadas de subsuelo (esto es un sótano, recuerda) y luz eléctrica y, por ello, susurran un rancio

olor a claustro. Sobre tu cabeza pende un cuadro cinegético y malo. Y tú estás aquí, con las cosas, inmóvil como ellas, polvoriento, viejo, hastiado, como ellas. No te creas superior por ser humano. No te creas nada por ser humano, por pensar (por pensar tonterías). En estos momentos, tú estás a la altura de los objetos. Eres un objeto. Cada enser de este cuarto, el cuarto mismo, es tan importante como tú. Si sonara el timbre, recuperarías tu trono, volverías a ser el centro de este espacio. Pero ahora, mirando, amando, deslizándose lentamente la vista sobre cada forma, sintiendo que los objetos te hacen compañía, te hayas en otra dimensión, acaso la dimensión más recóndita sobre la tierra, acaso el momento más íntimo del hombre, acaso tú mismo. Esto, y no otra cosa, es la soledad. Tú lo sabes. Quizá sea lo único que sabes. Por el mundo circulan muchos libros sobre la soledad, mucha canción de abandonado, muchos anuncios de contactos, cuando, en realidad, la mayoría de la gente lo más cerca que ha estado de la soledad ha sido durante esos dos minutos cuarenta segundos que dedican a esperar el metro. La soledad es el lancinante patrimonio de tipos como tú, jóvenes que no coadyuban al enriquecimiento de las discotecas, las licorerías, los cabrones colombianos y las farmacias de guardia. Sois la caterva disgregada y oscura que mira mucho al suelo, pesimistas a prueba de bomba, soldados de la derrota, víctimas del sistema, marginados sin oenegé. Para vosotros no se hacen los anuncios ni las encuestas de opinión, los vaqueros ni las hamburguesas. Para vosotros no se hace nada, salvo quizá Doctor en Alaska, Documentos TV, Días de cine, Metrópolis, Europa y W. C. Fields. Sois la inmensa minoría, el coro de mudos, los grandes masturbadores. Sois el futuro de la nada, los epígonos del cero, la nulidad hecha carne. No sólo vestís pesimismo, además es lo mejor que se puede decir de vosotros. Tú no quieres ser feliz, admítelo. Sabes que se puede ser perfectamente feliz siendo un hijo de puta, violando niños o prevaricando, y te has concentrado en lo de no ser un hijo de puta antes que en lo de ser feliz. Y así te va. Esto no es ¡*Qué bello es vivir!* Nunca lindas vírgenes de ojos ingenuos se casan con hombres honestos y buenos. Aquí sólo salen adelante los caraduras y los que quieren comerse el mundo, los chicos de las primeras filas, esos perros adiestrados desde pequeños para la vida, mastines que no duermen porque temen que alguien coma de su plato de matrículas de honor. Y tú estás harto, quieres dejar de ser bueno, quieres, directamente, ser malo, malísimo, atroz. Deseas ocultar, sepultar, tu conciencia cívica, la moral castellana, y dar rienda suelta a los instintos, a lo más negro de ti, a eso que

reprimes matándote. Nadie te escucha aquí, dentro de ti. No hay micrófonos escondidos en tu cerebelo, y aprovechas que el pensamiento no delinque (todavía no sabes de dónde ha salido este amable precepto) para idear todo tipo de delitos. Lo malo será cuando estalles, cuando te vuelvas todavía más loco y empieces a volar edificios, o a matar presidentes de los Estados Unidos. A la gente como tú deberían encerrarla, eres un peligro, una bomba de relojería. Y aquí estás, sigues estando, estarás durante no se sabe cuánto tiempo. Frigorífico, televisión, botella, mesa, cuadro, sofá, tú. Una reunión muy animada, muy jacarandosa y facunda, sí señor. Es una putada que los objetos no hablen; si hablaran, estaríais en igualdad de condiciones. Sería el colmo: una soledad dialogada (sonora, decía el hipocondríaco). Aunque también podría ser al revés: no pienses tú. Ya estamos de nuevo, no pensar, no pensar, no pensar. Todo el rato con lo mismo. ¿No te das cuenta de que es imposible no pensar? ¿Por qué? Pues porque sí, no sabría decirte, no soy neurólogo (no soy nada). También tengo que reconocer que, si no pensaras, yo no sería ni siquiera nada. Yo soy tu pensar y, claro, no te voy a decir que es posible obviarme, no soy tan rematadamente gilipollas. ¿Qué quieres, que te jalee y anime a matarme? Eres tú, recuerda, el de la autolisis, a mí no me incluyas, yo quiero vivir como el carbón vigilante o la yerba dura (esto es de Aleixandre, perdona), estoy bastante alegre entre libros y celuloide, el mundo de la idea es mi mundo, soy yo, tú estás fuera de órbita, quieres ser instinto (*Taxi Driver*, etcétera), vamos, que eres un irracionalista. Pero lo cierto es que no tienes nada que hacer contra mí, estoy siempre presente, viéndote vivir, confundiéndome de vez en cuando contigo, volviéndote loco, quién soy yo, quién eres tú, quién eres yo, quién soy tú..., vaya jaleo, ¿eh, compañero? Frigorífico, televisión, botella, mesa, cuadro, sofá, tú. El frigorífico blanco y rumoroso, la televisión dormida dentro de sí misma, la botella como una pera dadaísta, la mesa decorada con redondeles de leche, como cráteres planos, incompletos, borrándose; el cuadro sin firma ni pinceladas, el sofá cenagoso, batiburrillo de colores, que te soporta, te acoge, como a un rubí falso engastado en un cojín viejo. Y el suelo, no olvides el suelo, porque esté a tus pies no debes despreciarlo. El suelo, firmado de cabellos negros, compuesto de baldosas ligeramente ambarinas, jaspeadas, colocadas con esmero por un albañil que probablemente ya esté muerto. El suelo sostiene al sofá que te sostiene, y sostiene también al frigorífico blanco chillón y a la tele de mudez cenicienta y a la mesa interplanetaria y, por ende, a la botella de vino de la Ribera del Duero. ¿Qué



deseas en este momento, aquí, rodeado de electrodomésticos y cochambre? Desear, lo que se dice desear, no deseas nada. En todo caso, Elsa Anka o Yvonne Reyes, o a cualquiera otra presentadora de televisión. Aparte de eso, nada; nada de nada. Estás aquí perdiendo el tiempo, las horas sucesivas del tiempo, con la cantidad de cosas (algunas no rematadamente estúpidas) que se pueden hacer en esta ciudad. Estás aquí y te da igual estar aquí; te da igual hasta estar. Coño, a ver si vas a ser la reencarnación del Iluminado. Sí, este frigorífico hace las veces de bodhi, la botella es el arroyo de agua clara y es muy probable que la postura que ahora luces (piernas estiradas, mano derecha en la frente, brazo izquierdo colgando) sea una de las muchas que predica el yoga. Hagamos el test: primera pregunta, ¿crees que el dolor es universal? Efectivamente. Segunda pregunta, ¿deseas algo? Vagamente, más bien digo que no. Tercera pregunta (vas muy bien), ¿has aniquilado toda ambición? Sí, por eso me pongo en la última fila. Cuarta y última pregunta, ¿deseas alcanzar la paz del nirvana? O de los Smashing Pumkins o de Lola Flores, con tal de que sea paz. Enhorabuena, según tu actitud, podemos predecir y predecimos que tu karma devendrá, en la próxima reencarnación, en adinerado actor de cine americano, lo cual constituye el último paso del camino hacia la perfección, integrándote, tras fenecer, jubiloso y caballero, en el remanso de paz del nibbana. Y piensas: he leído demasiados cuentos de Woody Allen. Y piensas: ¿qué voy a hacer mañana si todavía no he encontrado un motivo para vivir hoy? Si pudieras dormir sería fantástico. No hace falta que tengas un sueño erótico, es igual; sólo dormir, estar sin estar, olvido. Te levantas y en dos pasos llegas a tu habitación. La luz del mediodía ha expulsado lo incierto de la habitación y puedes ver el desorden de novelas, calcetines, poemarios y calzoncillos que has creado. Te desplomas sobre la cama y te concentras en el voluptuoso bamboleo de tu cuerpo sobre el colchón. Tienes un conato eréctil y te pones boca arriba para que se quede en eso. No deseas extraer nada de tu cuerpo porque, desgraciadamente, de él no salen más que porquerías, pringues de varios colores, olores (y se supone que sabores), que luego hay que limpiar y olvidar rápidamente, para no sentirse por completo miserable. Tú notas un vacío inmenso tras el onanismo, una especie de carencia, como si la ausencia de receptáculo para tu semen te convirtiera en una suerte de asesino, o de mal padre que no ha dado estudios a sus hijos. Y no es que seas cristiano. O quizá sea justamente eso, que eres cristianísimo, tanto que no lo sabes, y que en realidad cumples a rajatabla los diez mandamientos, o

bueno, los nueve mandamientos, pues que el cuarto podía haberlo borrado Moisés con la punta de la barba mojada en saliva. Lo cierto es que la masturbación supone, invariablemente, un fracaso, una mesa coja, una boca que se besa a sí misma. Una mierda. Del techo pende tu lámpara graduada, y pende también algún pentagrama concéntrico donde las arañas enseñan a las moscas el canto del cisne. El armario, molino de viento sin aspas, vierte su sombra sobre el escritorio barato e inestable, oscureciendo el albor (ya de por sí frustrado) de los poemas manuscritos y convertidos, posteriormente, en pelotas de papel. En las paredes, como ventanas de sueño, mienten seis cuadros de Van Gogh (mil novecientas noventa y cinco pesetas todo el lote) de treinta por cuarenta centímetros, de los cuales tu favorito es *Route aux cyprès et ciel étoilé* (los títulos, no se sabe por qué, están en francés, aunque compraste los pósters aquí al lado) y que has traducido como *Roto por el ciprés el cielo estalla*, un poco por analogía fonética, otro poco por intuición interpretativa. En el margen blanco del cuadro, has escrito, no sabes cuándo, una frase de caligrafía ascendente y escalonada: normalmente no me suicido *...porque estás muerto entre la sombra y la espera muerto siempre y desde el principio no eres otra cosa que muerte de modo que no temas no hay nada que temer el miedo ha de irse porque no vives tú no vives no puede ser que esto sea vivir la muerte es cuando no hay nada y es que ahora tampoco hay nada estás muerto a efectos prácticos a efectos reales a efectos lúdicos eres invisible eres el último de la fila y nadie va a notar que te has muerto que te estás muriendo o que te estás matando de qué te viene ese creerte importante para alguien tú no vales nada ni nunca valdrás nada ya lo dijo el abuelo y lo dijo el padre lo dijo sin palabras pero lo dijo porque hay bastantes maneras de decir las cosas sin usar las palabras o qué te habías creído no todo se aprende en los libros eso lo sabe todo el mundo no todo se aprende en la vida pero todo debe aprenderse en la muerte la muerte maestra final maestra de vida morirse para comprender la vida si mueres quizá deseas vivir aunque será ya un poco tarde un poco a destiempo en mal momento cuando ya no puedes volver atrás... ¿Qué vas a hacer? ¿Qué coño vas a hacer? (Hay una diferencia bastante grande entre ambas preguntas.) La huida es siempre deshonrosa, incluso cuando está causada por el primordial deseo de salvar la vida. Bueno, tampoco dramáticos: la ciudad puede no tener sitio para ti en su universidad, pero seguro que te admiten de nuevo en la pizzería, o en algún otro lugar en el que no metas mucha bulla ni estorbes a tus preclaros*

coetáneos que ocuparán pronto los sillones de los informativos televisivos y te amargarán eternamente la comida recordándote, mientras te informan de alguna sangre, que eres un fracasado de mierda. Sí, no debe de haber nada tan acuchillante como levantarse cada día y ver en el espejo a alguien que odias; o, dicho de otro modo, que no admiras. El objetivo de la vida (otro) es amarse a uno mismo. Esto de amarse a uno mismo no significa que hayas triunfado, que estés presentando informativos o concursos morbosos; quiere decir simplemente que moviste tus trebejos lo mejor que pudiste y que, si alguien tiene algo que decir al respecto, en sentido ominoso, le pueden dar mucho por el culo, pues tú te encuentras bastante orgulloso de tu actitud ante el aquelarre de la vida. Debes tener en cuenta que irse de la Gran Cacharrería es abandonar el meollo del asunto, el epicentro de todas las infamias y delicias, la olla donde se cuecen todos los potajes (cocido, para ser gastronómicamente exactos) que luego se reparten por el resto del país (eso sí, acompañados con un poco de vino del Penedés). ¿Qué se supone que vas a hacer en el pueblo, aparte de mirar el crepúsculo, el oleaje cereal, las algodonaes y levelivianas nubes y demás mariconadas? ¿Vas a ponerte a cultivar patatas, tomates, repollos, o vas a pedir empleo en la fábrica de piensos, llevando sacos de cincuenta kilos de aquí para allá, rodeado de un hedor a intestinos en polvo? Tú no tienes estómago para eso. Ni para eso ni para nada. La cuestión es que no tienes nada, ni futuro ni pasado, y al no poder perder cosa alguna, todo te está permitido (ante ti mismo, claro). Miras la tele y todo lo que dice te resbala, ¿quién es el presidente del gobierno?, es más, ¿de qué gobierno o país es este gilipollas presidente?, ¿existen los Estados Unidos?, ¿existe la Comunidad Europea?, ¿existe Sadam Hussein? No, ésa es la respuesta. Existirán para vosotros, pero para mí de ninguna de las maneras. Quizás el problema no seas tú; quizás ellos, todos ellos, desde el apuntador al gilipollas que preside, tengan la culpa de todo. Son ellos los que te han hecho así. Tú llegaste al mundo a verlas venir. No trajiste requisito alguno, ni prerrogativas ni reclamaciones. Llegaste como un montón informe de arcilla y son ellos, sólo ellos, los que han moldeado un búcaro esperpéntico. Luego que no te culpen si coges un día y decides matar a siete tipos siguiendo la lista de los pecados capitales y llevándote como recuerdos algunos testículos o varios ovarios; que no te vengan con penas capitales, no te jode, que te metan en un frenopático con bellas doctoras llamadas Clarisa y muchas ventanas abiertas al campo. Y, hablando de ventanas, echa un ojo a tu trocito impávido de cielo

dudosamente azul: ahí lo tienes, isósceles a pesar de todo, oriflama sobre el hormigón gris que le da forma. ¿Y el pájaro, lo ves? Sí, ya lo divisas, en el ángulo derecho, azulado de brisas, elucubración alada, solitaria, reinante. Nadie diría que sobre ti, en esos seis pisos que te aplastan con sus televisores a todo volumen, sus armarios ahítos de ropas inservibles, sus electrodomésticos runruneantes, sus percheros, sus muebles, nadie diría que vive alguien; pero viven. Viven porque tienden la ropa, viven porque pesan y suenan y manchan la ropa que luego cuelgan sobre ti, goteante de rutina o discoteca (según el caso), flácidas siempre, arrugadas, gastándose. Nunca has visto una cabeza, una mano, algo humano sobresalir de los alféizares (qué feo suena), como si la ropa se colgara y descolgara sola, o de noche, o no estuviera ahí y fuera sólo sueño. No tienes vecinos en este sótano húmedo y dantesco. No tienes vecinos ni ropa que tender, a no ser que, poéticos, digamos que el cerúleo isósceles que cubre el patio interior constituye tu immaculado guardarropía. Te pones boca abajo. Las gafas se te clavan en la carne. Te las quitas y las pierdes. Hundes la frente en la almohada, gélida de soledad y sudor, y cierras los ojos. Escuchas tu propia respiración. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué coño vas a hacer? Sal a la calle con el cuchillo del pan y empieza a degollar niñas guapas. Viólalas. Viólalas a todas. Sal a la calle con el cuchillo del pan y córtate las venas delante de un ministerio (preferiblemente el de sanidad). Sal a la calle y no hagas nada, coge el metro, anónimo y gris, llega a la facultad, anónimo y gris, aguanta estulticias, anónimo y gris, y vuelve, anónimo y gris, a tu pecera. Si pudieras vaciarte y estar. Si pudieras detener el torrente interno que te arrasa las neuronas en su afán de no se sabe muy bien qué. Pero no se puede hacer nada, sólo intentar conciliar el sueño. ¿Quién se inventó esto de conciliar el sueño? ¿Quién se inventó todo, sí, todo, lo general, lo que abulta, este conglomerado de gilipolleces que te rodea? ¿Quién fue la mente feraz y primigenia que dijo cosas como conciliar el sueño, flamante campeón, flaco favor, etcétera? Humphrey Bogart murió el catorce de enero de mil novecientos cincuenta y siete de cáncer de esófago. ¿Dónde está, qué es el esófago? Bueno, el caso es que se murió, la causa carece de interés, se murió, requiescat in pace, a las dos y diez de la madrugada, el día de tu cumpleaños, el catorce de enero, el catorce del primer mes del año, catorce, catorce, catorce cadáveres sobre la cama deshecha, donceles, sufijo, persona anónima, una mujer con analectas tatuadas en el perineo, Buda el Iluminado, Buda y el bodhi, Sidartha, *El juego de los abalorios*, bonita

palabra, abalorios, abalorios, lo malo es que seguro que significa algo, *El juego de Hollywood*, las tetas de Susan Sarandon, el vientre de Geena Davis deslizándose sobre sábanas blancas, *La casa de los muertos*, *Crimen y castigo* ...por qué lees tantos libros... el techo sobre tu cabeza, el techo pergamino de un alfabeto en bajorrelieve, Borges leía mensajes de Dios en la piel de los tigres, Borges se quedó ciego de tanto leer ...no todo se aprende en los libros... no, se quedó ciego de tanto ver, *El libro del esplendor* o *Zohar* es la obra más conocida de la Cábala, el eucologio romano de tu abuela es de mil ochocientos setenta y siete y le faltan algunas páginas y quizás valga una pasta gansa pero tú no quieres venderlo porque los libros no se venden igual que no se venden los amigos ni los padres ni las madres ni nada de lo que se quiere salvo que seas un inmenso desalmado, el eucologio romano de tu abuela recoge las tablas de Moisés y hace una exégesis de cada mandamiento, cuarto mandamiento, honrar padre y madre, en este mandamiento van comprendidos padres e hijos, los primeros deben examinar si han cumplido debidamente sus deberes para con sus hijos, esto es, si los han educado en el santo temor de Dios, si los han instruido en las máximas fundamentales de nuestra santa religión, y en los principios de la santa moral, si les dan carrera según sus facultades para que no se críen en la ociosidad y de consiguiente viciosos, si notándoles defectos no se los corrigen, y por último si les han dado algún mal ejemplo por el cual se han apartado o se pueden apartar de seguir el camino de la virtud ...en *Miquel en Miquel*... hay una enfermedad que surge de permanecer mucho tiempo en la cama, seguro que la descubrió Onetti, se llama úlceras de encentamiento o, en latinajo, decubitus, *El juntacadáveres*, después es cuando no hay nada, después de la lluvia, solo, el techo escrito por alguien, telarañas escritas por alguien, sinfonías en las telarañas, Vissi d'arte, esto es mejor que leer a Virgilio, Val y Mona, Henry y June, Fred Ward y Uma Thurman, los ojos universales de Uma Thurman, la mirada naïf de Uma Thurman, las pupilas inocentemente lascivas de Uma Thurman, ¿no los odias?, el qué, los silencios incómodos, el señor rosa, el señor azul, el señor negro, are you talking to me?, *Toro salvaje*, *Corazón salvaje*, tú no eres Nicolas Cage, tú no eres Joe Pesci en *Uno de los nuestros*, tú no eres Robert de Niro en el papel de Robert de Niro, are you talking to me?, *El código de Manu*, *El anticristo*, quiero saber más, ¿dónde está el esófago?, ¿dónde está en Miquel, Miguel, san Miguel de Unamuno mártir?, y de consiguiente viciosos, la ventana, el sol, la mañana se acaba y

llega la hora de comer, la hora de comer la mañana, la mañana de sal, no des tantas vueltas en la cama, la mañana de sal, suena el despertador y tienes que levantarte y salir a la calle, a la mañana, hacer lo que sea que tienes que hacer, y es demasiado pronto, las siete, demasiado pronto para vivir, hay que ser rico, estar montado en el dólar, para poder bloquear las campanillas del despertador y salir de la cama a la hora de comer, hay que ser rico, estar montado en el dólar, para ahorrarse estas horas en carne viva de la mañana, y despertar a la tarde de miel, la mañana llega para despertarte, te dice, las cosas van en serio, los sueños son sueños, hace frío, llueve, no hay nadie desayunando contigo, la tostada cae siempre por el lado de la mantequilla, William Faulkner colaboró en *El sueño eterno* de Howard Hawks sobre una novela de Raymond Chandler ...*por qué lees tantos libros...* las cuerdas vocales no son cuerdas pero se les llama así para simplificar pues la gente es bastante corta de entendederas y amplia de tragaderas cualquier cosa que salga por la tele ven sin chistar ni decir qué puta bazofia es ésta que me ponéis no les da igual quieren más y lo piden cuarenta canales no son muchos canales cien canales no son muchos canales queremos tantos canales que no podamos pensar en otra cosa que en los episodios de los culebrones de cada uno de los canales dónde estoy vomitando ahora de dónde vengo de vomitar adónde voy a ir a vomitar el pueblo está lleno de sol y nubes blancas solamente una oportunidad le pedimos nada más que una oportunidad sarcasmo suena como orgasmo pero es mucho más divertido Stewart Kronisberg es más feo que la pared de un cementerio pero Woody Allen es un genio y se tira a Annie Hall o Diane Keaton o Diane Hall y también se tira a Mia Farrow la semilla del diablo Polanski está loco conducta sexual en el hombre conducta sexual en la mujer Alfred Kinsey documentos TV que no hay que confundir con Ben Kingsley Gandhi en una película a la que dieron ocho oscars muy bien dados por una vez y sin que haya servido de precedente nadie te ha dicho nunca por qué ves tantas películas el cine es el arte del siglo XX la literatura va a morir tú crees que va a morir la literatura sí por supuesto teniendo en cuenta los excrementos que se publican diariamente con forma de libro y nombre de novela tú quieres ser escritor no yo quiero ser rico para poder silenciar despertadores y poder regalar un diamante del tamaño de un coco a Uma Thurman y besarla en la punta del dedo gordo toe tao yin yang todo esto no es más que masturbación mental y Confucio o Lao-Tse o Michael Stipe no van a ayudarte por mucho que tú creas lo contrario ...*Simón*

*Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip tu abuela dice ya te dije que no te fueras te dije que no te fueras recuerda te lo dije te dije no te vayas en el pueblo hay trabajo en el pueblo hay Simón Tejedor Manrique 16 de marzo de 1919 23 de julio de 1995 rip estás labrando pinos miras a tu espalda y no ves sino pinos con la boca blanca y abierta miras hacia delante y no ves más que pinos con la boca oscura y cerrada golpeas con la escoda varias veces el suelo transido de agujas de pino cruje cuando lo pisas huele a espliego corre una brisa gélida golpeas varias veces alzas la vista hay alguien escondido detrás de aquellos pimpollos caminas hacia allí con la herramienta en la mano derecha expiras aire blanco por la boca allí no hay nadie vuelves al trabajo te calientas las manos con tu propio aliento y golpeas varias veces la brisa se hace viento el viento se hace voz algún mal ejemplo por el cual se ha apartado de seguir el camino de la virtud de la virtud la virtud virtud virtud sientes pasos a tu espalda te vuelves ves sus zapatos sus pantalones su camisa azul pinos no tiene cara no hay nadie estás solo coges la escoda y golpeas golpeas golpeas varias veces y el pino se desangra lentamente sobre el tarro... Te levantas de la cama con la cabeza entre las manos. Aprietas con todas tus fuerzas, pero no hay nada que hacer. Llegas al baño, te ves fugazmente en el espejo, abres la portezuela del armario. No encuentras aspirinas. No hay nada. Sólo prospectos y cajas vacías, un peine, Crossmen y la maquinilla. Te cagas en lo más alto. Abres el grifo del lavabo. El agua está fría y tiene un color amarillo, rojo, azul, un color cuyo nombre no recuerdas, verde, negro, blanco. Sientes el agua correr por tu rostro y por tu cuello, notas cómo el cabello, humedecido, se reduce, se pliega, dejando a la vista tu cuero cabelludo. Ves el lavabo blanco, el desagüe plateado, el remolino del agua antes de perderse para siempre, los cabellos atorando la tubería inmediata, el ruido del agua que fluye. Te frotas el pelo con la toalla incolora que cuelga de una barra, a tu derecha, y te miras, al fin, en el espejo. Tu cabello arde, negro y directísimo hacia el cielo, lleno de carencias, con dos entradas abisales a cada lado, y una vena haciéndote la raya. Te miras directamente a los ojos. Te estás mirando a los ojos, castaños, enrojecidos, de largas pestañas, tus ojos llenos de letras, como ollas de la literatura, gastados. Y tomas la inaplazable decisión de coger el primer autobús para tu tierra castellana, tu abuela y tus nubes. Se acabó, finis, au revoir. Pasarse la vida cultivando repollos o labrando pinos no es tan malo. Lo cierto es que lo de los pinos no va a llegar al dos mil*

veinte, siendo optimista. Seguro que alguien (cráneo privilegiado) se inventa algo que supla al resinero. Es más, creo que ya lo han inventado, ahora no se usa la escoda (tu abuelo, al final, no te enseñó nada), ahora se quita la roña (o sea, la corteza del pino) y se le rocía con cierta sustancia que le hace sudar la miera. Esto es cosa de los americanos, que, como no leen a los clásicos, tienen mucho tiempo para joder al personal. Bien, la decisión está tomada. Te vas. Entrás en tu cuarto. Parece que tener una idea clara en la cabeza (irte) hace que todo tu cerebro se estructure, se jerarquice, pues ya no sientes el crepitar de la masa encefálica, sólo un leve resto de dolor, que casi se agradece. ¿Qué te vas a llevar contigo y qué dejarás aquí olvidado? Nada, o sea, todo. Te largas con lo puesto, la camisa de leñador, los vaqueros, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines blancos con el zancajo roto, los zapatos sucios, un pañuelo azul en el bolsillo derecho, un reloj y la documentación. Y la pasta qué, no eres un mendigo de esos a los que expulsan gratis de las ciudades. Tú se supone que tenías tu sitio, cumplías tu función, sí, en el fondo del aula, en la última fila, al lado de las ventanas, solo. Sin embargo, renuncias, que se queden con todo, con sus grandes almacenes y sus salarios mínimos, con todo, yo me largo, sí señor, me voy y no volveré a pisar una calle que sea más ancha que la plaza de mi pueblo. Abres los cajones del armario, remueves la ropa interior, un juego de sábanas, varios pantalones arrugados, las camisas hediondas; estás buscando en cada bolsillo, en cada pliegue, el tintineo amable de la calderilla, el crujir amabilísimo de un billete, ese billete que te sacará de la Gran Cacharrería. Por fin lo encuentras, tu viejo monedero de punto rojo. Pesa, algo tiene. Abres la cremallera y encuentras una moneda de quinientas pesetas, dos de doscientas, una de veinticinco y tres duros. Cierras el monedero y te lo metes en el bolsillo derecho. Miras lo que cuelga de las perchas. Y decides, como en una iluminación, ponerte esa chaqueta que te compraste un día, no sabes para qué, y que nunca has lucido en público. Pues claro, me voy en americana de aquí, con la cabeza muy alta, no te digo. Te la pones. No te encuentras muy a gusto. Revisas los bolsillos. No hay nada. La chaqueta es azul, suave, te gusta. Un poco corta, de las mangas sobre todo, pero no está mal, lo que pasa es que no estás acostumbrado, ve al espejo, ¿ves?, imponente. Entrás en el comedor, botella de Ribera (uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho). ¿Y las gafas? Bah, para lo que hay que mirar. Echás un último vistazo al cuchitril y no encuentras en tu corazón ni una sola gota de nostalgia o ternura por el lugar



que dejas. La última mirada que lanzas a la vivienda es de desprecio. Te odio. Cierras la puerta de un portazo, has dejado las llaves sobre la mesa, todo lo que queda tras esa puerta queda, para siempre, tras esa puerta. Que te vayan a buscar, si quieren. Avanzas por el pasillo. La vieja no está. Lo lamentas. Tú querías decirle adiós, gritarle adiós. Ella no te iba a contestar, tiene bastante con pasearse de arriba abajo con su bata azul y su patética permanente. Estás a la altura de su puerta. Te da un arrebato y llamas al timbre, DING-DONG DING-DONG. Oyes pasos y, antes de que la puerta se abra, echas a correr. Pareces un crío el día de los Santos Inocentes. Pero has tomado una buena decisión. No es muy recomendable encararse con una vieja solterona o viuda o lo que sea esa vieja zorra. Además, Giorgio Armani se cortaría las venas con un hilo de seda si viese tu forma de vestir: americana y camisa de leñador, ¿dónde se vio tal incongruencia? Quizás Ruiz de la Prada fuera más condescendiente con tu aspecto, quizás hasta te lo plagia, pero debes reconocer que, creyendo adecentar tu imagen, la has demacrado aún más y que, finalmente, te vas de la ciudad hecho un palurdo, vamos, lo que eres. La calle: coches, gentes, risas y olor a bollería, olor a colegiala con falda a cuadros y las rodillas sucias, olor a asfalto y humo. Cruzas la calle por todo el medio, tú, el cívico ciudadano, el pueblerino, castellano sin castillo, que iba a conquistar la capital acatando a rajatabla sus normas. (Estúpido: la conquista es un acto de rebeldía.) Debe de ser que no llevas las gafas. Claro, ahora te crees Supermán, Supermán con americana y camisa de leñador, Supermán de bolsillo. La entrada al metro, el viejo y la vieja con su puesto de tabaco, mecheros, chicles y derrota. Nada hay peor que la vejez. También a la vida puede aplicarse aquello de que lo bueno si breve dos veces bueno. La vejez es como asistir a tu propio entierro todos los días, todas las horas, hasta que al final efectivamente te entierran. El negro que antes te abrió la puerta no está. Un chico con cascos te empuja y sobrepasa corriendo. Habráse visto semejante cabrón. Puedes verle todavía. Ha reducido su velocidad y ahora camina marcialmente. Lleva el pelo al dos, pendientes en ambos lóbulos, cazadora y pantalones vaqueros, buen culo, botas negras. Pasa el torniquete. Tú no pasas. No sabes dónde tienes el billete. Revisas los bolsillos. ¿Dónde lo has metido? A ver en la americana, las chaquetas tienen muchos bolsillos. No, no puede estar en ninguno de ellos, lo recordarías (¿lo recordarías?), no puede estar porque te la has puesto hace cinco minutos. Coño, tu abono. ¿Dónde estaba? ¿En el bolsillo trasero, con tu cartera? No me jodas, ¿te has gastado seiscientas

cincuenta pesetas teniendo abono? Es increíble. Bueno, sí, no es momento de lamentarse, pero es un poco, cómo te diría, un poco rematadamente gilipollas no encontrar el abono transporte que tienes pegado al culo. ¿O no? Desde luego, no sé lo que voy a hacer contigo. El tren está llegando. Eso es buena señal: la ciudad deja que te marches. Ella tampoco te quiere, tiene prisa en librarse de ti. Entrás en el último vagón. No hay mucha gente. El chico que te empujó sí que está. Sus ojos son oscuros, florecidos de pestañas, es guapo, labios gruesos, camiseta blanca ceñida, pezones, cadena de oro, un crucifijo, está mirando algo, localizas el objetivo de su mirada, te lo imaginabas, una chica, bueno, un pedazo de fémina que hace caer la bolsa. Vuelves los ojos y te das cuenta de que todo el pasaje masculino la sodomiza con la mirada, incluso alguna chica está recorriendo, anonadada, el cuerpo de la chica. Lleva minifalda escocesa de tablas, medias negras sobre unas piernas redondeadas y duras, jersey de pico ceñido, senos hinchidos como el velamen de la *Santa María*, chaquetita negra, cabello rubio rizado, ojos azules, sutil maquillaje. Y tú que creías que estas mujeres sólo las había en la televisión, al frente de concursos o llevando tarjetitas y cosas de aquí para allá. De lo más recóndito de tu libido llega a tu pene el mensaje de la erección. Te cubres con la chaqueta y, apoyando la cara en la mano izquierda, mientras perpetras la contemplación impúdica, te vienen unas enormes ganas de llorar. Eres tan bella que no lo sabes, dijo Tzara. Ésta seguro que lo sabe. Lo más probable es que todas lo sepan (todas las tías buenas, quiere decirse). Y es eso precisamente (saberlo) lo que las separa de la auténtica perfección: la inocencia (también la felicidad) es un estado de ignorancia. El tren se detiene, se abren las puertas, pitidos, se cierran las puertas. El chico se ha ido, la niña no. Una chica de pelo corto, liso, moreno, gastado, con pendientes de aro color plata y los ojos redondos como cerezas, ha ocupado el sitio libre. Te recuerda a Dulcinea. ¿Dónde estará ahora Dulcinea? ¿Dónde su Renault Cinco ceniza? ¿Dónde su amiga plañidera? La chica que tienes delante no lleva carpeta ni ningún otro adminículo que delate su dedicación (¿estudias o trabajas?). Bajo su blusa color limón, reposan unos enormes senos, tan desmesurados que el tercer botón está soportando una tensión extrema. Te quedas mirando sus pechos, tratando de enhebrar tu mirada por el inesperado ojo vertical de la blusa. La chica no te gusta, seguro que se llama Silvia o Eugenia o Casilda, pero, como dice el refranero, a caballo regalado, etcétera. No consigues ver más allá de lo que la imaginación te sugiere, así que desistes y haces un

travelling de miopía y concupiscencia por todo el vagón. Sois unos treinta, variados y ajenos, como miembros de un arca de Noé para seres humanos. A tu lado, rozándote, tienes a un señor con cara de haberse fumado toda Cuba en puros y de haberse comido toda Segovia en corderos (es decir, que follar no ha follado mucho); y a tu derecha tienes un crío de unos quince años, bozo, walkman horrisonos, pendientes, que seguramente esté ya aburrido de correrse dentro de una piba y esté buscando nuevas experiencias vía intravenosa. Es así la Gran Cacharrería, un lugar de extremos obligados a compartir mesa y mantel, butacas y bocatas, asientos de metro y cabinas telefónicas. Y así es como se pierden los buenos modales, hombre, pues no me digas que no es de cafres y desmorigerados el llegar a un lugar público, es decir, un vagón de metro, llenito hasta los goznes de gente, y no decir ni buenos días, ni hola, ni nada, sino sólo llegar, callado, un poco gris, y tomar asiento si se puede, y mirar el propio reflejo en el espejo improvisado de los túneles, y tener al lado rozándote, o sea, como si fuerais amigos de toda la vida, a una señora o a un caballero, del que nada sabes, y al que no volverás a ver nunca, o quizás sí, quizás sea el mismo que se sienta y te roza todas las mañanas, pero tú le olvidas sistemáticamente, y así no hay forma de trabar amistades. El vagón de metro es la metáfora de la desintegración social. Estáis todos juntos, generando una densidad de población mayor que la de Holanda y, sin embargo, no sois un grupo, un colectivo. Sois como botellas de diversos tamaños, de diversos colores, de diverso precio, en las que reposa, qué sé yo, vino, o cerveza, o agua, o hiel, y dejáis que ese líquido se os pudra dentro, fermenta y devenga en endriago peligroso, como el tuyo, como tu negro petróleo de martillo y martirio. Deberíais abrir los tapones, descorcharos y, como géiseres, dejar bullir lo que sea que lleváis dentro, mezclándoos, cóctel inverosímil, miscelánea humana, nuevo maná. Pero eso nunca sucede, el vagón de metro siempre es un mueble-bar con las botellas meticulosamente ordenadas. Uno llega y lo primero que hace es separarse y delimitar su territorio. Cada pasajero se coloca en el asiento más alejado que puede. Si el vagón está vacío, su poblamiento comienza por las esquinas, se ocupa el asiento número uno y el número cuatro, y luego el número cinco (que está frente al uno) y el número ocho (que está frente al cuatro). Y se miran furtivamente, aprovechando la coyuntura que brinda la distancia, esos dos asientos vacíos (el dos y el tres, el seis y el siete) o el pisoteado metro y medio de pasillo que hay entre las dos filas. Luego, los

que llegan no tienen más remedio que ponerse junto a alguien. Y eso es un problema, a veces bastante jodido, pues en el metro se cuele todo Dios, y sucede que un menesteroso se te pone a dormir en el tres o en el cinco y, claro, hostias, para el apuesto joven engominado es una grave contingencia tener que ocupar el dos o el seis, pues si lo hace, vete tú a saber qué sidas o lepras o coágulos pestíferos le va a transmitir el puto y astroso indigente; y si, por el contrario, adopta la actitud profiláctica y se queda de pie, a ver con qué cara le va a mirar el resto del pasaje, pues hay que ir con mucho ojo por la Gran Cacharrería, que ahora hay mucho solidario, mucho concienciado, mucho francotirador de buenos sentimientos, y a la que te descuidas te montan el pollo social y reivindicativo. Y otra viñeta costumbrista del metro es cuando te quedas solo en un vagón con el que tienes al lado. Es incómodo, morboso; todo el vagón vacío, treinta y dos asientos libres, y resulta que vosotros estáis juntitos, callados, haciéndoos los naturales, como en un casting, mirando al suelo, mirándoos los zapatos, el reloj, todo, para no daros cuenta de que el metro os ha jugado una mala pasada, dejándoos en una intimidad a quemarropa. Miras el reloj. La una y cuatro. Delante de ti, en pie, un joven de mono azul, barba rala, pelo rapado, pendiente, te estaba mirando. No puedes creer que hayas vencido a alguien en la sutil lid de las miradas. Pero así ha sido. Ahora te complaces en la victoria, es decir, le analizas de arriba abajo, sin ver otra cosa que una sucesividad de tela azul jaspeada de manchas blancas de pintura. ¿Dónde estás? ¿Adónde te diriges? ¿Lo recuerdas? Sí, claro que lo recuerdas, ¿cómo no vas a recordar una de las decisiones más importantes y vejatorias de tu vida? Te largas, eso que no se te olvide, abandonas, te vas al campo castellano que te malparió, que te curtió en el arte de amargarte la vida, solitario y casi expósito o huérfano o putativo de la nada. Pero, ahora te das cuenta, ya te has pasado de estación. Estabas demasiado apasionado explicándote a ti mismo tus propias teorías, tus juicios inauditos y provincianos sobre el mar de hormigón y no nubes que es esta ciudad, y todas las ciudades, y todo el planeta, la aldea global, aldea sin aldeanos, aldea sin campana ni campanario, aldea a distancia, por cables, aldea conectada, enredada, aldea de lejanías, aldea de soledad, aldea de mierda. ¿Qué hora era? Pregunta estúpida. ¿Qué hora es? Eso ya está mejor: la una y cinco. Los autobuses parten cada hora en punto, desde las siete de la mañana. Los autobuses parten y, si tú no estás a bordo, pues te jodes. Los autobuses parten y casi te hacen un favor llevándote a Castilla, para que lo

sepas. Ellos salen a la hora que quieren, desde las siete en adelante, y tú no eres nada, ni cliente ni usuario, sobras, literalmente tu opinión no existe. Que te quieras ir a la una y cinco, pues te vas a la una o a las dos, te vas cuando ellos (¿quiénes son ellos?) te permiten irte. No te creas eso de que el cliente siempre tiene la razón (no te creas nada). El cliente sólo tiene la razón si paga y lleva efectivamente la razón. En realidad no te necesitan. El autobús lleva cincuenta viajeros. No te necesitan. Tus setecientos treinta y cinco pesetas te las puedes meter por el culo. El tren se está parando. Otra cosa igual: te bajas cuando el tren para, no cuando tú quieres bajarte (y encima te meten prisa pitando). Tienes hasta las dos para arrepentirte de tu decisión. Te quedan exactamente cincuenta y cuatro minutos para recuperar la cordura, los papeles. Todo sea por el currículum. A fin de cuentas, todo esto no está tan mal, ¿no? Mira qué estación tan bonita, alta, iluminada, perfecta, como una catedral gótica; con sus escaleras mecánicas, sus interfonos amarillos y sus poemas en bastardilla. NO ES VERDAD QUE TE PESE EL ALMA EL ALMA ES AIRE Y HUMO Y SEDA LA NOCHE ES VASTA TIENE ESPACIOS PARA VOLAR POR DONDE QUIERAS JOSÉ HIERRO. Un sitio con poemas en las paredes no puede ser un mal sitio. Casi te diría que un sitio con poemas en las paredes es lo más parecido al paraíso. Entonces, ¿por qué detestas la ciudad? Tiene poemas en las paredes, ¿no?, ¿qué ciudad de Europa (qué digo de Europa), del mundo, qué ciudad del mundo se permite la impudicia espiritual de sacar los poemas a la calle, de airear versos y metáforas y el otoño de Neftalí Ricardo Reyes? No, no te dejes camelar; los políticos... ya se sabe. La cuestión no es si hay poemas en las paredes, sino si alguien se fija en ellos. No sé si te has dado cuenta de lo alto que los han puesto; además, el subterráneo no es la calle; la calle es para el neón y las doce campanadas, es decir, en el asfalto reina lo contundente (has salido del metro y estás mirando la fastuosa máscara que le han puesto a un centro comercial. Navidad lo llaman, creo) y la poesía es demasiado sutil, intrincada, unas palabritas juntadas Dios sabe con qué propósito; sin embargo, aquí, en la calle, las cosas están mucho más claras (FELICIDADES), ¿lo ves?: felicidades, y te ponen unas enormes campanas amarillas y unos lazos colorados sobre un Gizet verdirrojo y ya sabes que ha llegado el momento de tirar el dinero en enchufes. El alma es aire y humo y seda: bueno, ¿y qué?, o sea, qué, ¿nos vamos, nos quedamos, te refieres a mí? El alma es aire y humo y seda: pues bueno, si usted lo dice; y se van de compras, que es una cosa que se entiende, una cosa imperativa:



y cines y coches que irrumpen en la acera desde un aparcamiento subterráneo, escaparates, tráfico, un reloj que marca las 13.14, 16°, 13.14, 15°, paso de peatones, rojo, esperas, taxis alocados, Renault 19 blanco, Mercedes 300 clase E mercurio, Seat Ibiza rojo, no sabes amarillo, Golf azul oscuro, Opel Astra granate, verde, cruza, plaza abierta al cielo grisáceo, edificios infinitos, una pareja se besa sobre el césped, otra pareja, otra, un grupo de amigos jugando a las cartas, bolsas de bocadillos, latas, mochilas abandonadas, mucha gente con su perro, árboles desnudándose poco a poco, a golpe de brisa, telón ocre, marrón, verde, sobre la plaza, un grupo de turistas japoneses con cámaras de fotos y cámaras de vídeo y gorritas azules con un logotipo blanco y planos de la ciudad en lengua nipona, un largo paso de peatones, tráfico de arriba abajo, de derecha a izquierda, de abajo arriba, un guardia azul de seriedad toreando vehículos, a tu lado una mujer que huele a primavera, mujer de melena castaña, pendientes de aro, labios de rosicler, ojos negros, rímel y sombra, verde, cruzáis, cruzáis ella y tú, y ellos, todos, la masa, la multitud, como un solo ser, ser amorfo, el cielo gris, marquesinas de cines con enormes carteles de héroes y villanos, nominaciones y premios, carteles como ventanas al paraíso, a la buena vida, la que se dan ellos, los actores, tan guapos y ricos, y ellas, las actrices felatrices, hechas de porcelana o mazapán, inalcanzables, sólo sueño, y tú debajo, amando porque es imposible, amando el ideal que sólo existe mientras es imposible, salas de juego, Bancos, ¡cuántos Bancos hay en esta ciudad!, joyerías, perlas majóricas, relojes más caros que los doce meses de alquiler, tráfico desquiciado, Fiat Bravo rojo, BMW 750 gris, paso de peatones o paso de cebra, un mendigo, ojos cerrados, de hinojos con la mano extendida, el letrero cuelga del cuello, PIDO AYUDA PARA COMER Y DORMIR MUCHAS GRACIAS DIOS LE BENDIGA, el monedero de punto rojo en el bolsillo derecho de tu pantalón, no seas tan bueno, a ti qué te importa, sólo es un lenitivo para tu conciencia, metes la mano en el bolsillo, no sirve de nada, abres el monedero, a ti qué te importa, le arrojas doscientas pesetas, eres un imbécil, que no son doscientas pesetas sino el precio que le pones a tu culpabilidad, doscientas pesetas que ya no tienes, tranquilo, te queda suficiente para el autobús, si no lo han subido, los cabrones, el ipecé es más poderoso que Dios: te puede no interesar, pero te afecta de todos modos, cuatro cabinas de teléfono, tres ocupadas, podrías llamar a tu abuela, hola abuela, sí, soy yo, que me largo, lo dejo, me tomo las vacaciones en este preciso momento, sí,

sí, sí, sí, sí, sísísísí, joder, que sí, que tenías razón, toda la puta razón putísima vieja analfabeta, no, no, no, perdona, no te enfades, era de coña, quiero decir que era una broma, sí, que no va en serio, que yo te quiero mucho y todo eso que debería decirte algún día, antes de que te mueras, o me suicide, antes de que alguien vuelva a morir, un hombre anuncio, MENÚ DEL DÍA 850 PTAS PRIMER PLATO ARROZ A LA CUBANA JUDÍAS VERDES O MACARRONES SEGUNDO PLATO, 13.21 y no has comido más que un poco de atún, rancio y de oferta, ah, y un café en la facultad, te quedan quinientas cuarenta pesetas más lo que te haya sobrado de esta mañana, una tía buenísima, con eso sólo puedes comprar un bocadillo de tortilla de patatas sin patatas, deberías volver y reclamarle al mendigo tus doscientas pesetas, mira, tío, fue un error, un lapsus, no volverá a pasar, a ti nadie te ha dado nunca doscientas pesetas así por todo el morro, joder, qué buena estaba la tía ésa, huele a castañas asadas, olor conocido para ti, las hacías sobre la estufa de leña, primero les clavabas la punta del cuchillo en el lomo, para que se hicieran bien, luego las ponías sobre la tapa redonda de la estufa, y las dabas la vuelta varias veces, y te las comías con encendida premura, un enorme anuncio de Kodak, esto es una plaza, bueno, en las ciudades a las plazas que utilizan los coches se les llama glorietas, o sea, que no son plazas, son otra mierda. Los adornos navideños te recuerdan las infaustas fechas en las que vives. Guirnaldas de wolframio, FELICES FIESTAS, subliman la calle que tienes enfrente. Es una calle recta y corta, ancha, abarrotada de gente, llena de escaparates y disparates, neón, guardas jurado, vagabundos, teléfonos y hasta una iglesia. Llama tu atención un centro comercial de donde sale una clientela muy joven. Decides perder el tiempo en él. Las pesadas puertas de cristal se abren a un mostrador de madera detrás del cual bellas chicas uniformadas departen solícitas con el estimado cliente. Lucen chalecos verdes con su nombre en huecograbado sobre una plaquita oscura. Miras a la derecha, miras a la izquierda, no sabes adónde ir. Nunca antes habías estado aquí. Tomas las escaleras mecánicas. En el primer piso hay cintas de vídeo, no te interesa; en el segundo música, no te interesa; en el tercero libros, te quedas. Hay mucha gente, hace calor, te desabotonas la camisa. Tu camiseta de los Dire Straits queda a la vista. Te vuelves para ver en el espejo de las escaleras mecánicas qué aspecto tienes. Estás horrible con esa americana oscura y con esa camisa de cuadros rojos y negros; y con esa camiseta verde vómito que lleva un indescifrable dibujo del que sólo se distingue una



guitarra eléctrica, una calva y algo que parece más la cara de Javier Arzalluz que la de un sultán del swing. Al darte la vuelta, te topas con los ojos de un guarda jurado, que se queda mirando fijamente tu camiseta. Y piensas: sí, ya sé que los Dire Straits están pasados de moda, pero me gustan, tío. Él parece oír lo que piensas y hace un gesto con los labios, como diciendo, para gustos se inventaron los colores, u otra de esas geniales frases del acervo popular. Avanzas por el enmoquetado o lo que sea y vas leyendo los rótulos por los que se clasifican los distintos libros, NOVEDADES CIENCIAS OCULTAS FILOSOFÍA LITERATURA HISPANOAMERICANA POESÍA, y, en este último, buscas la P, MACHADO MACHADO MACHADO MACHADO, joder con Machado, MACHADO MACHADO MANRIQUE ALEIXANDRE, ¿qué hace aquí don Vicente?, sacas el volumen, SOMBRA DEL PARAÍSO, y lo pones en el lugar que le corresponde, el primero, NERUDA NERUDA NOVALIS OTERO OTERO PESSOA, por fin, FERNANDO PESSOA ANTOLOGÍA POÉTICA ALIANZA TRES 1.695 PESETAS LO INTELIGENTE ES PAGAR MENOS. Y piensas: lo inteligente es no pagar nada. Y te metes el libro en el bolsillo derecho de la chaqueta. No cabe. Casi se ve entero el nombre y el título. Lo sacas. Y piensas: ¿pero qué estoy haciendo?, FERNANDO PESSOA ANTOLOGÍA POÉTICA ALIANZA TRES 1.695 PESETAS LO INTELIGENTE ES PAGAR MENOS. No tienes 1.695 pesetas. Si no le hubieras dado doscientas al menesteroso, tampoco tendrías 1.695 pesetas. Si no le hubieras dado setenta y cinco al viejo de la boina negra y la bolsa de plástico, tampoco las tendrías. Pero si no le hubieras dado ni un duro a nadie en todo el tiempo que llevas en esta ciudad, podrías comprarte diez veces la jodida antología del inefable Fernando Pessoa. De modo que, en cierto sentido, la Gran Cacharrería te debe algo por tu generosidad para con su indigencia, ¿o no? Y qué menos que un libro, que sólo cuesta 1.695 pesetas y que, además, nadie va a leer. Miras a todas partes. Hay un guarda jurado a diez metros de ti. Está de espaldas, es moreno; se gira un poco y puedes verle el perfil, gasta perilla y bigote, está muy serio y cruzado de brazos; ahora mira en tu dirección, sólo unos segundos, y ya está de espaldas otra vez. Te metes el libro por dentro de la chaqueta y lo sujetas con el antebrazo izquierdo. No te gusta, no es natural llevar la mano izquierda inmóvil sobre el estómago; no eres Julio Iglesias. Intentas sostener el libro con el brazo estirado; es más difícil y, además, es igualmente flagrante. No sabías que robar fuera tan jodido. No sabes nada.

Vuelves a echar un vistazo por toda la planta. No hay peligro, puedes seguir metiéndote el libro por donde te quepa hasta que cierren. Coges el libro con la mano derecha y te das un paseo por toda la sección. El guarda jurado con bigote y perilla te mira descaradamente. Hijo de puta. Vaya un trabajo de mierda ser guarda jurado; consiste, mayormente, en desconfiar de todo el mundo, en pensar que cada uno de los bultos que marcan la ropa son artículos de la empresa que están intentando sacar del centro sin desprenderse de la cantidad de dinero preceptiva. Seguro que llegan a su casa con la psicosis delatora y someten a su mujer al tercer grado, ¿quién ha venido?, nadie, cariño, ¿cómo que nadie?, ¿y esto qué es?, ceniza, cariño, ¿fumas tú acaso?, no, cariño, ¿fumo yo?, no, cariño, entonces ¿quién ha venido? Escrutas la clientela femenina buscando alguna preciosidad que no esté mirando los libros de cómo hacer esto, cómo hacer lo otro y cómo hacer lo de más allá, y encuentras una sumamente mona junto a los diccionarios de lengua castellana, y te preguntas si le gustaría aprender varias palabras sicalípticas de esas que le ocultaron en el colegio de monjas al que fue, ¡por el amor de Dios!, si lleva calzas blancas, falda escocesa y una chaquetita azul con el cocodrilo mordiéndole una teta; es muy linda, sí, pero, joder, ya tiene edad para otro tipo de ropa, vamos, crees tú, que tampoco eres un experto en moda. Te excitan muchísimo las faldas escocesas y, en general, todas las colegialas jesuitinas, concepcionistas o lo que sea (¿tendrá esto algo que ver con esa atracción inmediata de algunas mujeres por los hombres de uniforme?); y te excitan más todavía las chicas que parece que no han buscado nunca la palabra polla en el diccionario. Es morena, con la típica cabellera milimétricamente cortada, puntas metidas, y todas esas cursilerías de niña-norte. Mientras le miras el interior de los muslos, esa carne blanca y tierna como la primera comunión, te hurgas el molar derecho con la lengua y constatas lo afilados que están ya los bordes de la caries; si no le hubieras dado nada a nadie durante los cuatro años que llevas aquí, podrías empastarte esa muela; y si tu madre no se hubiera abierto de piernas para un señorito, no tendrías ningún problema físico ni mental, estarías magníficamente vagando en la nada, el limbo, el Hades o como se llame el pre-espacio donde esperan los que tienen que nacer. Bueno, no sigas por ahí que siempre acabas poniéndote social y, lo que es más peligroso, revolucionario, con deseos fervientes de volar centros comerciales en horas punta o mear a la gente desde los tejados. Y eso es malo, no porque muera gente o las señoras que acaban de salir de la

peluquería sufran un infarto; es malo porque luego la tele te haría famoso, y los esnobs izquierdistas y anarquistas te convertirían en algo peor: un héroe. Tú eres un mierda rata de biblioteca, y eso, siendo de lo más bajo, está dentro, por lo menos, de lo real. Los héroes no existen; los héroes son todos mentira. Un héroe es un afortunado (o no) en el que confluyen todas las esperanzas colectivas; ellos, la colectividad, pueden ser viles, despreciables, inconstantes, malos hijos y adictos a la telebasura, pero ése, el Héroe, no es así, él ve más lejos, siente más hondo, trabaja más, y por ello, les redime, nos redime, a nosotros, la Humanidad de pacotilla. El héroe es una excusa para que todos seamos villanos. Todavía no has visto la cara de la chica que tienes delante. Carlos Boyero, ese nombre aparece en tu cerebro así por las buenas. Carlos Boyero, no Botello ni Botero, Boyero, conductor de bueyes (no es extraño, por eso, que este tío escriba de televisión). Hagamos un juego, vamos a ver de dónde ha salido ese nombre. Para ello, debes recordar lo que estabas pensando antes, justo antes, de que apareciese. Pensabas en niñas y centros comerciales, pensabas en héroes; no, eso no lleva a ninguna parte. Vamos a ver, estabas mirando el culo de la chica ésta (que, por cierto, ya se ha girado y es más fea que un azadón) y, claro, te has dado cuenta de que te pasas las mañanas mirando culos y tetas, rostros y culos, y has acudido (inconscientemente) a tu diccionario cerebral para sacar la palabra voyeur, que es lo que tú eres, y por eso ha trascendido a tu consciente el nombre de Carlos Boyero, porque su columna se titula, precisamente, «El voyeur». Si a ti te dieran una columna (cosa poco recomendable, por otra parte) ¿cómo la titularías?, no la titularía, tampoco la escribiría: la dejaría en blanco para que el lector supiera cómo sería un periódico totalmente objetivo. Decides ir a dar una vuelta por la sección de música, segunda planta. Este sitio mola, puedes venir aquí todos los días y no comprar absolutamente nada, sólo ver libros, discos y faldas escocesas. Te miras de nuevo en el espejo que corre paralelo a los peldaños mecánicos. Supones que lo han puesto porque a la gente le gusta saber qué cara se les queda al comprar en unos almacenes tan afamados. (Tú podrías decirles qué cara se les queda.) El guarda de esta sección es también moreno, rapado al dos, con la mandíbula cuadrada, lampiña, las piernas firmemente plantadas en el suelo y las manos a la espalda, tensando la camisa azul, que hace pensar en un tórax de gimnasio y constancia. Esta planta tiene aún más gente que la de libros. Lo mejor son esas maquinitas para oír los cedés sin necesidad de comprarlos. Ahora están todas ocupadas. EXTREMODOURO IROS TODOS

A TOMAR POR CULO. Y piensas: viva la libertad de expresión, o lo que sea. No sabes qué hacer, de modo que hojeas el libro de Pessoa y lees la reseña bibliográfica que aparece en la contraportada. Era un gris funcionario, como Rulfo, Muñoz Molina y, en general, todos los funcionarios, al que el tiempo ha hecho grande. Es lo que tiene el mundo del arte, un día estás durmiendo bajo un puente y al otro le ponen tu nombre a uno. Empiezas a maquinar el Gran Robo. Miras al guarda, está de espaldas, resuelves meterte el libro por dentro del pantalón y abrocharte la chaqueta para que no se vea el sobrante. No funciona. Sacas el libro, miras al guarda, sigue ciego, te introduces el libro otra vez por dentro del pantalón, pero no por delante, sino por detrás, donde no te molesta casi nada y la chaqueta lo tapa completamente; debes tener cuidado de no agacharte y de andar un poco estirado para que no se noten los bordes del libro. Bien, ahora tienes que salir. No puedes estar paseándote tranquilamente de aquí para allá, debes largarte ahora, vamos, ¿a qué coño esperas?, ¿no quieres tener un libro más en tu biblioteca de bolsillo?, ¿o acaso tienes dudas morales?, por si no lo sabías, las dudas morales hace tiempo que se extinguieron en este país, en este mundo, en la Creación; ni siquiera Dios tiene dudas morales. Ah, ¿no es eso?, ¿es más ruin?, ¿es sólo miedo? Sí, lo conozco, no me esperaba nada mejor de ti, estás acojonado, no tienes valor para cruzar esa puerta con un libro escondido entre la ropa, eres un perdedor, ni siquiera mereces las subvenciones que el Estado te ha concedido, ellos querían que estudiaras, querían hacer efectiva la igualdad de oportunidades, porque fueras de un pueblo no debías quedar al margen de la educación universitaria, ellos querían darte voz y voto, pero parece que tú quieres ser mudo, estar allí escondido entre el centeno sin que nadie te moleste, beatus ille, que te dejen en paz, se me importa una higa. Eres un perdedor, te vas y ni siquiera tienes arrestos para coger lo que te pertenece, un libro, un poemario de mierda que ni siquiera cuesta dos mil pesetas, gilipollas, ¿por qué no sacaste todo sobresalientes como esa gente de la primera fila que visten bien y sonrían y tienen amigos y tienen sonrisas?, ¿por qué no te metiste en algún sitio a hacer algo, uno de esos cursos maravillosos para aderezar tu desierto currículum?, ¿por qué no mandas algún poema a uno de esos certámenes que se pasan la vida premiando a niñas que no han leído a Aleixandre?, ¿por qué nunca quisiste competir en nada?, ésa es la pregunta clave, ¿por qué siempre rehuiste todo lo que suponía la existencia de ganadores y perdedores?, ¿no te das cuenta de que

ésa es la piedra angular del tinglado?, alguien gana, alguien pierde, si no quieres ganar quieres perder, y hay que ser muy imbécil para querer perder siempre; coge ese maldito libro y que se vayan todos al infierno, por el amor de Dios, si sólo es un puto libro... Te encaminas decidido hacia la salida. Tomas las escaleras mecánicas. En el espejo ves tu mirada, urdida de odios y rabias ancestrales. Estás ya en la primera planta. El guarda es calvo y sobrado de kilos. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y mira detenidamente a todo el que pasa. Si el detector se pusiera a pitar ahora, podrías aprovechar para salir. Pero en la planta baja tienen otro detector. No dejan de pasar clientes y, al parecer, son todos de lo más honrado. Decides dejarte de sutilezas y hacerlo por las bravas. Aprovechas que ahora están saliendo diez o doce personas y te mezclas con ellas. Escuchas los pitidos sin inmutarte. El guarda está entretenido comprobando el ticket de los últimos que salieron y tú ya estás bajando la escalera mecánica. EH USTED ESPERE UN POCO, algunos de los que tienes al lado se vuelven, NO USTED NO CABALLERO EL DE LA CHAQUETA AZUL EL CHICO ÉSE DE SU DERECHA, un viejo de pelo cano, calvo, mínimo y ridículo bigote, te mira, ME PARECE QUE SE REFIERE A USTED, y a continuación te echa un vistazo de pies a cabeza. Vuelves la vista hacia lo alto de las escaleras y ves que el guarda está hablando por el interfono con alguien. Aparece otro guarda, abajo, al final de las escaleras. Todos los clientes van abriendo sus bolsas y mostrando sus tickets. El viejo de pelo blanco también lo hace y, cuando te llega el turno (notas una leve sonrisita en la cara de cabrón del guarda), te encoges de hombros y pones cara de no entender que a un asiduo y fiel cliente como tú se le dispense tan deleznable trato. El guarda te mira ladeando la cabeza, primero a un lado y luego a otro, y dice, PUEDE USTED PASAR UN MOMENTO POR ESTE CONTROL DE AQUÍ POR FAVOR, y, en efecto, a su derecha hay una especie de marco de puerta sin puerta que te va a delatar. Tiemblas, tragas saliva, tienes la sensación de estar ante el Padre Eterno el día del Juicio Final, POR FAVOR, insiste el guarda con un gesto conminatorio de la mano derecha. Y piensas: corre. Y piensas: corre. Y piensas:

... estás corriendo por la calle empujando gente, con el libro de Pessoa en la mano derecha, te duele la rodilla izquierda y ambas muñecas, estás corriendo, jadeando, sudando, miras hacia atrás y no ves a nadie siguiéndote, bueno, sí, lo cierto es que todos te están siguiendo, ese señor,



Estado, faldas escocesas, tu abuelo dice, tú piensas, seguir estudiando, seguir viviendo, los dedos de una mano, cómo los odio, los amigos que he hecho, centeno, centeno, calzado blanco, TÚ CÓGELE POR AHÍ, sudario de plata y oro, A LA UNA A LAS DOS Y A LAS TRES, volando, huecos dentro de ti, te has vaciado, ahora el petróleo de tu cabeza corre por la ciudad, se ha ido, estás libre, no sientes nada, ves los edificios y los coches, Volvo 740 azul, ves con más claridad, Seat Córdoba rojo, mejor que Max Estrella, Renault Cinco ceniza, SE NOS VA SE NOS VA, el techo es blanco, DATE PRISA, y piensas:

*Madrid, otoño-invierno de 1996*

Edición en formato digital: julio de 2013

© Alberto Olmos, 1998

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1998 Pedró de la Creu, 58 08034  
Barcelona

ISBN: 978-84-339-3430-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)